Jack London
LA LLAMADA DE LO SALVAJE
Ilustraciones de
Javier Olivares
Traducción de
Héctor Arnau
Nórdicalibros

# LA LLAMADA DE LO SALVAJE

*Jack London*

Ilustraciones de Javier Olivares

Traducción de Héctor Arnau

Nørdicaebooks
*Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire*
www.nordicalibros.com

Título original: *The Call of the Wild*
© De las ilustraciones: Javier Olivares
© De la traducción: Héctor Arnau
Edición en ebook: enero de 2016

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-16440-70-2

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica:Victoria Parra, Ana Patrón y Susana Sánchez
Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Jack London

## (San Francisco, 1876 - Glen Ellen, 1916)

John Griffith Chaney. Novelista y cuentista estadounidense de obra muy popular, en la que figuran clásicos como La llamada de lo salvaje (1903), que llevó a su culminación la aventura romántica y la narración realista de historias en las que el ser humano se enfrenta dramáticamente a su supervivencia. Muchos de sus títulos han alcanzado difusión universal.

En 1897 London se embarcó hacia Alaska en busca de oro, pero, tras múltiples aventuras, regresó enfermo y fracasado, de modo que durante la convalecencia decidió dedicarse a la literatura. Un voluntarioso período de formación intelectual incluyó heterodoxas lecturas (desde Kipling a la filosofía de Nietzsche) que le convertirían en una mezcla de socialista y fascista ingenuo, discípulo del evolucionismo y al servicio de un espíritu esencialmente aventurero.

# Contenido

Portadilla
Créditos
Autor

Ilustración
1. Hacia lo primitivo
2. La ley del garrote y el colmillo
3. La dominante bestia primitiva
4. Aquel que se gana el poder
5. Las fatigas de la pista y el tiro
6. Por el amor de un hombre
7. El clamor de la llamada
Contraportada

# 1. Hacia lo primitivo

*«Brotan, nómadas, deseos inmemoriales*
*destrenzando las cadenas de la costumbre;*
*de su sueño de brumas despierta otra vez*
*la tensión animal que surge».*

Buck no leía los periódicos; de lo contrario habría sabido que una amenaza se cernía no solo sobre él, sino sobre cualquier perro de musculatura recia y pelaje denso y cálido que habitara en la costa, entre el estrecho de Puget y San Diego. Porque los hombres habían encontrado, a tientas, en las penumbras del Ártico, cierto metal amarillo y, dado que las compañías navieras y las de transportes pregonaron el hallazgo, miles de otros hombres se lanzaban presurosos hacia las tierras del norte. Estos hombres necesitaban perros, además perros resistentes, con una musculatura recia para el fatigoso trabajo y una abundante pelambrera que les protegiese de las heladas.

Buck vivía en una extensa finca en el soleado valle de Santa Clara, conocida como *la hacienda del juez Miller*. La casa estaba apartada de la carretera, medio escondida entre los árboles a través de los cuales apenas se podía vislumbrar la balconada ancha y fresca que la rodeaba por los cuatro costados. Se llegaba hasta ella por senderos de grava que serpenteaban por una amplia superficie cubierta de césped y bajo las ramas entrelazadas de los altos álamos. En la parte posterior, la finca era todavía más espaciosa. Había enormes caballerizas atendidas por una docena de palafreneros y mozos de cuadra, varias hileras de casitas con su enredadera para el personal de servicio, una fila larga y ordenada de cobertizos, pérgolas emparradas, verdes pastizales, huertos y bancales de bayas y frambuesas. Había también una bomba para el pozo artesiano y un gran estanque de cemento donde los chicos del juez Miller se daban un chapuzón por las mañanas y aliviaban el calor en las tardes de verano.

Sobre aquellos vastos dominios reinaba Buck. Allí había nacido y

allí había pasado los primeros cuatro años de su existencia. Cierto que había otros perros (no podían faltar en un lugar tan enorme como aquel), pero poco contaban. Iban de acá para allá, se instalaban en las espaciosas perreras o se perdían discretamente en los rincones más oscuros de la casa, como Toots, el doguito japonés, o Ysabel, la pelona mejicana, curiosas criaturas que rara vez asomaban el hocico de puertas afuera y que apenas ponían las patas en el exterior. Por otra parte estaban los fox terriers, una veintena por lo menos, que ladraban promesas temerosas hacia Toots e Ysabel, quienes los miraban por las ventanas, protegidos por una legión de criadas armadas con escobas y fregonas.

Pero Buck no era perro doméstico ni de jauría. Suya era la totalidad de aquel reino. Se zambullía en la alberca o salía a cazar con los hijos del juez; escoltaba a sus hijas, Mollie y Alice, en las largas caminatas que emprendían al atardecer o por la mañana temprano; en las noches invernales se tendía a los pies del juez, ante el fuego que chisporroteaba en la biblioteca; llevaba sobre el lomo a los nietos del juez o los hacía rodar por la hierba, y vigilaba sus pasos en las osadas excursiones de los niños hasta la fuente de las caballerizas e incluso más allá, donde estaban los potreros y los bancales de bayas. Por entre los fox terriers pasaba con altivez, y a Toots e Ysabel no les hacía el menor caso, pues él era el rey, un monarca que regía sobre todo ser viviente que reptase, anduviera o volase por la finca del juez Miller, seres humanos incluidos.

Su padre, Elmo, un enorme san bernardo, había sido compañero inseparable del juez, y Buck prometía seguir los pasos de su progenitor. No era tan grande —pesaba solo unos sesenta y cinco kilos— porque su madre, Shep, había sido una collie escocesa. Pero si a esos sesenta y cinco kilos se le sumaba la dignidad que poseía, producto de una vida regalada y el respeto universal que se le profesaba, el resultado era un porte de lo más majestuoso. Los cuatro primeros años de su vida, desde cachorro, habían sido cual los de un aristócrata satisfecho: era un tanto orgulloso y hasta egotista, como llegan a serlo a veces ciertos terratenientes rurales debido a su aislamiento. Pero se había librado de no ser más que un consentido perro doméstico. La caza y demás placeres de la vida al aire libre le habían impedido acumular grasas y le habían fortalecido los músculos; y para él, como para todas las razas proclives al agua fría, dicha afición le había servido de tónico que lo mantenía en buena forma.

Así era la vida del perro Buck en el otoño de 1897, cuando el hallazgo del Klondike arrastró a hombres de todo el mundo a las tierras heladas del norte. Pero Buck no leía los periódicos ni sospechaba siquiera que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, fuera un sujeto indeseable. Manuel tenía un vicio nefasto: le apasionaba la lotería china. Y, aún peor, como jugador tenía una particularidad nefasta: detentaba mucha fe en un método, lo que habría de llevarle irremisiblemente a la perdición. Porque jugar según un método requiere dinero, y el salario de un ayudante de jardinero apenas basta para cubrir las necesidades de una esposa y una numerosa prole.

El juez se encontraba en una reunión de la Sociedad de Cultivadores de Pasas y los muchachos estaban atareados en la organización de un club atlético aquella noche memorable en que Manuel perpetró su traición. Nadie lo vio salir con Buck y atravesar

el huerto, y el mismo Buck supuso que se trataba simplemente de un paseo. Y nadie tampoco los vio llegar al modesto apeadero conocido como *College Park*, más que un hombre solitario que allí estaba y que fue quien habló con Manuel mientras unas monedas pasaban de una mano a otra.

—Ya podrías envolver la mercancía antes de entregarla —refunfuñó el desconocido, y Manuel dio dos vueltas al cuello de Buck, por debajo del collar, con una fuerte soga.

—Si la retuerces, lo ahogarás pero bien —dijo Manuel, y el desconocido afirmó con un gruñido.

Buck había aceptado la soga con serena dignidad. Desde luego que era un acto insólito, pero él había aprendido a confiar en los hombres que conocía y a reconocerles una sabiduría superior a la suya propia; pero cuando vio que los extremos de la soga pasaron a manos del desconocido, soltó un gruñido amenazador. No había hecho más que dejar entrever su descontento, convencido en su orgullo de que una mera insinuación equivalía a una orden. Pero cuál no sería su sorpresa cuando la soga le ciñó el cuello impidiéndole casi respirar. Furioso, se abalanzó sobre el hombre, quien le hizo frente, lo aferró fuerte del cuello y, con una hábil torsión, lo tiró de espaldas contra el suelo. A continuación, apretó sin piedad la soga, mientras Buck se debatía desesperado con la lengua fuera y jadeando inútilmente con su enorme pecho. Nunca en la vida lo habían tratado con tanta crueldad, y nunca había experimentado un furor semejante. Pero las fuerzas le abandonaban, se le empañaban los ojos y ni se enteró siquiera de que, al detenerse el tren, los dos hombres lo arrojaban al interior del furgón de carga.

Cuando recobró el sentido, tuvo la vaga conciencia de que le dolía la lengua y de que lo sacudían los traqueteos de algún tipo de vehículo. El ronco silbido de una locomotora al acercarse a un cruce le reveló dónde se hallaba. Había viajado demasiadas veces con el juez como para no reconocer la sensación de estar en un furgón de carga. Abrió los ojos, y en ellos se reflejó la indignación sin ambages de un monarca secuestrado. El hombre intentó cogerlo por el pescuezo, pero Buck fue más rápido que él. Sus fauces se cerraron sobre la mano y no las aflojó hasta perder el sentido una vez más.

—Le dan ataques —dijo el hombre, ocultando la mano herida ante la presencia del encargado del vagón, a quien había atraído el

ruido del forcejeo—. Lo llevo a Frisco. El amo lo manda a un veterinario que es un fenómeno para que lo curen.

Lo ocurrido durante el viaje aquella noche, el hombre lo explicó con suma elocuencia en la trastienda de una taberna en el muelle de San Francisco.

—No saco más que cincuenta por él —rezongó—; y no lo volvería a hacer ni por mil a toca teja.

Llevaba la mano envuelta en un pañuelo ensangrentado y la pernera derecha del pantalón rasgada de la rodilla al tobillo.

—¿Cuánto sacó el otro figura? —preguntó el tabernero.

—Cien —fue la respuesta—. No lo dejaba por un céntimo menos, como te lo cuento…

—Eso hace ciento cincuenta —calculó el tabernero—; y bien los vale, o yo soy medio sueco.

El secuestrador se quitó el vendaje ensangrentado y se miró la mano herida.

—Si no pillo la rabia…

—Será porque naciste para morir ahorcado —dijo riendo el tabernero—. Venga, échame una mano antes de largarte —añadió.

Aturdido, sufriendo un dolor intolerable en la garganta y en la lengua, medio asfixiado, Buck intentó hacer frente a sus torturadores. Pero una y otra vez lo derribaron y le retorcieron varias veces la soga hasta que lograron limar el grueso collar de latón que llevaba al cuello. Entonces retiraron la soga y con violencia lo metieron en un cajón grande, semejante a una jaula.

Allí estuvo echado durante el resto de aquella noche, agotado, rumiando su cólera y su orgullo herido. No podía entender qué significaba todo aquello. ¿Qué querían de él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo tenían encerrado en aquella caja tan estrecha? Desconocía las razones, pero se sentía oprimido por una vaga sensación de una calamidad inminente. Varias veces durante la noche, al oír el ruido de la puerta del cobertizo al abrirse, se puso de pie de un salto esperando ver al juez, o al menos a los muchachos. Pero siempre resultaba ser la cara mofletuda del tabernero, que se asomaba a echarle un vistazo a la mortecina luz de una vela de sebo. Y, cada vez, el ladrido lleno de alegría que temblaba en la garganta de Buck se transformaba en un gruñido feroz.

No obstante, el tabernero no lo molestó más y por la mañana entraron cuatro individuos que se llevaron el cajón. Más torturadores, pensó Buck, porque tenían un aspecto horrible, desharrapados y sucios; y se puso a ladrarles con furia y a rugirles a través de los barrotes. Ellos se limitaron a reír y azuzarle con palos que Buck se apresuró a morder hasta que se dio cuenta de que eso era justamente lo que querían. Así que se echó, resentido, y dejó que cargaran el cajón a una vagoneta. Después, él y la caja en la que estaba prisionero iniciaron un tránsito de mano en mano. Los empleados de un despacho de mercancías se hicieron cargo de él; fue transportado en otra vagoneta; una camioneta lo llevó, junto con una serie de cajas y paquetes, hasta un transbordador; otra lo sacó para introducirlo en un gran almacén ferroviario, y finalmente fue depositado en el vagón de un tren expreso.

Durante dos días con sus noches, el vagón se arrastró a la cola de ruidosas locomotoras; y durante dos días y dos noches estuvo Buck sin comer ni beber. En su furia había respondido gruñendo a las primeras tentativas de aproximación de los empleados del tren, a lo que ellos habían correspondido azuzándole como represalia. Cuando Buck, temblando y echando espuma por la boca, se lanzaba contra las tablas, ellos se reían de él y redoblaban sus burlas. Gruñían y ladraban como perros odiosos, maullaban y cacareaban, aleteando los brazos. Aquello era muy ridículo, lo sabía, pero cuanto más ridículo, más afrentaba a su dignidad, y su furor aumentaba por momentos. El hambre no lo afligía tanto, pero la falta de agua le resultaba muy penosa y avivaba su cólera hasta extremos febriles. Y, en efecto, siendo como era de naturaleza nerviosa y extremadamente sensible, el maltrato le había provocado fiebre, que crecía por la irritación de la garganta y de la lengua, hinchadas y resecas.

Solo una cosa le alegraba: ya no llevaba la soga al cuello. Eso les había dado una injusta ventaja; pero ahora que no la llevaba, les iba a enseñar quién era. Jamás volverían a colocarle otra soga en el cuello, estaba resuelto. Durante dos días con sus noches ni comió ni bebió, y durante aquellos dos días y dos noches de tormento había acumulado una furia tal que no auguraba nada bueno para el primero que se pusiera en su camino. Tenía los ojos inyectados en sangre y se había convertido en una fiera rabiosa. Tan cambiado estaba que ni el mismo juez lo habría reconocido; y los empleados del ferrocarril respiraron con alivio cuando se desembarazaron de él

en Seattle.

Cuatro mozos transportaron con cautela el cajón desde el vagón hasta el interior de un pequeño patio interior de altos muros. Un tipo fornido, con un jersey rojo de cuello desbocado, salió a firmar el recibo del conductor. Aquel hombre, presintió Buck, era el siguiente torturador. Y se lanzó salvajemente contra los barrotes. El hombre sonrió, implacable, y trajo un hacha y un garrote.

—No se le ocurrirá soltarlo ahora, ¿no? —preguntó el conductor.

—Claro que sí —replicó el hombre, al tiempo que hincaba el hacha en el cajón, haciendo palanca.

Los cuatro hombres que lo habían traído se apartaron presurosos y, encaramados al muro, se aprestaron a presenciar el espectáculo.

Buck se abalanzó sobre las tablas astilladas, clavándoles los dientes y luchando furioso contra ellas. A cada golpe del hacha en el exterior, allá estaba él gruñendo, rugiendo, tan violentamente ansioso por salir como el hombre del jersey rojo por sacarle de allí con fría deliberación.

—Ahora sí, sal, bestia furiosa —dijo, una vez abierta una brecha que permitía el pasaje del cuerpo de Buck. Y, al mismo tiempo, dejó caer el hacha y se cambió el garrote a la mano derecha.

Y es verdad que Buck se había convertido en una bestia furiosa en el momento en que se dispuso a saltar con los pelos erizados, la boca llena de espuma y un brillo enloquecido en los ojos inyectados en sangre. Con toda determinación lanzó sus sesenta y cinco kilos de furia contra el hombre, acrecentados por la pasión contenida de dos días y dos noches encerrado. Pero en pleno salto, en el momento mismo en que sus fauces estaban por cerrarse sobre el hombre, recibió un impacto que detuvo su cuerpo y le hizo rechinar los dientes en una agónica dentellada. Se retorció en el aire, dándose con el lomo y el costado contra el suelo. En su vida le habían golpeado con un palo, y no acababa de comprenderlo. Soltando un gruñido que tenía más de queja que de ladrido, se puso en pie y volvió a arremeter. Y nuevamente recibió un golpe y cayó al suelo anonadado. Esta vez comprendió que había sido el garrote, pero su exaltación no admitía cautela. Una docena de veces volvió a acometer y, con igual frecuencia, el garrote frustró la embestida y acabó con él en el suelo.

Después de un golpe especialmente violento, sus patas vacilaron y quedó demasiado aturdido como para atacar. Se tambaleaba sin fuerzas, le salía sangre de la nariz, de la boca y de las orejas, y tenía el hermoso pelaje salpicado con manchas de baba ensangrentada. Entonces, el hombre avanzó y le asestó con saña un espantoso golpe en el hocico. Todo el dolor que había soportado Buck no fue nada en comparación con la descarnada intensidad de este. Con un rugido fiero más propio de un león, volvió a abalanzarse contra el hombre. Pero este, pasándose el garrote de la derecha a la izquierda, lo cogió con destreza por debajo del maxilar inferior, retorciéndolo al mismo tiempo hacia abajo y hacia atrás. Buck describió un círculo completo en el aire, y luego cayó al suelo de bruces.

Por última vez volvió a atacar. El hombre descargó entonces el golpe que le había estado reservando con toda intención durante toda la lucha y Buck cayó hecho un ovillo, totalmente sin sentido.

—¡Este no es manco para domar a un perro, te lo digo yo! —exclamó entusiasmado uno de los hombres encaramados al muro.

—Yo preferiría domar potros *cayuse* todos los días, domingos incluidos —respondió el conductor mientras trepaba al carromato y ponía en marcha a los caballos.

Buck recobró el sentido, pero no las fuerzas. Tendido en el

mismo lugar donde había caído, observaba al hombre del jersey rojo.

—«Responde al nombre de Buck» —musitó el hombre, repitiendo las palabras de la carta del tabernero, que le había anunciado el envío del cajón y de su contenido—. Bien, Buck, muchacho —prosiguió en tono jovial—, hemos tenido una pequeña bronca, y lo mejor es dejarlo así. Ya sabes a qué atenerte y yo también. Pórtate bien y todo irá sobre ruedas, miel sobre hojuelas. Pero como te portes mal, soy capaz de arrancarte las tripas. ¿Entendido?

Mientras hablaba, daba palmaditas sin temor en la cabeza que tan despiadadamente acababa de golpear y, aunque el contacto de aquella mano le erizaba involuntariamente la pelambrera, Buck aguantó sin protestar. Cuando el hombre le trajo agua, la bebió con avidez y luego engulló una generosa ración de carne cruda, pedazo a pedazo, que el hombre le ofrecía con la mano.

Lo habían derrotado (bien lo sabía), pero no estaba vencido. Comprendió, de una vez y para siempre, que contra un hombre con un garrote carecía de toda posibilidad. Había aprendido la lección y no la olvidaría en su vida. Aquel garrote fue una revelación; fue su toma de contacto con el reino de la ley primitiva y no tardó en aceptar sus términos. La vida se le presentaba ahora con un aspecto mucho más fiero; y aunque no se arredraba al enfrentarse a ello, lo hacía con toda la astucia latente que se había despertado en su naturaleza. En el transcurso de los días llegaron otros perros, unos en cajones y otros atados con sogas, unos mansamente y otros rugiendo con furia como había hecho él; y a todos ellos los vio someterse al dominio del hombre del jersey rojo. Una y otra vez, según contemplaba aquellas brutales intervenciones, la lección se afianzaba en el corazón de Buck: un hombre con un garrote era el que dictaba la ley, un amo a quien obedecer, aunque no necesariamente se le aceptara. De esto último nunca hubo que acusar a Buck, por más que viera a perros apaleados hacerle fiestas al hombre, meneando la cola y lamiéndole la mano. También vio a un perro en cierta ocasión que no quiso aceptarle ni obedecerle y acabó muerto en la lucha por imponerse.

De vez en cuando llegaban más hombres, desconocidos, que hablaban inquietos, con gran animación, casi siempre mostrándose zalameros con el hombre del jersey rojo. Y cuando en esas ocasiones algún dinero pasaba de unas manos a otras, el desconocido se

llevaba consigo uno o más perros. Buck se preguntaba adónde irían, porque nunca regresaban; pero el miedo al futuro lo atenazaba, y se alegraba cada vez por no haber sido elegido.

Pero su hora llegó, finalmente, bajo la forma de un hombrecillo, pequeño, consumido, que chapurreaba un mal inglés entremezclado con numerosas y extrañas exclamaciones desconocidas que Buck no lograba comprender.

—*¡Sacredam!* —exclamó el hombrecillo al posar la mirada en Buck—. Ese sí ser perro bravo, ¿no? ¿Cuánto?

—Trescientos, y es un regalo —contestó rápidamente el hombre del jersey rojo—. Y siendo dinero del Gobierno, no irás a quejarte ahora, ¿eh, Perrault?

Perrault sonrió. Teniendo en cuenta que el precio de los perros se había puesto por las nubes debido a la inusitada demanda, no era una cantidad desproporcionada por un animal tan espléndido. El Gobierno canadiense no saldría perdiendo, ni su correspondencia se retrasaría. Perrault entendía de perros, y cuando vio a Buck, supo que se trataba de uno entre un millar: «Uno entre diez mil», se dijo.

Buck vio el dinero pasar de mano en mano y no se sorprendió cuando aquel hombrecillo se los llevó, a él y a Curly, una afable terranova. Fue la última vez que vio al hombre del jersey rojo, así como la visión de Seattle alejándose fue la última que Curly y él tuvieron, desde la cubierta del *Narwhal*, de las tibias tierras meridionales. Perrault llevó a Curly y a Buck a las bodegas y los dejó al cuidado de un gigante de cara negra llamado *François*. Perrault era francocanadiense y de tez oscura, pero François era francocanadiense mestizo y era mucho más negro. Para Buck eran una raza de hombres desconocida (de la que aún habría de ver muchos ejemplares), y aunque no llegó a cobrarles afecto, no por ello dejó, con el tiempo, de tenerles mucho respeto. No tardó en darse cuenta de que Perrault y François eran hombres justos, serenos e imparciales al administrar justicia, y también harto acostumbrados a tratar perros como para dejarse engañar por ellos.

En el entrepuente del *Narwhal*, Buck y Curly encontraron a otros dos perros. Uno de ellos era un enorme ejemplar, blanco como la nieve, procedente de Spitzbergen, de donde lo había recogido el capitán de un ballenero, y que luego acompañó a una expedición geológica por la tundra canadiense. Era cordial aunque un tanto traicionero, ya que sonreía a la cara mientras urdía alguna trastada,

como por ejemplo cuando le robó a Buck una parte de su primera comida. En el momento en que Buck se abalanzaba para castigarlo, se le adelantó el látigo de François restallando en el aire con tal violencia sobre el culpable que Buck no tuvo más que recuperar el hueso. Fue un acto de justicia por parte de François, pensó Buck, que en ese momento empezó a sentir aprecio por el mestizo.

El otro perro no dio ni recibió muestras de fraternidad, pero tampoco intentó robar a los recién llegados. Era un animal malhumorado y taciturno, y le mostró a las claras a Curly que lo único que deseaba era que lo dejasen en paz, y que si no era así, habría jaleo. Dave, que así se llamaba, se limitaba a comer y a dormir, o a bostezar entre una cosa y otra, sin interesarse por nada; no lo hizo siquiera cuando durante la travesía del estrecho de la Reina Carlota, el *Narwhal* comenzó a balancearse, a cabecear y corcovear como un poseso. Buck y Curly se pusieron nerviosos, medio enloquecidos por el miedo, pero él apenas alzó la cabeza con fastidio, les dedicó una mirada indiferente, bostezó y volvió a dormirse tranquilamente. El barco se movía día y noche siguiendo el incansable pulso de la hélice, y aunque los días transcurrían de modo muy similar, Buck se percató de que cada vez hacía más frío. Por fin, una mañana la hélice se detuvo y una atmósfera de agitación se extendió por el *Narwhal*. Buck la percibió, al igual que los demás perros, y supo que se aproximaba un cambio. François les colocó las correas y los condujo a cubierta. En cuanto dio el primer paso sobre la fría superficie, las patas de Buck se hundieron en algo blanco y blanduzco, muy semejante al lodo. Saltó hacia atrás con un bufido. Aquella cosa blanca también caía desde arriba. Se sacudió, pero le seguía cayendo encima. La olisqueó, curioso, y luego la lamió un poco con la lengua. Quemaba como el fuego y enseguida desaparecía. Aquello lo intrigó. Lo intentó nuevamente, con idéntico resultado. Quienes lo observaban reían a carcajadas y a Buck le dio vergüenza, sin saber por qué: era la primera vez que veía la nieve.

# 2. La ley del garrote y el colmillo

El primer día de Buck en la playa de Dyea fue como una pesadilla. A cada momento le sobrevenía una sorpresa desagradable. Lo habían arrancado de manera repentina del centro de la civilización para arrojarlo bruscamente al corazón mismo de lo primitivo. La suya ya no era una vida regalada, acariciada por el sol, sin otra cosa que hacer que haraganear y pasar el rato. Aquí no había paz ni descanso, ni un solo momento de seguridad. Todo era acción, un desorden confuso; no había instante en que su vida o su cuerpo no corrieran peligro. Era necesario estar siempre alerta porque aquellos perros y aquellos hombres no eran perros ni hombres civilizados. Eran todos salvajes que no conocían más ley que la del garrote y el colmillo.

Nunca había visto perros que pelearan como lo hacían aquellas fieras lobunas, y su primera experiencia le enseñó una lección inolvidable. Cierto que fue experimentada por otro, pues de haberla vivido en carne propia, no habría sobrevivido para sacar provecho de ella. Curly fue la víctima. Habían acampado cerca del almacén de leña, y Curly, con su talante cordial, se acercó a un fornido husky del tamaño de un lobo adulto, aunque apenas la mitad de su tamaño. No hubo advertencia previa, solo una embestida fulminante, un choque metálico de dientes, una retirada igualmente veloz, y la cara de Curly quedó desgarrada desde el ojo hasta la mandíbula.

Era así como peleaban los lobos: atacaban y se retiraban; pero aún le quedaba más por ver. Treinta o cuarenta perros esquimales corrieron hasta el lugar para formar un círculo alerta, silencioso, en torno a los combatientes. Buck no comprendía aquel silencio expectante ni tampoco la ansiedad con la que se relamían. Curly se abalanzó sobre su adversario, que volvió a atacar y dio un salto hacia el costado. El husky recibió la siguiente acometida con el pecho de forma tan decidida que hizo perder el equilibrio a Curly; y ya no volvió a recobrarlo. Esto era lo que el círculo de perros estaba esperando. Cerraron el círculo en torno a ella, gruñendo, aullando, y Curly, entre alaridos de agonía, quedó sepultada bajo aquella masa de cuerpos peludos.

Aquello fue tan inesperado, tan repentino, que Buck quedó desconcertado. Vio a Spitz sacando su lengua escarlata, pues así se reía, y vio a François, hacha en mano, cargar contra aquel revoltijo de perros. Tres hombres armados con garrotes le ayudaron a

dispersarlos. No les llevó mucho tiempo. A los dos minutos de haber sucumbido Curly, los últimos asaltantes fueron ahuyentados a garrotazos. Pero ella yacía allí, deshecha y sin vida sobre la nieve pisoteada y ensangrentada, hecha literalmente pedazos, y de pie junto a ella el moreno mestizo blasfemando, enfurecido. A menudo, esta escena venía a turbar los sueños de Buck. De modo que así eran las cosas: nada de juego limpio. Una vez en el suelo, estabas perdido. Ya se las arreglaría él para mantenerse siempre erguido. Spitz volvió a reír y sacó la lengua, y desde aquel momento Buck le profesó un odio amargo e implacable.

Antes de haberse recobrado de la conmoción que le provocó la trágica muerte de Curly, Buck experimentó otra peor. François le sujetó al cuerpo un aparejo de correas y hebillas. Era un arnés semejante al que había visto poner a los mozos sobre los lomos de los caballos del juez Miller. Y tal como había visto faenar a los caballos, así tuvo que ponerse a trabajar él, tirando del trineo para llevar a François hasta el bosque que bordeaba el valle y regresar con una carga de leña. Aunque su dignidad resultó íntimamente herida al verse convertido en animal de carga, fue lo bastante prudente como para no rebelarse. Se entregó con afán a la tarea y se esforzó al máximo, por más que todo le parecía nuevo y extraño. François era severo, exigía obediencia inmediata y la lograba en el acto a golpe de látigo; por su parte, Dave, que era un experimentado perro de varas, mordisqueaba los cuartos traseros de Buck cada vez que este cometía un error. Spitz, que era el que guiaba, era igualmente experimentado, pero como no siempre podía acercarse a Buck, le lanzaba de vez en cuando gruñidos de reproche o echaba astutamente su peso sobre las riendas para forzarlo a seguir el rumbo correcto. Buck aprendía con facilidad y, bajo la tutela conjunta de sus dos colegas y de François, realizó notables progresos. Antes de regresar al campamento ya sabía que ante un *¡so!* tenía que detenerse y ante un *¡arre!*, además de avanzar, trazar las curvas con amplitud y mantenerse alejado del perro de varas cuando el trineo cargado se le venía encima, bajando a toda velocidad por una pendiente.

—Tres perros mucho buenos —le comentó François a Perrault—. El Buck tirar como demonio. Yo enseñarle así deprisa.

Por la tarde, Perrault, a quien le urgía ponerse en camino con el correo, regresó con otros dos perros. Billee y Joe, pues así los

llamaba, eran hermanos y esquimales de pura raza. Aunque hijos de la misma madre, eran como el día y la noche. El único defecto de Billee era su carácter excesivamente amable, mientras que Joe era justo lo contrario: hosco e introvertido, siempre gruñendo y con la mirada atravesada. Buck los recibió con mucha camaradería, Dave no les hizo el menor caso, mientras que Spitz se puso a provocar primero a uno y después al otro. Billee meneaba la cola con gesto apacible, salió corriendo cuando vio que esto no servía de nada y emitió un gruñido (aun en tono conciliador) cuando los afilados dientes de Spitz le dejaron una marca en el lomo. En cambio, Joe, por muchas vueltas que diera Spitz, giraba en redondo sobre las patas traseras y le hacía frente: los pelos erizados, las orejas echadas hacia atrás, la boca contorsionada enseñando los dientes, lanzando dentelladas a diestro y siniestro con un brillo diabólico en los ojos: la encarnación misma del terror más violento. Tan terrible era su aspecto que Spitz no tuvo más remedio que renunciar a someterlo; y, para disimular su propia incomodidad, se desquitó corriendo tras el inofensivo y quejoso Billee, persiguiéndolo hasta los confines del campamento.

Al anochecer, Perrault apareció con otro perro, un viejo husky largo, enjuto y adusto, con el rostro plagado de cicatrices y un solo ojo que parecía avisar de proezas dignas del mayor respeto. Se llamaba *Sol-leks*, que significa «el Iracundo». Al igual que Dave, no pedía nada, no daba nada, no esperaba nada; y cuando con lentitud y parsimonia se juntó al resto del grupo, hasta Spitz lo dejó en paz. Tenía una peculiaridad que Buck tuvo la mala suerte de descubrir. No toleraba que se le acercasen por el lado del ojo ciego. Buck cometió sin querer esa ofensa, y solo se enteró de su indiscreción cuando Sol-leks se revolvió bruscamente contra él y le desgarró un hombro hasta el hueso. A partir de entonces, Buck evitó acercarse a él por el flanco del ojo ciego y durante todo el tiempo que estuvieron juntos no volvió a tener problemas. La única ambición aparente de Sol-leks, igual que la de Dave, era que lo dejaran en paz; aunque, según Buck habría de saber más adelante, cada uno de ellos tenía otro deseo mucho más vital.

Aquella noche, Buck tuvo que afrontar el gran problema de dormir. La tienda, iluminada por una vela, resplandecía cálida en medio de la llanura helada; y cuando, con toda naturalidad, se metió dentro, Perrault y François lo recibieron insultándolo y lanzándole todo tipo de utensilios de cocina hasta que, recobrado de su sorpresa, escapó ignominiosamente hacia el frío exterior. Soplaba un viento helado que lo entumecía, mordiéndole con especial crudeza la paletilla herida. Se echó en la nieve para intentar dormir, pero enseguida la helada lo obligó a incorporarse, tiritando. Abatido y desconsolado, anduvo errante por entre las numerosas tiendas, solo para acabar descubriendo que cada rincón era tan frío como cualquier otro. De vez en cuando se le echaba encima algún perro salvaje, pero él erizaba la pelambre del pescuezo y gruñía (pues estaba aprendiendo a toda velocidad) y lo dejaban pasar sin molestarlo más.

Finalmente se le ocurrió una idea. Regresaría para ver cómo se las arreglaban sus compañeros de equipo. Cuál no sería su sorpresa al comprobar que todos habían desaparecido. De nuevo deambuló

por todo el campamento buscándolos y de nuevo volvió al punto de partida. ¿Estarían dentro de la tienda? No, no podía ser; de lo contrario, a él no lo hubiesen echado. Entonces, ¿dónde podían estar? Con el rabo entre las patas, temblando, se puso a dar vueltas y más vueltas, acongojado, alrededor de la tienda. De pronto, la nieve cedió y, al hundirse sus patas delanteras, Buck sintió que algo se agitaba. Dio un salto atrás, gruñendo alarmado, temeroso ante lo invisible y lo desconocido. Pero un pequeño ladrido amistoso lo tranquilizó, y se acercó a investigar. Una vaharada de aire tibio subió hasta su hocico: allí, hecho un compacto ovillo bajo la nieve, estaba Billee. Gañía conciliador, y mientras se retorcía y se revolvía en su sitio como prueba de buena voluntad, se aventuró incluso, en solicitud de paz y de buenas intenciones, a lamerle a Buck la cara con su lengua tibia y húmeda.

Otra lección. De modo que era así como lo hacían, ¿eh? Con gran aplomo, Buck eligió un lugar y con muchos aspavientos y derroche de energías se cavó un agujero. En un santiamén, el calor de su cuerpo llenó aquel reducido espacio y se quedó dormido. El día había sido largo y trabajoso, y Buck durmió profundamente, cómodo, aunque bufó y ladró, luchando en medio de pesadillas.

No abrió los ojos hasta que lo desvelaron los ruidos del campamento, que despertaba. En un primer momento no supo dónde estaba. Había nevado durante toda la noche y estaba completamente sepultado. Había quedado emparedado por la nieve caída, y un estremecimiento de temor le recorrió el cuerpo: el miedo de la bestia ante la trampa. Era una señal de que remontaba su propia vida hasta la de sus antepasados; ya que, siendo como era un perro civilizado, excesivamente civilizado, que no había conocido trampa alguna, no podía sentirlo por sí mismo. Todos los músculos de su cuerpo se contrajeron instintivamente, de forma espasmódica, se le erizó el pelo del pescuezo y del lomo, y con un gruñido feroz salió de un salto hacia la luz cegadora del día, envuelto en una nube de nieve refulgente. Antes de que sus patas tocaran el suelo, vio ante sus ojos la blanca extensión del campamento y, al tiempo que supo dónde estaba, recordó todo lo ocurrido desde el momento en que saliera a dar un paseo con Manuel hasta la noche anterior, cuando había cavado el hoyo en la nieve.

Un grito de François saludó su aparición.

—¿Qué digo yo? —le gritaba a Perrault el conductor de trineos —. ¡Ese Buck aprender rápido, sí, sí!

Perrault asintió gravemente. Como correo del Gobierno canadiense y portador de importantes despachos, le interesaba hacerse con los mejores perros y estaba especialmente orgulloso de haber conseguido a Buck.

Al cabo de una hora ya habían añadido al tiro otros tres huskies más, completando así un total de nueve, y en menos de un cuarto de hora ya iban todos con los arneses puestos, enfilando el sendero que conduce hacia el cañón de Dyea. Buck se alegró de partir y, aunque el trabajo era duro, no le resultaba particularmente desagradable. Le sorprendió el entusiasmo que animaba a todo el equipo, que se le contagiaba; pero aún más sorprendente le resultaba el cambio que se había operado en Dave y en Sol-leks. Eran otros perros, completamente transformados por el arnés. Se habían desprendido de toda su pasividad e indiferencia. Se mostraban alerta, activos, ansiosos de que el trabajo fuera bien y furiosos e irritables ante cualquier circunstancia que, por demora o desconcierto, retrasase la marcha. El trabajoso avance era para ellos la suprema realización de su ser, toda la razón de sus vidas y lo único que parecía proporcionarles placer.

Dave iba en varas o de perro de trineo, y delante iba Buck y luego Sol-leks; el resto del tiro se alineaba en fila india hasta llegar a Spitz, que iba en cabeza.

A Buck lo habían colocado a propósito entre Dave y Sol-leks, para que pudiese aprender de ellos. Si él era alumno aventajado, no eran menos competentes sus maestros, que nunca le permitían persistir en el error y reforzaban sus enseñanzas con sus afilados dientes. Dave era justo y muy competente. Nunca mordía a Buck sin motivo y nunca dejaba de hacerlo cuando hacía falta. Como lo respaldaba el látigo de François, Buck encontró que le salía más a cuenta enmendarse que rebelarse. En una ocasión, durante un breve alto, se enredó en los tiros y demoró la salida; Dave y Sol-leks se le echaron encima y le dieron una buena tunda. Como consecuencia, el enredo resultante fue todavía peor, pero a partir de aquel momento Buck tuvo buen cuidado de mantener las correas en orden; y antes de que se acabara el día, tenía tan dominada la maniobra que sus mentores apenas tenían que hostigarlo. El látigo de François restallaba con menos frecuencia, y hasta Perrault le

hizo a Buck el honor de levantarle las patas para examinárselas con cuidado.

Costó un día a marchas forzadas llegar hasta el cañón, cruzando Sheep Camp, pasando Scales y la línea maderera a través de glaciares y ventisqueros profundísimos, y superar la gran divisoria de Chilkoot, que separa las aguas saladas de las dulces y guarda celosamente el triste y desolado norte. Recorrieron a buen paso la cadena de lagos que llenan los cráteres de extintos volcanes y, ya avanzada la noche, entraron en el enorme campamento situado en la cabecera del lago Bennett, donde miles de buscadores de oro se dedicaban a construir botes, preparándose para el deshielo de la primavera. Buck cavó su hoyo en la nieve y durmió el merecido sueño de los exhaustos, pero antes del amanecer ya lo obligaron a salir a la fría oscuridad y fue enganchado al trineo junto con sus compañeros.

Aquel día recorrieron unos sesenta y cinco kilómetros, pues la pista estaba firme; pero al siguiente, y durante muchos días más, tuvieron que ir abriéndose camino con mayor esfuerzo, sin poder mantener un buen ritmo. Por lo general, Perrault iba delante, pisando la nieve con raquetas para facilitar el desplazamiento del equipo. François, que guiaba el trineo con la palanca de mando, intercambiaba a veces el puesto con su compañero, aunque no con mucha frecuencia. Porque Perrault tenía prisa y se jactaba de su pericia en el hielo, conocimiento que resultaba indispensable, porque en otoño la capa de hielo era muy delgada y, si había corrientes de agua, no cuajaba en absoluto.

Día tras día, incansablemente, Buck se afanaba en el tiro. Siempre levantaban campamento en la oscuridad de la noche, y las primeras luces del amanecer los encontraban batiendo las pistas y con muchos kilómetros ya a la espalda. Y siempre acampaban bien entrada la noche, comían un poco de pescado y se arrastraban a dormir metidos en la nieve. Buck estaba famélico. El poco más de medio kilo de salmón seco que constituía su ración diaria desaparecía enseguida. Nunca quedaba saciado y sufría continuos retortijones por el hambre. En cambio, los otros perros, que eran de menor tamaño y estaban acostumbrados a aquella vida, recibían menos de un cuarto de kilo y se las arreglaban para mantenerse en buena forma.

Enseguida fue perdiendo Buck la delicadeza que le había

caracterizado en su vida anterior. Comedor moroso y refinado, se encontró con que sus compañeros, que acababan antes, le robaban los restos de su ración. No había forma de defenderla. Mientras se peleaba por ahuyentar a dos o tres, los otros perros la engullían. Así que, para evitarlo, tenía que comer tan rápido como ellos; y tanto lo acuciaba el hambre que enseguida aprendió a coger lo que no era suyo. Observaba y aprendía. En cuanto vio que Pike, uno de los nuevos, hábil ladrón y especialista en escaquearse, robaba con astucia una loncha de tocino mientras Perrault le daba la espalda, Buck al día siguiente emuló la hazaña, llevándose el tocino entero. Se armó un gran jaleo, pero nadie sospechó de él; fue Dub, un perro torpón e incorregible a quien siempre pillaban en falta, quien recibió el castigo en su lugar.

Aquel primer robo fue la prueba de que Buck era apto para sobrevivir en el ambiente hostil de las tierras del norte. Indicaba su capacidad de adaptación, su capacidad para acomodarse a las condiciones cambiantes, cuya carencia habría significado una muerte rápida y terrible. Indicaba, además, la degeneración o el resquebrajamiento de sus principios morales, inútiles ahora, y una rémora en la despiadada lucha por la existencia. El respeto por la propiedad privada y los sentimientos personales, todo aquello,

estaba muy bien en las regiones meridionales bajo el imperio de la ley del amor y la fraternidad; pero en el norte, donde prevalecía la ley del garrote y el colmillo, era un necio quien tuviera en cuenta tales cosas, y en la medida en que las acatase, no podría prosperar.

No es que Buck razonara de ese modo. Simplemente era apto, e inconscientemente se adaptaba a su nuevo estilo de vida. Nunca hasta entonces había rehuido una pelea por desventajosa que pudiera parecerle. Pero el garrote del hombre del jersey rojo le había inculcado a la fuerza un código más elemental y primario. Mientras vivía en la civilización, habría sido capaz de morir por cualquier principio moral, por ejemplo, en defensa de la fusta del juez Miller; pero el proceso de retorno a lo más primitivo se ponía ahora de manifiesto al sentirse capaz de eludir una consideración moral con tal de salvar el pellejo. No robaba por el placer de hacerlo, sino porque su estómago se lo exigía. Y por el respeto al garrote y al colmillo no robaba descaradamente, sino con astucia y sigilo. En resumen, lo que hacía se debía a que le era más fácil hacerlo que no hacerlo.

Su evolución (o regresión) fue rápida. Sus músculos adquirieron la dureza del hierro y se volvió insensible a todas las penalidades comunes. Desarrolló una austeridad tanto interna como externa. Era capaz de comer cualquier cosa, por repugnante o indigesta que le pareciera; y una vez ingerida, los jugos de su estómago extraían de ella hasta la última partícula nutritiva; y la sangre la llevaba hasta los últimos límites de su cuerpo, incorporándola a los tejidos fuertes y resistentes. La vista y el olfato se le aguzaron notablemente, a la par que su oído se volvía tan fino que, aun dormido, era capaz de percibir el más leve sonido y saber si era anuncio de paz o de peligro. Aprendió a arrancarse a mordiscos el hielo que se le acumulaba entre los dedos; y cuando tenía sed y el agua estaba cubierta por una gruesa espuma de hielo, sabía romperla alzándose sobre las patas traseras y golpeando con las delanteras. Su rasgo más sobresaliente era la habilidad de olisquear el viento y predecir su rumbo con una noche de anticipación. Aun cuando no hubiera siquiera una brisa en el momento en que cavaba su hoyo junto a un árbol o un talud, el viento que más tarde se levantaba lo encontraba indefectiblemente a sotavento, bien guarecido y abrigado.

Y no solo aprendía por experiencia, sino que en él revivían instintos hacía tiempo aletargados. Se iba despojando de

generaciones de vida doméstica. De modo vago, rememoraba los orígenes de su raza, en la época en que las manadas de perros salvajes deambulaban por los bosques primitivos y devoraban a sus presas según les daban caza. No le costó trabajo aprender a pelear a dentelladas, bruscamente, con ataques súbitos, a la manera de los lobos, pues así lo habían hecho sus olvidados antepasados. Fueron ellos los que avivaron en su interior el despertar de hábitos ancestrales, y los viejos ardides que habían grabado en la herencia de la raza se convirtieron en los suyos. Los incorporó sin esfuerzo ni asombro, como si hubieran sido suyos desde siempre. Y cuando en las noches frías y serenas apuntaba con el hocico a una estrella y aullaba como un lobo, eran sus antepasados, de muerte y polvo, los que apuntaban con sus hocicos hacia una estrella y aullaban durante siglos hasta su existencia presente. Y las cadencias eran las mismas, las mismas con las que Buck manifestaba su dolor, y lo que para ellos era el significado de la quietud, el frío y la oscuridad de la noche.

Como muestra de que la vida es un juego de marionetas, el canto ancestral lo invadía por entero y Buck recobraba su ser original; y todo porque en el norte los hombres habían encontrado un metal amarillo, y porque Manuel era un ayudante de jardinero cuyo salario no cubría ni las necesidades de su mujer ni las de las varias criaturas de su progenie.

# 3. La dominante bestia primitiva

La dominante bestia primitiva era poderosa en Buck y, bajo las rudas condiciones de la vida en ruta, fue creciendo sin parar; aunque crecía en secreto. Su astucia, recién adquirida, le proporcionaba desenvoltura y autoridad. Estaba demasiado ocupado adaptándose a su nueva existencia como para relajarse, y no solo no buscaba peleas, sino que las rehuía siempre que era posible. Su actitud tenía un cierto carácter deliberado. No era dado a la acción irreflexiva y precipitada; y, con respecto al arraigado odio que había entre él y Spitz, no dejaba traslucir ninguna impaciencia y evitaba cualquier signo de agresividad.

Por su parte, acaso por presentir que Buck era un peligroso rival, Spitz nunca perdía la oportunidad de enseñarle los dientes. Incluso se esforzaba en intimidarlo, tratando constantemente de provocar una pelea que solo podría acabar con la muerte de uno de los dos.

A poco de emprendido el viaje, tal cosa pudo haber ocurrido, de no ser por un inesperado accidente. Al final de aquel día habían instalado un precario campamento a orillas del lago Le Barge. La fuerte nevada, el viento que cortaba como una cuchilla al rojo vivo y la oscuridad los habían forzado a buscar a ciegas un lugar donde acampar: difícilmente podrían haber encontrado uno peor. A sus espaldas se levantaba una pared perpendicular de roca, y Perrault y François no tuvieron más remedio que hacer la hoguera y tender los sacos de dormir sobre el mismo hielo del lago. Se habían deshecho de la tienda en Dyea con el fin de viajar con menos peso. Con unas pocas maderas de deriva se proporcionaron un fuego que se hundió al derretirse el hielo, dejándolos a oscuras para cenar.

Allí, Buck cavó su nido bajo la protección de la roca. Tan cómodo y calentito se encontraba en él, que lo abandonó de mala gana cuando François se puso a repartir el pescado que previamente había descongelado en el fuego. Pero cuando consumió su ración y volvió a su refugio, se encontró con que estaba ocupado. Un gruñido de advertencia le indicó que el intruso era Spitz. Hasta entonces, Buck había evitado enfrentarse a su enemigo, pero aquello era demasiado. La bestia que había en su interior se

sublevó. Saltó sobre Spitz con una furia que sorprendió a ambos, pero sobre todo a Spitz, ya que su experiencia con Buck le había demostrado que su contrincante era un perro excepcionalmente tímido, que solo conseguía hacerse respetar gracias a su gran peso y su tamaño.

También se sorprendió François cuando los vio salir del hoyo violentamente enzarzados y adivinó el motivo de la pelea.

—¡Ajá! —le gritó a Buck—. ¡Dale duro, *par* Dios! ¡Duro con ese cerdo ladrón!

Spitz estaba igualmente dispuesto al combate. Aullaba de rabia y ansiedad, revolviéndose de un lado a otro, retrocediendo, buscando la ocasión de arremeter. Buck no estaba menos impaciente, ni era menor la cautela con la que se revolvía hacia un lado y al otro a un mismo tiempo, procurando ganar ventaja. Pero fue entonces cuando ocurrió lo inesperado, algo que aplazaría hasta un futuro lejano, después de muchas millas de fatigas y esfuerzo, la lucha por la supremacía.

Los exabruptos de Perrault, el rotundo impacto de un garrote contra un cuerpo huesudo y un estridente gruñido de dolor anunciaron el desatarse del pandemonio posterior. De pronto, el campamento era un hervidero de furtivas siluetas peludas: casi un centenar de huskies famélicos, que habían husmeado el campamento desde algún poblado indio, se abalanzaban sobre ellos. Habían avanzado sigilosamente durante la pelea entre Buck y Spitz, y, cuando los dos hombres saltaron a la palestra provistos de gruesos garrotes, ellos les hicieron frente mostrando los dientes. El olor a comida los había enloquecido. Perrault descubrió a uno con la cabeza metida en la caja de las provisiones. Descargó un tremendo garrotazo sobre las flacas costillas del animal y la caja se volcó por el suelo. Al instante, una veintena de bestias famélicas se disputaban el pan y el tocino. Los garrotazos no los disuadían. Aun entre alaridos y rugidos, bajo una lluvia de golpes, luchaban como posesos hasta que hubieron devorado la última migaja.

Entretanto, los asombrados perros del equipo, que habían salido a toda prisa de sus cobijos, eran atacados por los feroces invasores. Jamás había visto Buck unos perros como aquellos. Daba la impresión de que los huesos iban a perforarles la piel. No eran más que simples esqueletos de pellejos embarrados, con los ojos desorbitados y los colmillos chorreando baba. Pero el desenfreno del hambre los convertía en seres aterradores, irresistibles. No había manera de hacerles frente. Al primer ataque, los perros del equipo fueron acorralados contra la pared de roca. A Buck lo acosaban tres atacantes, y en un instante tuvo la cabeza y los hombros cubiertos

de rasguños y desgarrones. El alboroto era espantoso. Billee gemía, como de costumbre. Dave y Sol-leks, sangrando por un sinfín de heridas, luchaban valerosamente, codo con codo. Joe soltaba dentelladas como un demonio; de pronto aferró entre los dientes la pata delantera de uno de los huskies e hizo crujir el hueso al triturarlo. Pike, el taimado, se abalanzó sobre el animal malherido y, tirando con fuerza, de una dentellada le quebró el pescuezo. Buck aferró por la garganta a un enemigo que echaba espuma por la boca, y la sangre que brotó al hundirle los dientes en la yugular se le esparció por el hocico. El tibio sabor de la sangre en la boca lo incitó a ser aún más feroz. Se abalanzó sobre otro y, al mismo tiempo, sintió que unos dientes se hundían en su propia garganta. Era Spitz, que lo atacaba a traición por el otro lado.

Perrault y François, una vez despejada su zona del campamento, acudieron a toda prisa en defensa de sus perros de trineo. La salvaje oleada de bestias hambrientas retrocedió ante ellos, y Buck se liberó de una sacudida. Pero fue solo por un momento. Los dos hombres tuvieron que volver corriendo a proteger las provisiones, y enseguida los perros esquimales aprovecharon para lanzarse de nuevo al ataque. Billee, envalentonado por el terror, se abrió paso de un salto entre aquel círculo de perros salvajes y huyó a través del lago helado. Pike y Dub lo siguieron, pisándole los talones, y el resto del equipo siguió su ejemplo. Cuando Buck se disponía a saltar tras ellos, vio por el rabillo del ojo que Spitz se abalanzaba sobre él con la evidente intención de derribarlo. Si perdía el equilibrio y caía bajo la manada de huskies, ya no habría esperanza de salir con vida. Pero Buck aguantó a pie firme el impacto de la carga de Spitz, y seguidamente se unió a la huida por el lago.

Más tarde, los nueve perros del equipo se reunieron y buscaron refugio en el bosque. Aunque ya no los perseguían, se hallaban en un estado lamentable. No había ninguno que no tuviese cuatro o cinco heridas, algunas de gravedad. Dub tenía una pata trasera gravemente lesionada; Dolly, la última que se había incorporado al equipo en Dyea, presentaba un horrible desgarrón en la garganta; Joe había perdido un ojo; y Billee, tan pacífico, con una oreja mordida y hecha jirones, se pasó gimiendo lastimeramente toda la noche. Al amanecer regresaron, recelosos, cojeando, al campamento, y se encontraron con que los invasores se habían retirado y los dos hombres estaban de muy mal humor. Faltaban la mitad de las provisiones y, además, los perros salvajes habían roído

las cuerdas y las capotas de lona del trineo. De hecho, no se les había escapado nada que fuese remotamente comestible. Habían engullido un par de mocasines de piel de alce de Perrault, trozos de cuero de las riendas, e incluso más de medio metro de la fusta del látigo de François, quien interrumpió la triste constatación de estos desmanes para echar un vistazo a sus maltrechos perros.

—Ah, mis amigos —dijo quedamente—, quizá volver rabiosos tantos mordiscos. ¡Puede que todos rabiosos, *sacredam*! ¿Tú qué creer, eh, Perrault?

El correo meneó la cabeza en señal de duda. Con más de seiscientos kilómetros aún por delante para llegar a Dawson, no se podía permitir una epidemia de rabia entre sus animales. Tras dos horas de insultos y blasfemias y duro esfuerzo pudo poner los arneses en condiciones, tras lo cual, el equipo, aún agarrotado por las heridas, se puso en marcha, avanzando penosamente por el tramo más duro que habían encontrado hasta entonces y que, realmente, era el peor que les quedaba por recorrer hasta llegar a Dawson.

El río Thirty Mile no se había helado. Su turbulento caudal lo impedía y solo en los remolinos y en los remansos se había formado un poco de hielo. Se necesitaron seis días de agotador esfuerzo para recorrer aquellos terribles cincuenta kilómetros; terribles porque cada paso suponía un peligro para la vida tanto de los perros como de los hombres. Al menos una docena de veces, Perrault, que abría la marcha, quebró la capa helada que los aguantaba, salvándose gracias a la pértiga que, sostenida de determinada manera, siempre quedaba atravesada sobre el agujero abierto por su cuerpo. Pero estaban en plena ola de frío, el termómetro marcaba casi cincuenta grados bajo cero, y cada vez que se rompía el hielo, se veía obligado, para mantenerse con vida, a encender una hoguera y secarse la ropa.

Nada lo amilanaba y precisamente por eso había sido elegido correo del Gobierno. Afrontaba todo tipo de riesgos, avanzando resueltamente con su pequeño rostro curtido en medio del viento helado y luchando sin descanso desde las primeras luces del alba hasta el crepúsculo. Recorría las peligrosas orillas del lago, sobre las que no osaban detenerse, porque el hielo era tan fino que cedía y se agrietaba bajo los pies. En una ocasión, el trineo se hundió con Dave y Buck, que estaban medio congelados y a punto de ahogarse cuando los sacaron del agua. Para salvarlos fue necesario encender la consabida hoguera. Estaban cubiertos de una dura capa hielo, y los dos hombres los tuvieron corriendo alrededor de la hoguera para que sudaran y entraran en calor, tan cerca del fuego, que

quedaron medio chamuscados por las llamas.

En otra ocasión fue Spitz el que se hundió, arrastrando tras de sí al tiro entero hasta llegar a Buck, que frenó la caída con todas sus fuerzas, con las patas delanteras aferradas al borde resbaladizo mientras el hielo temblaba y se partía a su alrededor. Pero detrás de él estaba Dave haciendo el mismo esfuerzo y, en la parte posterior del trineo, François tirando con tal fuerza que casi se oía el crujido de sus tendones. En otra ocasión sucedió que la superficie helada cedió por delante y por detrás del trineo y no les quedaba otra escapatoria que encaramarse al empinado talud de la orilla. Perrault consiguió escalarlo de forma milagrosa mientras François rezaba para que dicho milagro se produjera; entonces, con los trozos de correa, los arneses de cuero y los deslizadores formaron una larga cuerda y, amarrados a ella, izaron de uno en uno a los perros hasta el borde del precipicio. El último en subir fue François, después del trineo y la carga. A continuación, tuvieron que buscar un lugar por el que descender, descenso que en última instancia realizaron con ayuda de la cuerda; así pues, la noche los encontró de nuevo en el río, sin haber conseguido avanzar más que medio kilómetro en todo el día. Cuando llegaron a Hootalinqua, donde el hielo estaba firme, Buck estaba agotado. El resto de los perros se encontraba en un estado semejante, pero Perrault, para compensar el tiempo perdido, les exigía trabajar de sol a sol. El primer día recorrieron unos sesenta kilómetros hasta Big Salmon; al siguiente, sesenta más hasta Little Salmon; el tercer día, sesenta y cinco más, lo cual los llevó hasta bastante cerca de Five Fingers.

Los pies de Buck no eran tan resistentes ni estaban tan endurecidos como los de los huskies. Los suyos se habían ido reblandeciendo a través de muchas generaciones, desde que los últimos de sus antepasados salvajes fueran domesticados por un cavernícola o un pescador primitivo. Se pasaba todo el día cojeando penosamente y, una vez armado el campamento, se dejaba caer como si estuviera muerto. A pesar del hambre, ni se movía para ir a buscar su ración de pescado, y François tenía que llevársela. Este, además, todas las noches después de la cena, dedicaba media hora a frotarle a Buck las plantas de los pies, y hasta sacrificó la parte más alta de sus mocasines para hacerle cuatro zapatitos a Buck. Esto le supuso un gran alivio y provocó incluso una mueca parecida a una sonrisa en el rostro curtido de Perrault una mañana en que, habiendo François olvidado los mocasines, Buck se tumbó de

espaldas, agitando las cuatro patas en el aire, y se negó en redondo a moverse sin ellos. Con el tiempo, sus pies se fueron endureciendo acostumbrados a la pista, y acabaron por desechar aquel calzado ya gastado.

Una mañana, a orillas del Pelly, cuando estaban colocando los arreos, Dolly, que nunca había destacado en nada, se volvió loca de repente. El anuncio de su trastorno fue un aullido largo, desgarrador, que a los demás perros les puso los pelos de punta, tras lo cual se abalanzó directamente sobre Buck. Este nunca había visto a un perro volverse rabioso ni tenía motivos para tener miedo a la enfermedad; pero presintió el horror y huyó presa del pánico. Salió disparado en línea recta, con Dolly, que jadeaba y echaba espuma, pisándole los talones; ni ella podía darle alcance, tanto era el terror que lo poseía, ni él lograba distanciarse de ella, tal era su locura. Buck se adentró raudo hacia los bosques de la parte más elevada de la isla, alcanzó el extremo opuesto descendente, atravesó un cauce de duro hielo en dirección a otra isla, llegó a una tercera, giró hacia el río principal y, en su desesperación, empezó a cruzarlo. Y todo el tiempo, aunque no la veía, la oía gruñir a solo una zancada por detrás. François lo llamó desde unos cuatrocientos metros de distancia y Buck volvió sobre sus pasos, siempre con un cuerpo de ventaja, jadeando sin resuello y con toda su esperanza puesta en que François lo salvara. El guía tenía el hacha preparada en la mano y, cuando hubo pasado Buck, la descargó sobre el cráneo de la enloquecida Dolly. Buck cayó tambaleándose junto al trineo, exhausto, con la respiración entrecortada, indefenso. Aquella era la oportunidad que esperaba Spitz. Se abalanzó sobre él y dos veces hundió los dientes en su enemigo desprotegido, desgarrándole la carne hasta el hueso. Entonces le cayó encima el látigo de François, y Buck tuvo la satisfacción de contemplar cómo Spitz recibía la peor azotaina propinada hasta entonces a cualquier perro del equipo.

—Un demonio, ese Spitz —comentó Perrault—. Un día de estos matar al Buck.

—Ese Buck valer por dos demonios —fue la réplica de François —. Sé porque yo observarlo todo el tiempo. Verás, un buen día se pone loco furioso, se come crudo al Spitz y lo vomita sobre la nieve. Ya verás, soy seguro.

Desde entonces hubo guerra abierta entre ambos. Spitz, como perro guía y jefe reconocido del equipo, sentía que aquel extraño

perro del sur amenazaba su supremacía. Y le resultaba extraño, en efecto, porque de los numerosos perros de esa procedencia que había conocido, ni uno solo había demostrado valer demasiado, ni en el campamento ni en el trabajo en la pista. Todos eran demasiado blandos y morían de agotamiento, de frío o de hambre. Buck era la excepción. Solo él había resistido y había conseguido adaptarse, llegando a igualarse a los huskies en cuanto a fortaleza, fiereza e ingenio. Además era un perro con capacidad de liderazgo, y el hecho de que el garrote del hombre del jersey rojo hubiera suprimido en él toda señal de temeridad y precipitación en el ansia de dominio, lo hacía doblemente peligroso. Sobre todo, destacaba en astucia y en su capacidad de aguardar el momento oportuno con una paciencia que era, precisamente, primitiva.

El enfrentamiento por el liderazgo era inevitable. Buck lo deseaba; lo deseaba porque así se lo pedía su naturaleza, porque se había apoderado de él ese indescriptible e incomprensible orgullo que surgía en las pistas y en las riendas, un orgullo que sostiene a esos perros en su esfuerzo hasta el último aliento, que los lleva a morir en el tiro con alegría y les parte el alma si se les aleja de ese tipo de vida. Era el orgullo que sentía Dave como perro de varas y el de Sol-leks cuando tiraba delante de todos con todas sus fuerzas; el orgullo que se apoderaba de ellos en cuanto levantaban el campamento y transformaba a aquellas bestias hoscas y taciturnas en criaturas esforzadas, entusiastas y ambiciosas; el orgullo que los espoleaba durante todo el día y luego los abandonaba en los límites del campamento cada noche, dejándolos sumidos en el desasosiego y en la contrariedad más sombría. Era el orgullo que animaba a Spitz y lo llevaba a martirizar a los perros del tiro que se atolondraban o rehuían las riendas o se escondían por la mañana a la hora de aparejar los arneses. Era precisamente ese orgullo lo que hacía que temiese a Buck como posible perro guía. Y ese era también el orgullo de Buck.

Buck amenazaba abiertamente el liderazgo de Spitz. Se interponía entre él y los holgazanes a quienes Spitz debía castigar. Y lo hacía a propósito. Una noche hubo una gran nevada y, por la mañana, Pike, que acostumbraba a escaquearse, no se presentó. Estaba bien escondido en su refugio, bajo más de un palmo de nieve. François lo llamaba y lo buscaba inútilmente. Spitz andaba loco de ira. Recorría furioso el campamento, olfateando y escarbando en todos los lugares sospechosos y gruñendo de un

modo tan espantoso que Pike lo oía y temblaba en su escondite.

Pero cuando por fin lo descubrieron y Spitz se abalanzó hacia él para castigarlo, Buck, con el mismo ímpetu, se interpuso entre los dos. Fue algo tan inesperado y ejecutado con tal precisión, que Spitz, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Alentado ante aquella abierta rebelión, Pike, que había estado temblando como un cobarde, saltó sobre el líder caído. Buck, para quien el juego limpio era una norma relegada al olvido, se precipitó también sobre Spitz. Pero François, al que el incidente le hizo gracia, era inflexible a la hora de administrar justicia, así que descargó el látigo con todas sus fuerzas sobre Buck. Como ni por esas lograba apartarlo de su postrado enemigo, el hombre recurrió al mango del látigo. Medio inconsciente por el golpe, Buck cayó hacia atrás y recibió reiterados latigazos, mientras Spitz castigaba a conciencia al reincidente Pike.

En los días siguientes, a medida que se iban acercando a Dawson, Buck continuaba interponiéndose entre Spitz y los transgresores, pero lo hacía con astucia, cuando François no andaba cerca. Como consecuencia de la encubierta rebelión de Buck, surgió una insubordinación general que fue propagándose entre los perros. Dave y Sol-leks permanecían al margen, pero el resto del tiro iba de mal en peor. Las cosas ya no marchaban; se producían riñas y peleas continuas; había siempre un conflicto en gestación, y en su origen estaba Buck. François permanecía atento, pues temía la lucha a muerte que tarde o temprano había de tener lugar entre los dos perros; y más de una noche, tuvo que salir de su saco de dormir al oír a otros perros peleándose, temeroso de que fueran Buck y Spitz los que se hubieran enzarzado.

Pero la oportunidad no se presentó, y así, una tarde gris llegaron a Dawson con la gran pelea todavía pendiente. Había allí multitud de hombres y un sinnúmero de perros, todos ellos trabajando. Al parecer, el que los perros trabajasen pertenecía al orden natural de las cosas. En largas traíllas, se los veía pasar en ambas direcciones por la calle principal durante todo el día, y, de noche, sus campanillas continuaban aún tintineando. Transportaban la leña, troncos para la construcción de cabañas, acarreaban materiales a las minas y realizaban todos aquellos trabajos que en el valle de Santa Clara correspondían a los caballos. Buck encontró ocasionalmente algún perro sureño, pero la gran mayoría eran de la raza salvaje y lobuna de los huskies. Todas las noches, regularmente, a las nueve,

a las doce, a las tres, entonaban un canto nocturno, una especie de extraña y sobrecogedora sinfonía a la que Buck se incorporaba con deleite.

Tanto si la aurora boreal los iluminaba con su frío resplandor como si las estrellas retozaban en su helada danza mientras la tierra yacía aterida e inerte bajo el manto de nieve, aquel canto de los huskies habría podido parecer un desafío a la vida; solo que lo hacían en un tono menor, entre larguísimos aullidos quejumbrosos y sollozos insinuados, y era más bien una súplica ante la vida, una queja manifiesta por el duro trabajo de existir. Era una canción antigua, tan antigua como la raza misma, una de las primeras canciones de un mundo más joven, en aquel tiempo en que todas las canciones eran tristes. El sufrimiento de innumerables generaciones impregnaba aquel lamento que tan extrañamente conmovía a Buck. Cuando sollozaba y gemía, lo hacía con el dolor ancestral de sus remotos antepasados salvajes, y a la vez con el temor y el misterio del frío y la oscuridad que para ellos también había significado temor y misterio. Y que esto lo conmoviera tanto era indicio del final del proceso que lo había hecho retroceder a través de siglos de vida domesticada, bajo techo y junto a la hoguera, hasta los crudos orígenes de la vida en el tiempo de los aullidos.

A los siete días de la llegada a Dawson, ya estaban bajando por el empinado talud junto a los cuarteles para enfilar la pista del Yukón en dirección a Dyea y Salt Water. Los envíos que Perrault llevaba en este trayecto eran aún más urgentes, si cabe, que los que

había traído; además, también se había apoderado de él el orgullo del viaje que lo incitaba a batir las marcas de velocidad del año. Varios aspectos le eran favorables. La semana de descanso había servido para que los perros se recuperasen y estuviesen en perfecta forma. La senda abierta por ellos campo a través había sido después consolidada por otros viajeros. Y, por último, la policía había instalado en dos o tres puntos de la ruta depósitos de alimento para los hombres y los perros, de modo que podían viajar con muy poco peso.

El primer día cubrieron el trayecto de cien kilómetros hasta Sixty Mile; el segundo ya iban subiendo por el Yukón, camino del Pelly. Pero tan espléndida marcha no se logró sin que François tuviera que afrontar grandes dificultades y diversas tribulaciones. La insidiosa revuelta liderada por Buck había destruido la solidaridad en el tiro, que ya no era como un solo perro en acción sobre la pista. El respaldo proporcionado por Buck a los rebeldes los inducía a toda clase de trastadas de poca monta. Spitz había dejado de ser un líder temido. Perdido el respeto temeroso, los demás perros se sentían capaces de desafiarlo. Pike le robó una noche medio pescado y lo engulló, bajo la protección de Buck. Otra noche, Dub y Joe le hicieron frente y Spitz tuvo que renunciar a castigarlos como merecían. Y hasta Billee, tan amable, se volvió menos benévolo y sus bufidos ya no eran tan conciliadores como antes. Buck nunca se acercaba a Spitz sin gruñirle o erizar el pelo, amenazante; de hecho, se comportaba casi como un matón y se dedicaba a pavonearse de aquí para allá delante de sus mismísimas narices.

La ruptura de la disciplina afectó también las relaciones entre los demás perros. Se peleaban más que nunca, hasta el punto de que a veces el campamento se sumía en un espantoso alboroto de aullidos. Solo Dave y Sol-leks permanecían impasibles, aunque las interminables disputas acabaran por irritarles. François blasfemaba sin cesar en su extraño idioma al tiempo que pisoteaba la nieve con rabia inútil y se tiraba de los pelos. Su látigo restallaba continuamente entre los perros, pero no servía de mucho. En cuanto volvía la espalda, se agarraban otra vez. Con el látigo respaldaba a Spitz, mientras que Buck apoyaba al resto del equipo. François sabía que él era el causante de todas aquellas intrigas, y Buck sabía que lo sabía; pero era demasiado listo para dejar que lo pillaran en falta. Trabajaba con ahínco en el tiro, pues el trabajo se había convertido en un placer para él; pero le gustaba aún más provocar

disimuladamente una pelea entre sus compañeros y hacer que se enredasen las riendas.

En la desembocadura del Tahkeena, una noche después de comer, Dub avistó un conejo de las nieves, pero calculó mal y se le escapó. Un segundo después, el equipo entero corría con ansia tras él. A pocos metros de distancia había un campamento de la policía del noroeste, con cincuenta perros, todos ellos huskies, que se incorporaron a la cacería. El conejo salió disparado río abajo a toda velocidad y enfiló hacia uno de sus pequeños afluentes sobre cuyo lecho helado continuó corriendo. Huía con ligereza sobre la superficie nevada mientras los perros se abrían camino con dificultad, empleándose a fondo. Buck iba a la cabeza de la jauría de unos sesenta canes, curva tras curva, pero sin conseguir darle alcance. Corría con todas sus fuerzas, gimiendo de impaciencia, con el espléndido cuerpo centelleando, salto a salto, bajo la tenue y blanca luz de la luna. Y, salto a salto, como un pálido espectro de hielo, el conejo de las nieves destellaba ante él.

Toda esa conmoción de antiguos instintos que, en épocas puntuales, empuja a los hombres a salir del bullicio de las ciudades y dirigirse hacia los bosques y las llanuras con el propósito de matar a otros seres a tiro de perdigón, esa sed de sangre, esa alegría de matar, todo eso estaba actuando en Buck, aunque de forma mucho más íntima. Marchaba a la cabeza de la jauría, extenuando a aquel animal silvestre, carne viva al fin, para matarlo con sus propios dientes y empaparse los hocicos hasta los ojos de sangre tibia.

Hay un momento de éxtasis que marca la culminación de una existencia y más allá del cual esta ya no puede elevarse. Y lo paradójico de la vida consiste en que ese momento, cuando uno más vivo se siente, llega cuando uno se ha olvidado por completo de que lo está. Ese éxtasis, esa inconsciencia de estar vivo, le ocurre al artista, absorbido y enajenado, lanzado sobre un lienzo de fuego; y también al soldado que, ebrio de sangre en un campo asolado, lucha sin cuartel; y le sobrevino a Buck, mientras iba al frente de la jauría, profiriendo el inmemorial aullido del lobo, esforzándose por atrapar aquel alimento que estaba vivo y huía a toda velocidad, iluminado por la luna. Estaba sondeando las profundidades de su naturaleza y de aquellos elementos de esta que surgían de honduras más profundas, que se remontaban a la matriz misma del tiempo. Prevalecía en él la pura irrupción de la vida, la marea de la

existencia, el goce perfecto de cada uno de sus músculos, de cada articulación y de cada uno de sus tendones, en cuanto que representaban la otra cara de la muerte, todo lo palpitante, en pleno desenfreno, expresándose en el movimiento, en la carrera exultante bajo las estrellas y sobre aquella superficie de materia inerte.

Pero Spitz, frío y calculador hasta en los momentos de mayor exaltación, se separó de la jauría y atajó a través de una angosta franja de terreno donde el afluente trazaba una extensa curva. Buck no se percató y, al salir de la curva persiguiendo aún a aquella aparición glacial en forma de conejo, vio otra aparición, también glacial, pero más grande aún, que daba un salto desde el talud que dominaba el río e interceptaba el paso del conejo. Era Spitz. El conejo no pudo retroceder y, cuando los blancos dientes le partieron el espinazo en mitad de un brinco, soltó un chillido tan agudo como el de un hombre herido. Al oírlo, al oír aquel grito de Vida precipitándose desde la cúspide hacia las garras de la Muerte, toda la jauría que corría tras Buck se aunó en un aullido endemoniado de placer.

Pero Buck no aulló. Lejos de detenerse, se abalanzó sobre Spitz, paletilla contra paletilla, con tal ímpetu que no le atinó en la yugular. Rodaron juntos sobre la nieve en polvo. Spitz se levantó con tal celeridad que no parecía que lo hubiesen derribado, le asestó a Buck una dentellada en el hombro y se apartó de un salto. En dos ocasiones dio dentelladas al aire, como el acero de un cepo, mientras retrocedía para afianzar las patas, gruñendo al contraer sus finos labios para mostrar los dientes.

Buck lo supo al instante. Había llegado el momento: la lucha iba a ser a muerte. Mientras giraban en círculo, gruñendo, con las orejas hacia atrás, extremadamente atentos a cualquier posible ventaja, la escena le resultó a Buck en cierto modo familiar. Le pareció recordarlo todo: los blancos bosques, la tierra, el resplandor de la luna y la emoción del combate inminente. Una calma fantasmal se cernía sobre el blanco silencioso. No se oía el más mínimo susurro del viento: nada se movía, ni una sola hoja temblaba, solo el aliento de los perros se elevaba morosamente y quedaba suspendido en el aire helado. Aquellos perros, que no eran sino lobos apenas domesticados, habían dado cuenta del conejo y ahora iban agrupándose en un círculo expectante. También ellos participaban del silencio y solo eran perceptibles los destellos en los

ojos y el aliento disperso de la manada que ascendía con lentitud. A Buck aquella escena, tan inmemorial, no le resultaba nueva ni extraña. Era como si siempre hubiera existido, el estado natural de las cosas.

Spitz era un luchador consumado. Desde Spitzberg, por todo el Ártico y a través de Canadá y las Barren, siempre se había hecho valer frente a toda clase de perros y había sabido imponer su supremacía. La suya era una furia implacable, pero nunca ciega. Aun en la pasión por rasgar y destruir, en ningún momento olvidaba que su contrario sentía la misma pasión. Nunca embestía hasta que no se sentía capaz de aguantar una embestida; y jamás atacaba hasta que no se sentía con fuerzas para afianzar ese ataque.

En vano se esforzaba Buck por clavarle los dientes en el pescuezo al gran perro blanco. Siempre que sus colmillos procuraban atacar la carne más blanda, se encontraban con los colmillos de Spitz. Entrechocaban los colmillos, sangraban los cortes en los labios, sin que Buck consiguiera abrir un resquicio en la defensa de su

enemigo. Entonces se enardeció y envolvió a Spitz en un torbellino de ataques. Una y otra vez intentaba alcanzarle en la garganta, tan blanca, donde la vida burbujeaba a flor de piel: pero una y otra vez Spitz le desgarraba con los dientes y se apartaba. Entonces Buck se decidió a amagar un ataque a la garganta para luego, súbitamente, echar la cabeza hacia atrás y ladeándola, embestir con el hombro a modo de ariete contra Spitz, con objeto de derribarlo. Aun así, solo lograba recibir una dentellada en la paletilla cada vez que Spitz se apartaba dando un ágil brinco.

Spitz seguía indemne, mientras que Buck jadeaba y sangraba en abundancia. La lucha era cada vez más desesperada. Y el círculo silencioso de perros lobunos continuaba aguardando para acabar con el que resultase derrotado. Cuando Buck se fue quedando sin resuello, Spitz empezó a atacarle y lo obligó a hacer esfuerzos para no perder el equilibrio. En una ocasión cayó al suelo, y el corro de sesenta perros se dispuso a echarse sobre él; pero él se recuperó, casi al momento, y el círculo desistió y permaneció a la espera.

No obstante, Buck tenía una cualidad que contribuía a su excelencia: la imaginación. Luchaba por instinto, pero también era capaz de pelear con la cabeza. Atacó como si intentase el anterior truco del hombro, pero en el último instante se agachó sobre la nieve y sus dientes apresaron la pata delantera izquierda de Spitz. Se oyó un crujido de huesos rotos, y el perro blanco le hizo frente sobre tres patas. Por tres veces intentó Buck derribarlo, y después repitió el ardid y le quebró a Spitz la otra pata. A pesar del dolor y la impotencia, Spitz luchaba desesperadamente por mantenerse en pie. Veía que el círculo silencioso, del que se elevaba el vaho plateado de las respiraciones, se aproximaba a él con los ojos brillantes y la lengua fuera, tal como había visto en el pasado círculos similares cercando a adversarios vencidos. Solo que esta vez el vencido era él.

No le quedaba ninguna esperanza. Buck era inexorable; la misericordia era algo reservado a climas más benignos. Fue tomando posiciones para emprender el ataque final. El círculo se había cerrado hasta tal punto que podía sentir la respiración de los huskies a su costado. Los podía ver rodeando a Spitz, medio agazapados, dispuestos para dar el salto y con los ojos fijos en él. Hubo un momento de pausa. Todos los animales permanecían inmóviles, como si fueran de piedra. Solo Spitz se estremecía y se

erizaba, tambaleándose, gruñendo con terrible amenaza, como queriendo ahuyentar la muerte inminente. Entonces Buck atacó y reculó enseguida; pero con el salto, los hombros de ambos por fin chocaron de lleno. El oscuro círculo sobre la nieve iluminada por la luna se convertía en un punto en el que Spitz desaparecía de la vista. Buck permanecía de pie, observando la escena: era el orgulloso vencedor, la dominante bestia primitiva que había matado a su víctima, y se sentía feliz.

# 4. Aquel que se gana el poder

—¿Eh?, ¿no decir yo? No ser mentira cuando dije que este Buck ser dos demonios.

Así hablaba François a la mañana siguiente, cuando descubrió la ausencia de Spitz y a Buck cubierto de heridas. Condujo al perro cerca de la hoguera para observárselas a la luz.

—Spitz pelea como fiera —dijo Perrault mientras examinaba los desgarrones y los cortes.

—Y Buck, como dos —fue la respuesta de Fran-çois—. Y ahora nosotros andar deprisa. No Spitz, no más lío, seguro.

Mientras Perrault empacaba el equipo de acampada y cargaba el trineo, el conductor colocaba los arneses a los animales. Buck se dirigió trotando al lugar de líder que hubiera ocupado Spitz; pero François, sin reparar en él, instaló a Sol-leks en la codiciada posición. A su juicio, era el mejor perro guía que quedaba. Buck saltó furioso sobre Sol-leks, obligándole a retirarse y ocupando su lugar.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —exclamó François, palmeándose los muslos, divertido—. Fíjate en Buck. Él matar al Spitz, piensa coger su puesto. ¡Fuera, tira! —le gritó, pero Buck se negaba a moverse.

Cogió a Buck por el cogote y, aunque el perro gruñía de forma amenazadora, lo arrastró a un lado y colocó en su lugar a Sol-leks de nuevo. Al veterano animal no le hizo gracia y mostró sin ambages que le tenía miedo a Buck. François era terco, pero en cuanto se dio la vuelta, Buck volvió a desplazar a Sol-leks, que se apartó sin resistencia.

François se enfureció.

—¡Pero bueno! ¡*Par* Dios que vas a ver! —farfulló, mientras volvía al lugar con un enorme garrote en la mano.

Buck recordó al hombre del jersey rojo y se retiró lentamente; tampoco intentó arremeter cuando Sol-leks fue colocado una vez más en el lugar del perro guía. En cambio, anduvo dando vueltas a prudente distancia del garrote, gruñendo, rabioso, lleno de amargura, sin perder de vista el garrote para poder esquivarlo en

caso de que François se lo lanzara. Buck ya era un experto en cuestión de golpes y garrotazos.

El conductor del trineo continuó con su tarea y, cuando se disponía a colocar a Buck en su lugar habitual delante de Dave, lo llamó. Buck retrocedió dos o tres pasos. François fue tras él y el perro volvió a retroceder. Después de un rato, François se desprendió del garrote, pensando que Buck temía que le diera una paliza. Pero Buck se declaraba en rebelión. Lo que quería no era esquivar un garrotazo, sino ocupar el puesto de mando. Le correspondía. Se lo había ganado y no se contentaría con menos.

Perrault intervino para ayudar y los dos hombres estuvieron persiguiéndolo casi una hora. Le lanzaban palos, pero él los esquivaba. Lo maldijeron a él, a todos sus antepasados y a todos sus posibles descendientes hasta la más lejana de las generaciones futuras, incluyendo además cada uno de sus pelos y cada gota de sangre de sus venas; y a cada insulto, él respondía gruñendo mientras se mantenía fuera de su alcance. No intentaba huir, sino que se replegaba sin alejarse del campamento, dando a entender claramente que cuando su deseo fuera complacido, él se acercaría y se portaría bien.

François se sentó, rascándose la cabeza. Perrault miró su reloj y soltó una blasfemia. El tiempo volaba, y hacía una hora que deberían haberse puesto en camino. François volvió a rascarse la cabeza, negó con el gesto y dedicó una media sonrisa avergonzada al correo, que se encogió de hombros en señal de capitulación. Entonces, François fue adonde estaba Sol-leks y llamó a Buck. Este se rio como lo hacen los perros, pero se mantuvo a distancia. François desabrochó los arreos a Sol-leks y restituyó al animal a su antigua posición. El equipo completo de perros estaba ahora uncido al trineo en una fila continua, listo para la marcha. No quedaba ningún lugar para Buck que no fuese al frente. François lo volvió a llamar, y de nuevo Buck se rio y mantuvo la distancia.

—Suelta el garrote —ordenó Perrault.

François le obedeció, y acto seguido Buck se acercó al trote, con una sonrisa triunfal, y se colocó en posición a la cabeza del tiro. Enganchadas las correas, el trineo arrancó y, con los dos hombres corriendo, la partida se dirigió velozmente hacia el río.

A pesar de que apreciaba su valía, recalcando lo de los dos demonios, François, mucho antes de acabar la jornada, ya había

descubierto que, de hecho, había infravalorado a Buck. Este, al primer salto, se hizo cargo de los deberes del liderazgo, y en cuanto a criterio, rapidez mental y toma de decisiones, se reveló superior incluso a Spitz, a quien François siempre había considerado insuperable.

Pero en lo que Buck más destacó fue en la forma de establecer las normas y hacerlas cumplir a sus compañeros. A Dave y a Solleks no les importaba el cambio de liderazgo. No les incumbía. Lo suyo era afanarse con todas sus fuerzas sobre las pistas. Mientras no fuera un impedimento para su tarea, lo demás les traía sin cuidado. Por ellos, como si les ponían de guía al pánfilo de Billee con tal de que fuera capaz de mantener la disciplina. El resto del equipo, en cambio, que se había vuelto revoltoso durante los últimos días con Spitz, parecía sorprenderse enormemente ahora que Buck trataba de restaurar el orden.

Pike, que tiraba inmediatamente detrás de Buck y que jamás había tirado del trineo con más fuerza que la estrictamente indispensable, recibió inmediatamente varios empellones por hacerse el remolón; y antes de que acabara la jornada, tiraba como nunca antes en su vida. La primera noche de campamento, Joe, el desabrido, recibió un rotundo castigo, cosa que Spitz nunca había logrado darle. Buck simplemente lo aplastó haciendo valer su mayor peso y lo redujo hasta que el otro dejó de dar dentelladas y se puso a gemir pidiendo una tregua.

El comportamiento general del equipo mejoró con rapidez. Se recuperó la solidaridad de antaño y una vez más los perros volvían a correr a un mismo ritmo. En los rápidos de Rink se incorporaron dos huskies nativos, Teek y Koona; y la celeridad con que Buck los dominó dejó sin aliento a François.

—¡Nunca había ver un perro como Buck! —gritó—. ¡No, nunca! ¡*Par* Dios que vale mil dólares! ¿Eh? ¿Qué dices tú, Perrault?

Y Perrault asentía con la cabeza. Para entonces llevaban tiempo de récord y ganaban tiempo día a día. La pista estaba en excelentes condiciones, con la nieve firme y dura, y no tuvieron que enfrentarse a nuevas nevadas. No hacía demasiado frío. La temperatura bajó hasta los cuarenta y cinco grados bajo cero y así permaneció durante todo el viaje. Los hombres corrían o montaban en trineo por turnos y los perros mantenían la marcha, sin apenas paradas.

El río Thirty Mile, por su parte, estaba relativamente cubierto de hielo, y en un día recorrieron lo que en la ida les había llevado diez. De un tirón se hicieron casi cien kilómetros desde la punta del lago Le Barge hasta los rápidos de White Horse. Al atravesar el Marsh, el Tagish y el Bennett (ciento diez kilómetros de lagos), su velocidad era tal que el hombre al que le tocaba ir corriendo era remolcado, atado a una cuerda detrás del trineo. Y la última noche de la segunda semana coronaron el White Pass y bajaban hacia el mar con las luces de Skaguay y de los barcos a sus pies.

Fue un viaje que batió todas las marcas. En los catorce días que duró hicieron un promedio de más de sesenta kilómetros diarios. Durante tres días, Perrault y François se pasearon sacando pecho por toda la calle principal de Skaguay, recibiendo sin cesar invitaciones a beber; por su parte, el equipo era el centro constante de veneración de una multitud de cazaperros y conductores de trineo. Después, tres o cuatro malhechores llegados del oeste que pretendían dejar la ciudad limpia fueron acribillados a balazos y el interés público se desvió hacia otros ídolos. Entonces llegaron órdenes del Gobierno. François llamó a Buck, lo abrazó, y lloró sobre él. Aquella fue la última vez que Buck vio a François y a Perrault. Como tantos otros hombres, desaparecieron para siempre

de la vida de Buck.

Un mestizo escocés se hizo cargo de él y de sus compañeros, y junto con otra docena de perros emprendieron el duro camino de regreso a Dawson. Ahora no se trataba de viajar ligeros ni de batir marcas, sino de hacer un descomunal esfuerzo todos los días arrastrando una pesada carga; porque aquel era el convoy del correo que llevaba las noticias del mundo a los hombres que buscaban oro a la sombra de las regiones polares.

A Buck aquella tarea no le gustaba, pero cumplía honradamente, con el mismo orgullo que Dave y Sol-leks, y se ocupaba de que los demás, con orgullo o sin él, colaboraran con la parte que les tocaba. Era una vida monótona que transcurría con la regularidad de una máquina. Los días eran todos iguales. Todas las mañanas, a una hora determinada, entraban en acción los cocineros, se encendían las hogueras y se desayunaba. Luego, mientras unos levantaban el campamento, otros enganchaban a los perros y, una hora antes de que en el cielo la oscuridad se disipara, anunciando el amanecer, ya se habían puesto en marcha. Por la noche se instalaba el campamento. Unos montaban las tiendas, otros cortaban la leña y las ramas de pino para los jergones, y otros acarreaban agua o hielo para los cocineros. También se daba de comer a los perros. Para ellos, aquel era el mejor momento del día, aunque también era agradable vagabundear por los alrededores, después de haberse comido el pescado, en compañía de los demás perros, que eran más de un centenar. Algunos de ellos eran luchadores muy fieros, pero, después de tres peleas con los más bravos, Buck se hizo el amo, y a partir de entonces, en cuanto erizaba el pelo y enseñaba los dientes, los demás se apartaban de su camino.

Quizá lo que más le gustaba era echarse delante del fuego con las patas traseras recogidas bajo su cuerpo y las delanteras extendidas, la cabeza erguida, contemplando las llamas con aire somnoliento. A veces se acordaba de la vasta finca del juez Miller en el soleado valle de Santa Clara, del tanque de cemento donde nadaba, de Ysabel, la perrita pelona mejicana, y de Toots, el doguito japonés; pero con mayor frecuencia recordaba al hombre del jersey rojo, la muerte de Curly, el gran duelo con Spitz y las cosas buenas que había comido o le gustaría comer. No sentía nostalgia. Los recuerdos de las tierras soleadas eran difusos y distantes y apenas le influían. Mucho más poderosa era la memoria

hereditaria, que confería a las cosas desconocidas hasta entonces una familiaridad muy real; los instintos (que no eran sino los recuerdos de sus antepasados convertidos en hábito) adormecidos por el paso del tiempo, y aún más en él, que despertaban y revivían en su ser.

A veces, en su ensoñación, tendido y ensimismado ante las llamas, tenía la impresión de que aquellas llamas pertenecían a otro fuego, y junto a él veía a un individuo distinto del cocinero mestizo que tenía delante. Este otro hombre tenía las piernas más cortas y los brazos más largos, sus músculos eran fibrosos, como con nudos, en vez de redondeados y voluminosos. El cabello de este hombre era largo y enmarañado y el perfil de su cabeza retrocedía a partir de los ojos. Emitía unos sonidos extraños y parecía tenerle pavor a la oscuridad, que escudriñaba continuamente, y aferrando con la mano, suspendida a medio camino entre la rodilla y el pie, un garrote con una pesada piedra en el extremo. Estaba casi desnudo, con una piel andrajosa y chamuscada que le colgaba de la espalda, pero un vello espeso le cubría todo el cuerpo. En algunas zonas, como el pecho y los hombros, y por la cara exterior de los brazos y los muslos, el vello era tan tupido que más parecía una piel gruesa. No se mantenía erguido, sino que andaba con el tronco levemente inclinado hacia delante y las piernas curvadas a la altura de las rodillas. Había en aquel cuerpo una elasticidad especial, una tensión casi felina, y la actitud alerta de quien vive en temor constante de lo visible y lo invisible.

Otras veces, aquel hombre velludo se sentaba en cuclillas junto al fuego, con la cabeza entre las piernas, y se dormía con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas sobre la cabeza, como si quisiera protegerse de la lluvia con sus brazos peludos. Y al otro lado de aquel fuego, en la oscuridad que los rodeaba, podía ver Buck ascuas encendidas, por pares, siempre de dos en dos, en las que reconocía los ojos de grandes fieras depredadoras. Y podía oír el ruido de sus cuerpos al desplazarse por entre la maleza y los sonidos que emitían en la noche. Y allí, soñando a orillas del Yukón, mirando el fuego con ojos somnolientos, aquellos sonidos y aquellas visiones de otro mundo hacían que se le erizasen los pelos del lomo y del cuello hasta que empezaba a gemir, leve, reprimidamente, o a gruñir en tono bajo hasta que el cocinero mestizo le gritaba: «¡Eh, Buck, despierta!». Entonces, aquel mundo se desvanecía y aparecía el mundo real ante sus ojos; y él se levantaba, bostezaba y se

desperezaba como si de verdad hubiera estado durmiendo.

Fue un viaje difícil: la carga que arrastraban y el esfuerzo del trabajo les resultaban agotadores. Al llegar a Dawson habían perdido peso y estaban tan extenuados que habrían necesitado diez días, o al menos una semana, de descanso. Pero al cabo de dos días ya enfilaban por las márgenes del Yukón desde los cuarteles, cargados de correspondencia para el exterior. Los perros estaban fatigados, los conductores, de mal humor, y por si fuera poco, nevaba todos los días. Esto significaba que las pistas estaban blandas, la fricción era mayor y los perros tenían que tirar con más esfuerzo; sin embargo, los conductores se portaban bien y hacían cuanto podían por ayudar a los animales.

Los perros eran los primeros en ser atendidos cada noche. Comían antes que los conductores, y ningún hombre se metía en su saco de dormir hasta haber examinado las patas de los perros de su tiro. Aun así, cada día se encontraban más debilitados. Desde el comienzo del invierno habían cubierto ya tres mil kilómetros, arrastrando trineos a lo largo de tan agotadora distancia; y tres mil kilómetros hacen mella hasta en los perros más fuertes. Buck lo soportaba y obligaba a los perros de su equipo a cumplir con la parte que les correspondía y mantenía la disciplina; pero también él estaba muy cansado. Por la noche, Billee gemía y se quejaba en sueños todas las noches. Joe se mostraba más desabrido que nunca, y a Sol-leks no había quien se le acercase, fuera por el lado ciego o por el otro.

Pero de todos, el que más sufría era Dave. Algo le pasaba. Se volvió más sombrío, más irritable y, en cuanto se montaba el campamento, se preparaba su refugio y tenían que llevarle su comida allí. En cuanto lo desenganchaban del arnés se metía en su hoyo, y no volvía a ponerse en pie hasta la hora de ocupar su puesto a la mañana siguiente. A veces, cuando durante la marcha lo sacudía un brusco frenazo del trineo, o cuando tiraba fuerte para arrancar, soltaba un aullido de dolor. El conductor lo examinaba, pero no le encontraba nada. Los demás conductores se interesaban por el caso. Lo comentaban a la hora de comer o mientras se fumaban la última pipa antes de acostarse, y una noche decidieron examinar al perro todos juntos. Lo sacaron del agujero, lo llevaron junto al fuego y allí estuvieron palpándolo y explorando su cuerpo hasta arrancarle en varias ocasiones quejidos de dolor. Tenía algún

mal interno, pero no pudieron localizar ningún hueso roto ni averiguar de qué se trataba.

Para cuando llegaron a Cassiar Bar, Dave estaba tan débil que se caía con frecuencia sobre la pista. El mestizo escocés dio el alto, lo apartó del equipo y puso a Sol-leks en su lugar. Quería que Dave se tomase un descanso, corriendo con libertad detrás del trineo. Pero aun enfermo como estaba, a Dave le ofendió que lo desengancharan; rezongaba con gruñidos mientras le soltaban las correas y se puso a gemir desconsolado al ver a Sol-leks en el puesto que él había ocupado con eficacia durante tanto tiempo. Porque sentía el orgullo de la posta y el tiro, y ni enfermo de muerte podía soportar que otro perro desempeñara su tarea.

Cuando el trineo arrancó, se puso a correr con grandes dificultades por la nieve blanda que flanqueaba la pista endurecida, mordiendo a Sol-leks, embistiendo contra él para que cayera sobre la nieve blanda de otro lado, intentando meterse entre Sol-leks y el trineo, sin dejar de gemir, de gruñir y de aullar de dolor y de pena. El mestizo intentó apartarlo a latigazos; pero Dave hacía caso omiso de la fusta y al hombre le habría partido el alma castigarlo con más dureza. Dave se negaba a correr obediente detrás del trineo, donde le habría sido más fácil, y continuaba trastabillando a un lado, por la nieve blanda, hasta que ya no pudo más. Entonces, cayó y quedó postrado donde había caído, aullando de un modo lúgubre mientras la larga caravana de trineos pasaba velozmente junto a él.

Aún pudo hacer acopio de fuerza para seguirlos a rastras hasta que la expedición hizo un alto en el camino y entonces adelantó a los trineos hasta llegar al suyo para colocarse junto a Sol-leks. El conductor se había entretenido un momento para pedir fuego al hombre que iba detrás y encender la pipa. Luego volvió a su sitio e hizo arrancar a sus perros, que se pusieron en marcha con insólita facilidad, volvieron la cabeza extrañados y se detuvieron sorprendidísimos. El conductor no estaba menos sorprendido: el trineo no se había movido. Llamó a sus colegas para que fueran testigos de lo sucedido. Dave había cortado a dentelladas las correas de Sol-leks y se había colocado directamente delante del trineo, en el sitio que le correspondía.

Con la mirada suplicaba que lo dejasen allí. El conductor estaba perplejo. Sus colegas comentaron cómo a un perro se le podía partir el corazón cuando se le negaba la posibilidad de hacer su trabajo,

aunque lo estuviera matando, y recordaron a otros perros que habían conocido, demasiado viejos para los arneses o malheridos, que habían muerto al separarlos del tiro. Y pensaron que, puesto que de todas formas Dave iba a morir, sería más piadoso que muriera entre las riendas, complacido, contento. De modo que le colocaron los arreos y él se puso a tirar con el orgullo suyo de siempre, aunque de vez en cuando se le escapara un gemido involuntario por el mal que le roía las entrañas. Varias veces se desplomó y el tiro lo arrastró, y en otra ocasión el trineo se lo llevó por delante, y a partir de aquel momento se quedó cojo de una de las patas traseras.

Pero aguantó hasta llegar al campamento, donde el conductor le hizo un sitio junto al fuego. Por la mañana, lo encontró demasiado débil para viajar. A la hora del enganche intentó llegar como fuera hasta la posición del conductor. A duras penas logró ponerse en pie, se tambaleó y cayó. Entonces empezó a arrastrarse lentamente hasta el lugar donde estaban enganchando a sus compañeros. Avanzaba con las patas delanteras y arrastraba el resto del cuerpo de un tirón, y volvía a hacerlo para ganar cada vez unos centímetros. Las fuerzas lo abandonaron, y la última vez que sus compañeros lo vieron yacía jadeando sobre la nieve, mirándolos con anhelo. Pero siguieron oyendo su aullido lastimero hasta que se perdieron de vista detrás de una hilera de árboles a orillas del río.

Allí se detuvo la expedición. El mestizo escocés volvió lentamente sobre sus pasos hacia el campamento de donde habían salido. Los hombres dejaron de hablar. Sonó un disparo de revólver. El hombre regresó a toda prisa. Restallaron los látigos, sonaron alegremente las campanillas y los trineos se deslizaron veloces sobre la pista; pero Buck sabía, como lo sabían todos los demás perros, lo que había ocurrido detrás de aquella hilera de árboles junto al río.

# 5. Las fatigas de la pista y el tiro

A los treinta días de haber salido de Dawson, el correo de Salt Water, con Buck y sus compañeros al frente, llegaba a Skaguay. Se encontraban en un estado lastimoso, rendidos, exhaustos. El peso de Buck se había reducido de sesenta y tres kilos a unos cincuenta. El resto de los perros, aun siendo menos pesados, habían perdido relativamente más peso que él. Pike, el tramposo, que en su larga vida de trapacerías había fingido a menudo tener una pata herida, cojeaba ahora con toda razón. Sol-leks también andaba paticojo y Dub tenía una paletilla dislocada.

Todos tenían las almohadillas de los pies muy lastimadas, sin elasticidad ni amortiguación alguna. Golpeaban pesadamente la pista con las patas, trasmitiendo la vibración del impacto a su cuerpo, con lo que duplicaban la fatiga de la jornada. No les pasaba nada en especial; tan solo estaban muertos de cansancio. No se trataba del agotamiento que produce un esfuerzo intenso y breve, del cual se recupera uno en cuestión de horas, sino de la lenta y prolongada extenuación provocada por meses de esfuerzo sostenido en el tiro. Ya no tenían capacidad de recuperación ni reserva de energías a la que recurrir; las habían agotado todas hasta la última gota. Cada músculo, cada fibra, cada célula, participaba de la extenuación, de la mortal fatiga. Y había motivo. En menos de cinco meses habían recorrido más de cuatro mil kilómetros, y los últimos tres mil con solo cinco días de descanso. Cuando llegaron a Skaguay, parecían estar en las últimas. A duras penas conseguían mantener tensas las riendas y en las bajadas les era difícil mantenerse fuera del alcance del trineo.

—¡Adelante, patitas cansadas! —les animaba el conductor mientras avanzaban tambaleantes por la calle principal de Skaguay —. Ya hemos llegado, enseguida descansamos, ¿eh? Sí, señor, un descanso de campeones, bien ganado.

Los propios conductores esperaban, confiados en que les darían varios días de descanso. También ellos habían hecho casi dos mil kilómetros con solo dos días de asueto y merecían, justa y razonablemente, un periodo de reposo. Pero eran tantísimos los

hombres que habían acudido a Klondike y tan numerosas las novias, esposas y demás parientes que no lo habían hecho, que el correo se iba acumulando en proporciones diríamos que alpinas; y además estaban los despachos oficiales. Nuevos lotes de perros de la bahía de Hudson habrían de reemplazar a los que ya no sirviesen para las pistas. Había que desprenderse de estos últimos y, puesto que un perro poco significa frente a un puñado de dólares, el caso era venderlos.

Pasaron tres días, durante los cuales Buck y sus compañeros descubrieron cuán cansados y debilitados estaban. Más tarde, en la mañana del cuarto día, llegaron de Estados Unidos dos hombres y los compraron con arneses incluidos, por cuatro cuartos. Se llamaban el uno al otro *Hal* y *Charles*. Charles era de mediana edad, de piel clara, ojos acuosos y miopes y un mostacho retorcido hacia arriba con firmeza como para compensar los mustios labios que ocultaba. Hal era un joven de diecinueve o veinte años, que llevaba, atados a un cinto repleto de balas, un gran revólver Colt y un cuchillo de caza. Este cinturón era el elemento más llamativo de su persona pues proclamaba su inmadurez, una inmadurez total e indescriptible. Aquellos dos hombres estaban manifiestamente fuera de lugar, y la razón por la cual semejantes individuos se aventuraban a viajar a las tierras del norte es parte de un misterio que resiste toda explicación.

Buck los oyó regatear, vio pasar el dinero de las manos del hombre a las del agente del Gobierno, y se dio cuenta de que el mestizo escocés y los conductores del convoy del correo desaparecían de su vida como había ocurrido anteriormente con Perrault y François y con todos los demás. Cuando lo condujeron al campamento de sus nuevos amos, Buck se encontró con un lugar cochambroso y desordenado: una tienda a medio desmontar, los platos sin fregar y un desbarajuste generalizado; vio también a una mujer, a quien los hombres llamaban *Mercedes*. Era la mujer de Charles y, a su vez, la hermana de Hal: una familia estupenda…

Buck los observó con aprensión mientras acababan de desmontar la tienda y cargaban el trineo. Lo hacían todo con gran despliegue de gestos, pero carecían de eficiencia. Enrollaron la tienda formando un bulto tres veces más voluminoso de lo que podía haber sido. Guardaron los platos de lata sin fregarlos. Mercedes estorbaba continuamente el trabajo de los hombres y cotorreaba sin cesar,

haciéndoles reproches y dándoles consejos. Cuando ya habían colocado una bolsa con ropa en la parte delantera del trineo, Mercedes sugirió que debería ir en la de atrás; y cuando la tenían colocada detrás y quedaba tapada por otros dos bultos, reparó en que se le había pasado por alto guardar unas prendas que tenían que ir necesariamente en aquella bolsa y hubo que descargarla otra vez.

De una tienda vecina salieron tres hombres que se quedaron mirando la escena, sonriéndose y guiñándose el ojo.

—Ya llevan ustedes bastante peso —dijo uno de ellos— y, aunque sea meterme donde no me llaman, yo en su lugar no cargaría con esa tienda.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Mercedes, alzando los brazos al cielo con afectada consternación—. ¿Cómo voy a arreglármelas sin una tienda?

—Estamos en primavera, ya no volverá a hacer frío —replicó el hombre.

Ella meneó la cabeza con decisión, y Charles y Hal colocaron los últimos trastos encima de aquella montaña de equipaje.

—¿Usted cree que arrancará? —preguntó uno de los hombres.

—¿Por qué no? —dijo Charles secamente.

—Bueno, bueno —se apresuró a decir el otro, en tono conciliador—. Solo era una pregunta, nada más. Parece que llevan mucha carga.

Charles le dio la espalda y aparejó las cuerdas lo mejor que pudo, o sea, no demasiado bien.

—Y, claro, los perros irán todo el día tirando de ese armatoste —comentó otro de los hombres.

—Desde luego —dijo Hal con helada cortesía, al tiempo que empuñaba la palanca de mando con una mano y blandía el látigo con la otra—. ¡Arre! —gritó—. ¡Arre ya!

Los perros se echaron sobre las correas pectorales, tiraron con fuerza y luego se detuvieron. Eran incapaces de mover el trineo.

—¡Bestias holgazanas, yo os enseñaré! —les gritó Hal, disponiéndose a darles con el látigo.

—¡No, Hal, eso no! —intervino Mercedes a gritos, agarrándole el látigo y arrebatándoselo de las manos—. ¡Pobrecillos! Me tienes que prometer que no los maltratarás mientras dure el viaje, porque si

no, aquí me quedo.

—¡Qué sabrás tú de perros! —exclamó con desdén su hermano —. Y haz el favor de dejarme en paz. Son perezosos, te lo digo yo, y hay que zurrarles para que se muevan. Ellos son así. Pregúntale a cualquiera. Pregúntaselo a uno de esos.

Mercedes los miró suplicante, con gesto de repugnancia ante la visión del dolor escrito en su hermoso rostro.

—Lo que les pasa es que no se tienen en pie —le contestó uno de los hombres—. Están hechos polvo, a decir verdad. Necesitan descansar.

—Que descansen una mierda —dijo Hal, con aquella boca imberbe y Mercedes soltó un «¡oh!», apesadumbrada ante el improperio.

Pero, dado su fuerte sentimiento de clan, se apresuró a tomar partido por su hermano.

—No hagas caso a ese hombre —dijo con retintín—. Tú eres quien conduce a los perros, así que haz con ellos lo que te parezca

mejor.

Nuevamente descargó Hal el látigo sobre los perros, que tiraron de las riendas delanteras, clavaron las patas en la nieve aplastada, bajaron el cuerpo y tiraron con todas sus fuerzas. El trineo permanecía inamovible, como si fuera un ancla. Tras otros dos intentos, los perros se quedaron inmóviles, jadeando. El látigo restallaba sin piedad cuando Mercedes intervino de nuevo. Se hincó de rodillas ante Buck, con lágrimas en los ojos, y se abrazó a su cuello.

—Pobrecitos míos —lloraba, compasiva—, ¿por qué no tiráis más fuerte? Así no os pegarán.

A Buck no le gustaba aquella mujer, pero se sentía demasiado desgraciado como para resistírsele, de modo que la aguantó como una parte más de la desgraciada jornada.

Uno de los espectadores, que había estado apretando los dientes para no soltar una sarta de improperios, acabó por hablar:

—No es que me importe un comino cuál sea vuestra suerte, pero por el bien de los perros os diré que podríais serles de grandísima ayuda si desprendierais el trineo. Los patines están pegados al hielo. Echad el peso del cuerpo contra el timón, a derecha y a izquierda, y se soltará.

Por tercera vez volvieron a intentar ponerse en marcha, pero esta vez, siguiendo los consejos, Hal despegó las tablas que se habían quedado soldadas al suelo por el hielo. El aparatoso trineo, sobrecargado, avanzó tirado trabajosamente por Buck y sus compañeros, sobre los que caía una lluvia de zurriagazos. Unos cien metros más adelante, la senda describía una curva en cuesta para enfilar por la calle mayor. Solo un hombre con mucha experiencia habría sido capaz de mantener el trineo en equilibrio, y Hal no lo era. Al tomar la curva con velocidad, el trineo volcó, desparramando la mitad de la carga por entre las correas mal aseguradas. Los perros ni siquiera se detuvieron. El trineo, aligerado de su peso, se deslizaba de costado, dando botes tras ellos. Estaban enfadados por el maltrato recibido y por la injusta carga que les habían encomendado. Buck estaba furioso. Se lanzó a la carrera, seguido por todo el equipo. Hal gritaba «¡soo!, ¡soo!», pero ellos seguían como si tal cosa. El hombre tropezó y cayó. El trineo volcado pasó con estruendo por encima de él, y los perros prosiguieron a toda marcha por la calle mayor, sembrando el

regocijo general en Skaguay al dejar desparramados por el centro de la población los restos de la carga.

Algunos ciudadanos de buen corazón detuvieron a los perros y recogieron los bártulos desperdigados. Les dieron, además, un buen consejo: la mitad de la carga y el doble de perros, si es que pretendían llegar a Dawson. Hal, su hermana y su cuñado escucharon de mala gana, montaron la tienda y pasaron revista a sus posesiones. La aparición de latas de conserva provocó la risa entre los espectadores, porque en la Pista Grande las latas son el sueño de cualquier viajero.

—Mantas para equipar un hotel —dijo, riendo, uno de los hombres que les ayudaban—. Con la mitad tenéis de sobra: tiradlas. Y la tienda, y todos esos platos. ¿Quién los va a fregar, igualmente? Santo cielo, ¿qué os creéis, que viajáis en un tren expreso?

Y así siguieron, con la inexorable eliminación de todo lo superfluo. Mercedes lloraba cuando vio que volcaban por el suelo sus bolsas de viaje e iban tirando, una por una, todas sus prendas de vestir. Lloraba en general y también en particular por cada artículo descartado. Estaba sentada con las manos en las rodillas, meciéndose sin consuelo hacia delante y hacia atrás. Prometió que no se movería de allí ni aunque doce hombres como Charles se lo pidieran. Suplicaba a todo el mundo, y por todo, hasta que finalmente se enjugó las lágrimas y se puso a tirar incluso prendas de vestir de primera necesidad. Y en su afán de desprenderse de cosas, cuando acabó con las suyas, la emprendió como un ciclón con las pertenencias de los otros dos hombres.

Cuando acabaron con la carga, aun reducida a la mitad, seguía siendo tremenda. Charles y Hal salieron por la tarde y compraron seis perros nuevos. Con estos, más los seis del equipo original, más Teek y Koona, los huskies comprados en los rápidos de Rink durante el viaje récord, elevaron el número de animales a catorce. Pero los perros nuevos, que eran foráneos, aunque domados desde un primer momento, no aportaron gran cosa. Tres de ellos eran perros de muestra de pelo corto, otro era un terranova, y los otros dos eran callejeros, de raza indefinida. No parecían al tanto de nada, estos recién llegados. Buck y sus compañeros los miraban con cierto desprecio, y aunque Buck les enseñó enseguida su lugar y lo que no debían hacer, le resultó imposible instruirlos sobre lo que sí debían. No se adaptaban a la dura rutina de las pistas y el tiro.

Excepto los dos perros callejeros, los demás estaban aturdidos, con el ánimo frágil por el ambiente feroz y desconocido a donde habían ido a parar, además de por el maltrato recibido. Los dos callejeros carecían de ánimo de ningún tipo; lo único quebrantable en su caso eran los huesos.

Con los perros recién llegados, inservibles y desanimados, y el equipo anterior agotado por cuatro mil kilómetros de esfuerzo continuo, las perspectivas no eran muy halagüeñas. No obstante, los dos hombres estaban de muy buen humor y, además, muy ufanos. Con catorce perros, por todo lo alto. Habían visto otros trineos que cruzaban el paso hacia Dawson o que venían de allí, pero ninguno con catorce perros. Naturalmente, hay una razón por la cual un trineo nunca viaja por el Ártico con catorce perros, y es porque un solo trineo no puede cargar la comida necesaria para tantos animales. Pero Charles y Hal lo ignoraban. Habían hecho cálculos con papel y lápiz; a tanto por perro, catorce perros, tantos días, igual a tanto, QED. Mercedes los miraba por encima del hombro y asentía con aires de entendida: qué sencillo era todo.

Ya bien entrada la mañana siguiente, Buck se puso en marcha con todo el equipo calle arriba. No había ningún entusiasmo en ellos, ni había señal de brío o de vivacidad en ninguno de sus compañeros. Partían con un cansancio mortal. Cuatro veces había cubierto Buck el trayecto entre Salt Water y Dawson, y el saber que, harto y cansado, afrontaba una vez más el mismo camino, lo amargaba. Ni él ni ninguno de los demás perros se entregaba de corazón a la tarea. Los perros nuevos eran tímidos y estaban asustados, y los veteranos no tenían confianza en sus amos.

Buck tenía la vaga sensación de que no podía fiarse de aquellos dos hombres ni de la mujer. No sabían hacer nada, y con el paso de los días se dio cuenta de que eran incapaces de aprender nada tampoco. Eran descuidados con todo, carecían de orden y de disciplina. Les llevaba la mitad de la noche montar un precario campamento, y media mañana levantarlo y cargar el trineo, y lo hacían tan chapuceramente que se pasaban el resto del día parándose para volver a acomodar la carga. Hubo días en que no lograron recorrer ni veinte kilómetros. Otros, que ni siquiera conseguían arrancar. Y no hubo uno solo en el que lograsen cubrir la mitad de la distancia que habían tomado como base para calcular la comida de los perros.

Era inevitable que la comida de los animales acabara, pues, escaseando. Lo precipitaron sobrealimentándolos, y con ello adelantaron también el día en que no tendrían suficiente comida que darles. Los perros recién llegados, cuyas digestiones no se habían formado en el hambre crónica y por tanto, no sabían extraer de lo escaso el máximo partido, tenían un apetito voraz. Además, como los agotados huskies tiraban con pocas energías, Hal decidió que las raciones programadas al principio eran demasiado pequeñas y las duplicó. Y, por si faltaba poco, las lágrimas en los hermosos ojos de Mercedes y su voz trémula no lograban engatusar a Hal para que les diera un poco más, así que esta decidió robar pescado de los sacos para dárselo a los perros a escondidas. Pero lo que Buck y sus compañeros necesitaban no era comida, sino descanso. Y aunque no avanzaban gran cosa, la pesada carga que arrastraban iba minando sus fuerzas severamente.

Después vinieron las privaciones. Un día Hal se dio cuenta de que se había consumido la mitad de la comida de los perros en solo la cuarta parte del trayecto; y, lo que es peor, de que no había ninguna posibilidad de conseguir más. De modo que redujo la ración programada e intentó aumentar el ritmo de la marcha. Su hermana y su cuñado lo secundaron; pero sus propósitos resultaron inútiles debido a su propia incompetencia y a que el peso de la carga era excesivo. Era fácil darles menos comida a los perros, pero era imposible hacerlos correr más deprisa; aún más cuando la incapacidad de sus amos para salir temprano por las mañanas impedía alargar las jornadas. No solo no sabían cómo hacer trabajar a los perros, sino que ellos mismos no sabían trabajar.

El primero en caer fue Dub. Pobre ladrón inepto como era, al que siempre pescaban y castigaban, había sido, con todo, un trabajador leal. La paletilla que tenía dislocada, sin cuidados ni descanso, había ido de mal en peor, hasta que finalmente Hal lo liquidó de un disparo con su enorme Colt. Hay un dicho de aquellas tierras que afirma que un perro foráneo muere de hambre con la ración de un husky; de modo que, con la mitad de la ración de uno, los seis perros foráneos al mando de Buck no tuvieron más remedio que morir de hambre. El terranova fue el primero, seguido por los tres perros de muestra de pelo corto y, al fin, pese al empeño que pusieron en aferrarse a la vida, acabaron también por morir los dos perros callejeros.

Para entonces, todo rasgo de sociabilidad y delicadeza, tan presentes en tierras más meridionales, había desaparecido de Charles, Hal y Mercedes. Desprovisto de su atractivo novelesco, el viaje por el Ártico se convirtió para ellos en una realidad demasiado exigente. Mercedes dejó de compadecerse por los perros, demasiado ocupada como estaba en compadecerse de sí misma y discutiendo a toda hora con su marido y con su hermano. Para reñir nunca estaban cansados. Su irritabilidad nacía de su miseria, aumentaba con ella, la redoblaba y la superaba exponencialmente. La admirable paciencia que adquieren en la pista los individuos que, aun trabajando duramente y padeciendo enormes dificultades, nunca llegan a perder la amabilidad ni las buenas palabras, no vino en auxilio de aquellas tres personas. Ni siquiera podían imaginársela. Estaban entumecidos y doloridos; les dolían los músculos, les dolían los huesos, hasta el alma les dolía; de ahí que hablaran con malos modos y que lo primero que se dijeran por la mañana y lo último que se les ocurriera por la noche fueran agravios.

Charles y Hal discutían cada vez que Mercedes les daba la más mínima oportunidad. Cada uno estaba convencido de que trabajaba más que el otro y aprovechaban para proclamarlo a la menor ocasión. Ella tomaba partido unas veces por su marido y otras por su hermano. El resultado era una maravillosa e interminable riña familiar. A partir de una disputa sobre cuál de los dos había de cortar leña para el fuego (discusión que concernía únicamente a Charles y Hal), se acababa involucrando al resto de la familia, padres, madres, tíos, primos, personas que se hallaban a centenares de millas de distancia y, algunas de ellas, incluso muertas. Que las opiniones de Hal en materia artística o que el tipo de obritas de teatro que escribía el hermano de su madre tuvieran algo que ver con el hecho de tener que cortar leña, es algo que supera el límite de lo comprensible; sin embargo, tan posible era que la discusión tomara ese rumbo como que derivase hacia los prejuicios políticos de Charles. Y que la lengua viperina de la hermana de Charles tuviera algo que ver con la forma de hacer una hoguera en el Yukón, solo le parecía lógico a Mercedes, que nunca podía evitar toda una retahíla de comentarios sobre el tema, y de paso, sobre algunos rasgos igualmente desagradables de la familia de su marido. Y, mientras tanto, el fuego se quedaba sin encender, el campamento a medio montar y los perros en ayunas.

Mercedes se sentía además especialmente ofendida en razón de su condición femenina. Era hermosa y delicada y durante toda su vida había sido tratada de forma caballerosa. Pero el trato que ahora le dispensaban su esposo y su hermano distaba en gran medida de las virtudes del caballero. Tenía la costumbre de declararse incapaz, ante lo que ellos protestaban. Y como le censuraban lo que ella consideraba su más esencial prerrogativa femenina, se dedicaba a hacerles la vida imposible. Sin consideración alguna hacia los perros y, alegando que estaba cansada y dolorida, insistía en viajar subida al trineo. Era hermosa y delicada, sí, pero pesaba más de cincuenta kilos…, lo cual no era moco de pavo sumándolo al peso que ya arrastraban aquellos animales débiles y hambrientos. Pero allí iba, sentada, durante varios días, hasta que los perros cayeron agotados y el trineo se detuvo. Charles y Hal le rogaron que bajara y caminase; se lo suplicaron encarecidamente, mientras ella lloraba y clamaba al Altísimo con toda una sarta de quejas sobre los malos modos de aquellos hombres.

En una ocasión la bajaron del trineo a la fuerza. No se les ocurrió volver a hacerlo. Se dejó caer en el suelo como una niña malcriada y se quedó sentada en mitad de la pista. Ellos reanudaron la marcha, pero ella no se movió. Al cabo de cinco kilómetros,

descargaron el trineo, volvieron a buscarla, y la subieron de nuevo a la fuerza al trineo.

Abrumados por sus propias desgracias, no se percataban del sufrimiento de los animales. La teoría de Hal, que él ponía en práctica, sobre todo, con los demás, era que había que endurecerse. Había empezado por predicársela a su hermana y a su cuñado pero, en vista del éxito, se la inculcaba a los perros a fuerza de garrotazos. Al llegar a Five Fingers, se habían quedado sin comida para los animales, y una vieja india desdentada les ofreció unas libras de pellejo de caballo congelado a cambio del revólver Colt que Hal lucía en el cinto, junto al cuchillo de caza. Pobre substituto del alimento eran aquellas tiras de pellejo, arrancadas, hacía ya seis meses, de los famélicos caballos de unos vaqueros. Y como estaban congeladas, más bien parecían de hierro galvanizado; cuando un perro conseguía comérselas, no sin gran esfuerzo, se derretían y se reducían a unas finas tiras correosas e insustanciales y masas de cerdas ásperas e indigestas.

Con todo y con esto, Buck seguía avanzando tambaleante a la cabeza del tiro, como en una pesadilla. Cuando podía, tiraba; cuando ya no podía, se desplomaba y así se quedaba hasta que, a fuerza de latigazos o de garrotazos, lo obligaban a ponerse de pie de nuevo. Su hermoso pelaje había perdido todo brillo y tersura. El pelo le caía lacio y apelmazado, o salpicado de sangre reseca, en aquellos puntos donde Hal le había pegado con el garrote. Sus músculos habían quedado reducidos a unas cuerdas nudosas y la masa carnosa había desaparecido de su cuerpo, de modo que se le podían contar todas las costillas y todos los huesos de su esqueleto a través del fláccido pellejo, cuyos pliegues revelaban el vacío del interior. Era descorazonador, pero a Buck le sobraba corazón. Aquel hombre del jersey rojo ya lo había comprobado.

Y lo mismo que con Buck ocurría con sus compañeros. Eran esqueletos ambulantes. Eran siete en total, contándolo a él. La acumulación de sufrimientos los había vuelto insensibles al aguijón de los latigazos o a las magulladuras del garrote. El dolor de los golpes les resultaba vago y remoto, de la misma forma que todo lo que sus ojos veían y sus oídos percibían no eran más que señales vagas y remotas. Estaban medio muertos o, por así decir, tres cuartas partes muertos. No eran más que bolsas de huesos en las que apenas resplandecía alguna débil chispa de vida. Cuando había

una parada se dejaban caer exangües, y la chispa se atenuaba, ahogada, y parecía extinguirse. Y cuando el látigo o el garrote volvían a caer sobre sus lomos, la chispa se animaba desmayadamente y entonces se incorporaban a duras penas y proseguían la marcha tambaleantes.

Llegó un día en que el afable Billee cayó y no pudo levantarse. Hal, como ya no tenía el revólver, cogió un hacha y allí mismo le asestó un golpe en la cabeza, según estaba allí tendido entre las riendas, y de otro hachazo separó el cadáver del arnés y lo arrastró a un lado del camino. Buck lo vio todo, lo mismo que sus compañeros, y todos se dieron cuenta de que aquello lo tenían muy cerca. Al día siguiente cayó Koona, y solo quedaban cinco: Joe, demasiado exhausto como para exhibir un mínimo de malicia; Pike, tullido y cojeando, medio inconsciente y sin ánimos para hacerse el remolón; Sol-leks, el tuerto, que todavía se esforzaba lealmente por cumplir su parte y se lamentaba por tener tan pocas fuerzas para tirar del trineo; Teek, que no había viajado tanto como los otros ese invierno y que, por estar en mejores condiciones, recibía más golpes que los demás; y Buck, todavía a la cabeza del tiro, pero sin imponer ninguna disciplina ni preocuparse por ello, ciego de debilidad la mitad del tiempo, manteniendo la ruta por puro instinto y por el impreciso tacto de sus patas.

Hacía un hermoso tiempo primaveral, pero ni los perros ni los humanos se percataban de ello. Cada día, el sol salía más temprano y se ponía más tarde. Amanecía a las tres de la mañana y el crepúsculo se prolongaba hasta las nueve de la noche. Durante todo el día resplandecía el sol. El fantasmal silencio del invierno había dado paso al intenso murmullo primaveral de la vida. Era un murmullo que surgía de toda la tierra, rebosante de la alegría de vivir. Surgía de las cosas que revivían y palpitaban, cosas que habían permanecido como muertas e inmóviles durante los largos meses de hielo. La savia ascendía por el interior de los pinos. En los sauces y en los álamos estallaban tiernos brotes. Los arbustos y las enredaderas renovaban su capa de verdor. Los grillos se pasaban las noches cantando, y durante el día, todo tipo de criaturas se arrastraban por el suelo con sigilo, buscando el sol. Las perdices y los pájaros carpinteros revoloteaban por los bosques, llenándolos de sonido. Las ardillas parloteaban, cantaban los pájaros, y, en el cielo, por encima de todos ellos, bandadas de patos salvajes que venían del sur graznaban formando hábiles cuñas para rasgar el aire.

Desde las laderas llegaba el cascabeleo del agua que corría, la música de invisibles fuentes. Todo se deshelaba, se quebraba, crujía. El Yukón hacía esfuerzos por liberarse del hielo que lo contenía; se iba derritiendo por debajo y el sol lo iba deshaciendo por arriba. Se formaban burbujas de aire, se hacían grietas que se iban separando, y finas capas de hielo acababan por desaparecer en el cauce del río. Y en medio de todo este clamor, del pálpito del despertar de la vida, bajo el sol resplandeciente, con la brisa que apenas susurraba, avanzaban vacilantes los dos hombres, la mujer y los perros, como peregrinando hacia la muerte.

Con los perros abatidos, Mercedes llorando encaramada al trineo, Hal blasfemando tontamente y los ojos de Charles llenos de lágrimas de melancolía, llegaron de mala manera al campamento de John Thornton, a la desembocadura del río White. En el momento en que se detuvieron, los perros se desplomaron como si los hubieran matado. Mercedes se enjugó las lágrimas y miró a John Thornton. Charles se sentó en un tronco a descansar; lo hizo muy despacio, con grandes esfuerzos, pues estaba totalmente entumecido. Hal fue el que habló. John Thornton le estaba dando los últimos retoques a un mango de hacha que acababa de tallar de una rama de abedul. Tallaba y escuchaba, respondía con monosílabos y, cuando se le preguntaba, daba breves consejos. Conocía aquel tipo de ganado y daba consejos con la certidumbre de que no los iban a tener en cuenta.

—Allá arriba nos dijeron que se estaba derritiendo el fondo de la pista y que lo mejor que podíamos hacer era parar y pasar la noche —dijo Hal en respuesta a la advertencia de Thornton de que no continuaran arriesgándose sobre el hielo quebradizo—. Dijeron que no podríamos llegar a White River, y aquí estamos —añadió triunfante, casi despectivo.

—Y no faltaban a la verdad —contestó John Thornton—. El fondo está a punto de desmoronarse. Solo un loco, que siempre hay alguno con suerte, podría conseguirlo. Le aseguro que yo no me jugaría el pellejo sobre ese hielo ni por todo el oro de Alaska.

—Será porque usted no es un loco, supongo. De todas formas, nosotros continuaremos hacia Dawson —dijo, y desenrolló el látigo —. ¡Levántate, Buck! ¡Venga! ¡Arriba! ¡Arre!

Thornton prosiguió con su tarea, tallando. Sabía que era inútil interponerse entre un necio y su necedad y que, por otra parte, por

dos o tres necios más o menos tampoco cambiaba mucho la cosa.

Pero los perros no se levantaron al oír la orden. Hacía ya tiempo que solo respondían a fuerza de golpes. El látigo restallaba indiscriminadamente sobre ellos, sin piedad. John Thornton apretó los labios. El primero que logró ponerse en pie fue Sol-leks. Lo siguió Teek. A continuación Joe, ladrando quejumbroso. Pike, tras penosos esfuerzos, cayó por dos veces cuando ya estaba medio erguido, y al tercer intento consiguió tenerse en pie. Buck ni siquiera lo intentó. Permanecía quieto donde había caído. El látigo se cebó en él una y otra vez, pero él ni gimió ni forcejeó. Varias veces, Thornton hizo amago de hablar, pero se contuvo. Tenía los ojos llorosos y, mientras los latigazos continuaban, se levantó y se puso a caminar inquieto de un lado a otro.

Era la primera vez que Buck fallaba, lo que era motivo suficiente para enfurecer a Hal. Como de costumbre, cambió el látigo por el garrote. Buck se negaba a moverse, a pesar de la lluvia de garrotazos que le caía encima. Al igual que sus compañeros, apenas podía tenerse en pie; pero, a diferencia de ellos, estaba resuelto a no levantarse. Tenía el vago presentimiento de una fatalidad inminente. Lo había sentido con fuerza cuando se habían arrimado a la orilla del río y todavía lo sentía. El hielo delgado y quebradizo que había sentido bajo los pies durante todo el día parecía anunciarle un desastre próximo, allí delante, en el hielo hacia donde su dueño pretendía conducirle. Se negó a moverse. Tanto había sufrido y tan agotado estaba que los golpes apenas le dolían. Y según continuaban cayéndole, la chispa de la vida en su interior oscilaba y disminuía; estaba a punto de apagarse. Sentía, además, un extraño sopor. Como desde muy lejos, le llegaba la sensación de que le estaban pegando. Pero acabó por dejar de sentir dolor. Ya no notaba nada, aunque alcanzaba a oír, muy vagamente, el impacto del garrote contra su cuerpo. Pero lo sentía tan lejano que ya no le parecía su cuerpo.

Y entonces, de pronto, sin advertencia previa, con un grito desgarrador que más parecía el rugido de una fiera, John Thornton se abalanzó sobre el hombre que empuñaba el garrote. Hal retrocedió tambaleándose, como si le hubiera caído encima un árbol. Mercedes se puso a chillar. Charles levantó la vista, aturdido, confuso, se secó los ojos humedecidos, pero no se levantó porque estaba entumecido.

John Thornton se plantó delante de Buck, intentando mantener el control, pues tenía tanta rabia que apenas podía articular palabra.

—Si vuelves a golpear a este perro, te mato —logró finalmente decir, con voz entrecortada.

—El perro es mío —replicó Hal, limpiándose la boca de sangre mientras recuperaba el aliento—. Apártate de mi camino o te arrepentirás. Pienso ir a Dawson como sea.

Thornton estaba entre él y Buck y no mostraba la menor intención de quitarse de en medio. Hal sacó su enorme cuchillo de caza. Mercedes chillaba, lloraba, reía, abandonada a su histeria. Con el mango del hacha, Thornton golpeó los nudillos de Hal, y el cuchillo cayó al suelo. Y cuando intentó recogerlo, volvió a golpearlo. Luego se agachó, lo cogió él y, de un par de tajos, cortó las riendas de Buck.

A Hal no le quedaban arrestos para pelear. Además, tenía entre sus manos, o más bien entre sus brazos, a su hermana; por otra parte, Buck estaba medio muerto y ya no le sería útil para tirar del trineo. A los pocos minutos se apartaban de la orilla y marchaban río abajo. Buck los oyó marchar y alzó la cabeza para mirar. Pike iba al frente, Sol-leks, de zaguero, y entre ambos, Joe y Teek. Todos iban renqueantes, a trompicones. Y Mercedes, sentada sobre la carga del trineo. Hal llevaba la vara de mando y Charles los seguía dando tumbos.

Mientras Buck los observaba, Thornton se arrodilló junto a él y, con sus toscas y bondadosas manos, lo iba palpando por si tenía algún hueso roto. Cuando acabó con el examen sin haber encontrado más que muchas contusiones y un tremendo estado de inanición, el trineo se hallaba a unos quinientos metros de distancia. Hombre y perro observaban su lentísimo avance sobre el hielo. De pronto vieron que la parte trasera se hundía, como en un bache, y que Hal, agarrado a la palanca de mando, saltaba por el aire. Hasta sus oídos llegó el grito de Mercedes. Vieron que Charles daba un paso atrás para escapar, y entonces todo un bloque de hielo cedió, y perros y hombres desaparecieron. Lo único que quedaba a la vista era un inmenso agujero. Se había desprendido el fondo de la pista.

John Thornton y Buck se miraron.

—Pobre animal —dijo John Thornton, y Buck le lamió la mano.

# 6. Por el amor de un hombre

Cuando a John Tornton se le congelaron los pies en diciembre del año anterior, sus compañeros lo dejaron acomodado en el campamento para que pudiera restablecerse mientras ellos se iban río arriba en busca de una balsa de troncos que los llevase a Dawson. Todavía cojeaba un poco cuando rescató a Buck pero, con la llegada del buen tiempo, pudo recuperarse por completo. Y fue allí, tendido a orillas del río durante aquellos largos días de primavera, contemplando el discurrir del agua, escuchando perezosamente el trinar de los pájaros y el murmullo de la naturaleza, donde Buck fue recobrando, poco a poco, todas sus fuerzas.

Un descanso viene muy bien después de un viaje de casi cinco mil kilómetros, y hay que reconocer que Buck se dio a la buena vida mientras las heridas se le cicatrizaban, recobraba la musculatura y la carne volvía a cubrirle los huesos. La verdad es que todos (Buck, John Thornton, Skeet y Nig) holgazaneaban de lo lindo mientras aguardaban la balsa que debía llevarlos a Dawson. Skeet era una setter irlandesa que, desde el primer momento, intentó hacer migas con Buck y, a cuyos avances, Buck, casi moribundo entonces, no estuvo en condiciones de ofrecer resistencia. Tenía esas trazas de enfermera que distinguen a algunos perros; y del mismo modo que una gata limpia a sus gatitos, ella se dedicaba a lamer y a limpiar las heridas de Buck. Todas las mañanas, sin faltar una, en cuanto Buck terminaba el desayuno, se entregaba a la tarea que ella misma se había impuesto, hasta el punto de que Buck esperaba sus atenciones con tanto interés como las de Thornton. Nig, igualmente afable aunque menos expresivo, era un enorme perro negro, mitad sabueso, mitad lebrel, con ojos sonrientes y un buen talante casi inagotable.

Para sorpresa de Buck, ninguno de los dos perros daba muestras de tener celos de él. Parecían compartir la bondad y la generosidad de John Thornton. A medida que Buck iba recobrando las fuerzas, lo arrastraban a tomar parte de toda clase de juegos ingenuos y absurdos, a los cuales el propio John Thornton acababa uniéndose;

y así, retozando alegremente, pasaba Buck su convalecencia y empezaba una nueva vida. Por primera vez en su vida sentía amor, un amor auténtico y apasionado. No lo había sentido nunca en la casa del juez Miller, allá en el soleado valle de Santa Clara. Con los hijos del juez, en sus cacerías o paseos, mantenía una relación funcional; con los nietos, una especie de pretenciosa tutela, y con el propio juez, una digna y respetable amistad. Pero el amor verdadero, hecho de fiebre y fuego, que es adoración y es locura, solo lo había sentido cuando apareció John Thornton.

Este hombre le había salvado la vida, que no es poco; pero es que, además, era el amo perfecto. Otros hombres se preocupaban del bienestar de sus perros por sentido del deber y por conveniencia propia; pero este lo hacía como si fueran sus propios hijos, y le salía del alma. Y más aún. Nunca dejaba de saludarlos con cariño o con una palabra amable, y cuando se sentaba a hablar con ellos (a «cotorrear», como él decía) disfrutaba tanto como los propios animales. Solía coger con fuerza la cabeza de Buck entre sus toscas manos de una manera muy especial, apoyando su cabeza sobre la del perro, y lo zarandeaba en el suelo mientras le decía improperios que a Buck le sonaban como palabras de amor. Para Buck no había alegría más grande que aquel rudo abrazo y el sonido de aquel murmullo de palabrotas y groserías, y era tal el éxtasis que alcanzaba con esos movimientos de un lado a otro que el corazón parecía que iba a salírsele del pecho, de la emoción que sentía. Y cuando lo soltaba, Buck se echaba a sus pies de un salto, con el hocico sonriente, la mirada expresiva y la garganta henchida de sonidos no articulados, tan inmóvil en aquella postura, que John Thornton exclamaba con admiración:

—¡Válgame Dios, si solo falta que te pongas a hablar!

Buck tenía una manera de expresar su amor que casi hacía daño. A menudo cogía la mano de Thornton entre los dientes y mordía con tal fuerza que le dejaba marcadas las señales de los dientes en la carne un buen rato. Pero del mismo modo que para Buck las obscenidades eran palabras de amor, el hombre comprendía que aquellos mordiscos eran, en realidad, caricias.

De cualquier modo, el amor de Buck se expresaba en un sentimiento de idolatría. Aunque se volvía loco de contento cuando Thornton lo tocaba o le hablaba, nunca buscaba esas demostraciones. A diferencia de Skeet, tan aficionada a meter el

hocico bajo la mano de Thornton y moverlo con insistencia hasta recibir la caricia, o de Nig, que se acercaba en silencio y recostaba su enorme cabeza sobre sus rodillas, Buck se conformaba con adorarlo a distancia. Se pasaba horas tumbado a sus pies, alerta, atento, observando su cara, pendiente de ella, estudiándola, sin perder el más mínimo detalle de cualquier gesto, de cualquier movimiento o cambio de expresión. En otras ocasiones, se quedaba echado más lejos, a un lado, o detrás del hombre, contemplando su silueta y los eventuales movimientos de su cuerpo. Y con frecuencia, tal era la comunión en la que vivían, la intensidad de su mirada hacía que John Thornton volviera la cabeza y le devolviera la mirada sin una palabra, ambos con un candor reluciente en los ojos.

Hasta mucho tiempo después de su salvación, a Buck no le gustaba perder de vista a Thornton. Desde el momento en que salía de la tienda y hasta que volvía a entrar en ella, Buck lo seguía pegado a sus talones. Los continuos cambios de dueño que había vivido desde su llegada a las tierras del norte le habían infundido el temor de que ninguno sería para siempre. Tenía miedo de que Thornton fuera a desaparecer de su vida tal como habían desaparecido Perrault, François y el mestizo escocés. Incluso por la noche, en sueños, lo acechaba ese temor. En esas ocasiones, se despertaba, se sacudía el sueño y se acercaba sigilosamente bajo el intenso frío hasta la entrada de la tienda, y allí se quedaba escuchando la respiración de su amo.

Pero a pesar del gran amor que sentía por John Thornton, un amor que parecía revelar una leve influencia civilizadora, el empuje de lo primitivo que el norte había despertado en su ser permanecía vivo y activo. Tenía la fidelidad y la devoción nacidas al amparo del fuego y del techo, del cobijo, pero conservaba la fiereza y la astucia. Buck era una criatura salvaje, que dejaba de lado su naturaleza para echarse junto al fuego de John Thornton; es decir, ya no era un perro de las mansas tierras del sur, marcado por generaciones de vida doméstica. Debido al enorme amor que sentía por aquel hombre, era incapaz de robarle, aunque no vacilaba un instante si se trataba de robar a otros hombres, en otros campamentos. Y lo hacía con tanta astucia que jamás era descubierto.

Llevaba en la cara y en el cuerpo marcas de dentelladas de muchos perros, pero peleaba con la fiereza de siempre y aún con mayor perspicacia. Skeet y Nig eran demasiado mansos como para buscar pelea y, además, eran los perros de John Thornton; pero en

cuanto aparecía un perro forastero, de cualquier raza o categoría, enseguida reconocía la autoridad de Buck o de lo contrario se veía metido en una lucha a muerte con un adversario terrible. Y Buck era despiadado. Había aprendido bien la ley del garrote y el colmillo y jamás renunciaba a una ventaja ni se echaba atrás ante un enemigo al que viera abocado a morir. Había aprendido de Spitz y de los demás perros, los perros más combativos de la policía y del correo, y sabía que no hay término medio: era cuestión de vencer o de ser vencido. La compasión era una señal de debilidad: en la vida primitiva, la compasión no existía; se la confundía con el miedo, y ese tipo de confusiones conducían a la muerte. Matar o morir, comer o ser devorado, esa era la ley; y Buck obedecía aquel mandato, que surgía de las profundidades del Tiempo.

Era, al fin, más viejo que los días que había vivido y las veces que había respirado. En él se entrelazaban el pasado y el presente, y la eternidad que lo precedía palpitaba en su ser con un ritmo majestuoso ante el que se doblegaba, al igual que uno se somete ante las mareas y las estaciones. Echado junto al fuego de John Thornton, no era más que un perro de ancho pecho, blancos colmillos y largo pelaje; pero tras él habitaban la sombra de toda clase de perros, medio lobos y lobos salvajes que lo acosaban, hambrientos de la carne que él comía, sedientos del agua que bebía, husmeando el viento con él, escuchando lo que él oía y revelándole los sonidos de la vida salvaje de los bosques; ellos le imponían sus costumbres, dirigían sus actos, con él se tendían a descansar y con él soñaban y aún más allá de él, convirtiéndose en la materia de sus sueños.

Tan imperiosa era la llamada de aquellas sombras que día tras día iba sintiendo más lejana la humanidad y las exigencias de los hombres. Una llamada resonaba en lo más profundo del bosque y, cada vez que la oía, con su misterio arrebatado y estremecedor, se sentía empujado a volver la espalda al fuego y a la tierra hollada a su alrededor para adentrarse en la espesura y seguir adelante, sin saber hacia dónde ni por qué, ni preguntárselo siquiera; tan imperativa era la llamada desde las profundidades del bosque. Pero, en cuanto llegaba a aquellas tierras vírgenes, hermosas, y a las verdes sombras de los árboles, el amor que sentía por John Thornton lo atraía de nuevo hacia el fuego.

Solo Thornton lo retenía. El resto de la humanidad no significaba

nada para él. Si algún viajero de paso lo elogiaba o le hacía caricias, él las recibía con frialdad, y si alguno que otro era demasiado efusivo, se levantaba y se largaba. Cuando los socios de Thornton, Hans y Pete, llegaron por fin en la tan esperada balsa, Buck rehusó prestarles atención hasta que se dio cuenta de la estrecha relación que tenían con su amo; a partir de entonces los toleraba con cierta pasividad, aceptando sus atenciones como si les hiciera un favor. Eran hombres corpulentos, del estilo de Thornton, que vivían con los pies en la tierra, de ideas sencillas y de claro discernimiento. No habían acabado de maniobrar aún para amarrar la balsa al embarcadero de Dawson, y ya se habían percatado del modo de ser de Buck y no aspiraban a tener con él la relación de intimidad que sí tenían con Skeet y con Nig.

En cambio, el amor de Buck por Thornton aumentaba cada día. En los viajes de verano, era el único hombre al que le dejaba cargar un fardo sobre su lomo. Nada era demasiado para Buck si Thornton se lo ordenaba. Un día, después de repartirse las ganancias de la venta de la balsa y salir de Dawson rumbo hacia el nacimiento del Tanana, hombres y perros se encontraban en lo alto de un despeñadero que caía en vertical sobre un lecho de rocas desnudas situado a casi cien metros más abajo. John Thornton se había sentado cerca del borde con Buck junto a él. De repente, un capricho insensato se apoderó del hombre, que reclamó la atención de Hans y de Pete para que vieran lo que se le había ocurrido.

—¡Salta, Buck! —ordenó, señalando la sima con un brazo.

Un instante después estaba forcejeando con el animal al filo del abismo, mientras Hans y Pete tiraban de ambos para ponerlos a salvo.

—Qué inquietante… —dijo Pete, cuando todo hubo terminado y hubieron recobrado el habla.

Thornton meneó la cabeza.

—Sí, es fenomenal y terrible a la vez. Lo cierto es que a veces me asusta.

—No quisiera estar en el pellejo del tipo que te pusiera una mano encima estando él presente —manifestó Pete sentencioso, señalando a Buck con la cabeza.

—*¡Jisúsanto!* —añadió Hans—. Mí tampoco.

Fue en Circle City, antes de que acabara el año, donde los hechos

confirmaron los temores de Pete. *El Negro* Burton, un tipo mal encarado y pendenciero, se había enzarzado en una pelea en el bar con un pardillo recién llegado, cuando Thornton, apaciguador por naturaleza, se interpuso entre ambos. Buck, según su costumbre, estaba echado en un rincón, con la cabeza entre las patas, atento a cada movimiento de su amo. Burton, sin avisar, le soltó un derechazo con todas sus fuerzas. Thornton salió despedido, dando tumbos, y solo se salvó de la caída porque se agarró a la barra del bar.

Los testigos de la escena oyeron algo que no fue ni un ladrido ni un gruñido, sino más bien lo que podría definirse como un rugido, y vieron que, desde el suelo, el cuerpo de Buck saltaba por los aires hacia la garganta de Burton. El hombre salvó la vida alzando instintivamente el brazo, pero cayó de espaldas con Buck encima. El perro aflojó la dentellada del brazo para buscar nuevamente la garganta. Esta vez, el hombre apenas pudo protegerse y acabó con el cuello desgarrado. Entonces la concurrencia se abalanzó sobre Buck, apartándolo; pero mientras un médico trataba de controlar la hemorragia, él permanecía al acecho, gruñendo con furia, intentando atacar y solo lo contuvieron con un despliegue de garrotes hostiles. Enseguida se reunió una asamblea de mineros, que decidió que el perro había actuado respondiendo a una provocación y Buck fue absuelto. Pero su reputación estaba servida, y desde aquel día su nombre corrió de boca en boca por todos los campamentos de Alaska.

Más tarde, en otoño de aquel mismo año, volvió a salvar la vida de John Thornton en circunstancias muy distintas. Los tres socios bajaban una larga y angosta canoa de remos por un difícil tramo de rápidos del río Forty Mile. Hans y Pete avanzaban por la orilla, sujetándola con una fina cuerda de cáñamo de árbol en árbol, mientras Thornton, que iba dentro del bote, dirigía el descenso con la ayuda de una larga pértiga, al tiempo que gritaba órdenes a sus socios en la orilla. Buck, en tierra, ansioso y preocupado, se mantenía a la misma altura que la canoa sin perder de vista ni por un segundo a su amo.

En un punto especialmente peligroso, donde un saliente de rocas quedaba apenas sumergido bajo el agua, mientras Thornton trataba de empujar con la pértiga la embarcación hacia la corriente, Hans soltó la cuerda y corrió por la orilla río abajo con el extremo del

cabo en la mano dispuesto a frenar la canoa una vez que hubiera dejado atrás las rocas. Así fue, y la canoa se deslizaba aguas abajo llevada por una corriente tan rápida como la presa de un molino cuando Hans tiró de la cuerda para frenarla, solo que con demasiada brusquedad. La embarcación se tambaleó y volcó sobre la orilla, mientras Thornton, despedido por el impulso, era arrastrado por la corriente hacia la parte más peligrosa de los rápidos, un tramo de aguas turbulentas de las que ningún nadador hubiera podido salir con vida.

Buck se había zambullido en las aguas al instante; y tras nadar unos doscientos cincuenta metros, dio alcance a Thornton, envuelto en un furioso remolino. Cuando sintió que este le agarraba la cola, Buck se dirigió nadando hacia la orilla, con todas sus fabulosas fuerzas. Pero el avance hacia el margen era lento, y la corriente, increíblemente rápida. Desde más abajo les llegaba el fatídico estruendo del lugar donde la corriente cobraba más ímpetu y saltaba convertida en remolinos y espuma por las rocas que la hendían como las púas de un inmenso peine. La fuerza de arrastre del agua en el último tramo donde comenzaba a precipitarse era tremenda, y Thornton se dio cuenta de que era imposible alcanzar la orilla. Trató de asirse a una roca manoteando con furia, fue dando tumbos al pasar sobre otra y cayó de golpe sobre una tercera. Allí se aferró con ambas manos a la superficie resbaladiza y, soltando a Buck, le gritó, por encima del estruendo de la corriente:

—¡Vete, Buck! ¡Vete!…

A Buck le era imposible detenerse, barrido río abajo por la corriente, luchando desesperadamente, incapaz de regresar. Al oír la reiterada orden de Thornton se irguió parcialmente fuera del agua, alzando cuanto podía la cabeza como para lanzar una última mirada, tras lo cual regresó obedientemente hacia la orilla. Nadaba con vigor hasta que Hans y Pete consiguieron arrastrarlo hasta el margen, precisamente en el punto donde ya no se podía nadar y el final era ineluctable.

Sabían bien que el tiempo que un hombre era capaz de aguantar aferrado a una roca resbaladiza en medio de una corriente impetuosa como aquella era cuestión de minutos; los dos hombres fueron corriendo por la orilla hasta un lugar situado bastante más arriba de donde estaba Thornton. Ataron la cuerda con la que habían estado arrastrando la canoa al cuello y a los lomos de Buck,

con cuidado de no estrangularlo ni impedirle nadar, y lo echaron al agua. Él se lanzó con audacia a la corriente, pero sin mantener la dirección correcta. Descubrió el error demasiado tarde, cuando estaba a la altura de Thornton y apenas a media docena de brazadas de distancia, y la corriente lo arrastraba irremediablemente.

Hans se apresuró a maniobrar con la cuerda, como si Buck fuera un barco. La cuerda tiraba de él en medio del ímpetu de la corriente, el tirón hundió a Buck bajo la superficie y bajo la superficie permaneció hasta que su cuerpo golpeó contra la orilla y lo sacaron del agua. Estaba medio ahogado, y Hans y Pete se arrojaron sobre él, haciéndole tragar aire y vomitar el agua. Se puso de pie tambaleándose, pero volvió a desplomarse. Hasta ellos llegó el débil sonido de la voz de Thornton y, aunque no lograban entender lo que decía, sabían que ya no podría resistir mucho más. La voz de su amo actuó sobre Buck como una descarga eléctrica. Se incorporó de un salto y salió corriendo por la orilla, delante de los dos hombres, hasta el punto desde donde anteriormente se había lanzado al agua.

Le ataron otra vez la cuerda y de nuevo lo metieron en el agua; él salió nadando, pero esta vez en dirección correcta. Había calculado mal una vez, pero no iba a cometer de nuevo el mismo error. Hans iba soltando cuerda poco a poco, sin permitir que se aflojara, mientras Pete se ocupaba de que no se enredase. Buck esperó a estar alineado con la posición de Thornton; entonces viró y empezó a desplazarse hacia él a la velocidad de un tren expreso. Thornton lo vio llegar y, justo en el momento en que Buck se

precipitaba sobre él como un ariete empujado por la fuerza de la corriente, se echó sobre él y se agarró con ambos brazos a su cuello. Hans amarró la cuerda al tronco de un árbol y, con el tirón, Buck y Thornton se hundieron bajo el agua. Sofocados, jadeantes, a veces uno encima y a veces el otro, arrastrándose sobre el fondo desigual, chocando con pedruscos y raigones, consiguieron alcanzar la orilla.

A Thornton lo pusieron Hans y Pete boca abajo sobre un tronco que hicieron rodar enérgicamente hacia delante y hacia atrás hasta que volvió en sí. Lo primero que hizo fue mirar hacia Buck, sobre cuyo cuerpo laxo y aparentemente sin vida gemía Nig, mientras Skeet le lamía la cara mojada y los ojos cerrados. Thornton, aun magullado y maltrecho, examinó con cuidado el cuerpo de Buck una vez que este hubo recobrado el sentido y se percató de que tenía tres costillas rotas.

—No hay más que hablar —anunció—. Acamparemos aquí mismo.

Y allí se quedaron, hasta que las costillas de Buck acabaron de soldarse y pudo volver a ponerse en camino.

Aquel invierno, en Dawson, Buck llevó a cabo otra hazaña, no tan heroica quizás, pero que hizo que su nombre ganara muchas muescas en el tótem de la fama en Alaska. Fue una proeza especialmente satisfactoria para los tres hombres, que tenían mucha necesidad del equipo que con ella consiguieron y que les permitió realizar el viaje a las tierras vírgenes del este, adonde aún no habían llegado los mineros. Todo comenzó con una conversación en la barra de Eldorado Saloon, donde los hombres alardeaban de las cualidades de sus perros. Buck, debido a su fama, se había convertido en el blanco predilecto de las críticas y las chanzas de aquellos hombres, y Thornton no tuvo más remedio que salir a defenderlo. Al cabo de media hora, uno de los hombres afirmaba que su perro era capaz de arrancar un trineo con doscientos kilos y seguir tirando de él; otro se jactó de que el suyo lo arrancaba con doscientos cincuenta; y un tercero, con trescientos kilos.

—¡Bah! —dijo John Thornton—. Buck es capaz de arrancar un trineo cargado con quinientos kilos.

—¿Y de arrancarlo del hielo y arrastrarlo cien metros? —preguntó Matthewson, un minero enriquecido en el arroyo Bonanza, el que se había jactado de los trescientos kilos.

—Y de arrancarlo y arrastrarlo cien metros —dijo fríamente

Thornton.

—Bien —dijo Matthewson, en tono pausado, deliberadamente, para que todos pudieran oírlo—. Yo apuesto mil dólares a que no. Y aquí están.

Y diciendo esto, arrojó sobre el mostrador un talego de oro en polvo del tamaño de una salchicha.

Nadie abrió la boca. El farol de Thornton, si es que lo era, había tenido respuesta. Sintió que una tibia oleada de sangre le asomaba al rostro. La lengua le había traicionado. No sabía si Buck era capaz de arrancar quinientos kilos de peso. ¡Media tonelada! Tantísimo peso, era casi un disparate. Confiaba mucho en la fuerza de Buck y muchas veces había pensado que sería capaz de arrancar el trineo con una carga así; pero nunca, como en aquel momento, se había enfrentado a la posibilidad de tener que hacerlo, con los ojos de una docena de hombres fijos en él, en silenciosa espera. Por otra parte, no tenía los mil dólares; ni él los tenía, ni tampoco Hans ni Pete.

—Tengo ahí fuera un trineo cargado con veinte sacos de veinticinco kilos de harina cada uno —prosiguió Matthewson, apremiante—; así que no hay ningún problema.

Thornton no replicó. No sabía qué decir. Se quedó mirando a los presentes con la expresión ausente de quien ha perdido la capacidad de discurrir y anda buscando en alguna parte el mecanismo que la vuelva a poner en marcha. El rostro de Jim O'Brien, un antiguo camarada que se había hecho rico en el riachuelo Mastodon, atrajo su mirada. Fue como una señal que lo impulsó a hacer algo que jamás habría imaginado que podría hacer.

—¿Puedes dejarme mil dólares? —preguntó, casi en un susurro.

—Claro —contestó O'Brien, y puso un voluminoso saquito al lado del de Matthewson—. Aunque tengo escasa fe, John, en que el animal lo consiga.

Los parroquianos de Eldorado salieron a la calle para presenciar la prueba. Las mesas quedaron desiertas, y tanto el público como los camareros se acercaron a ver en qué quedaba el envite y hacer apuestas. Varios centenares de hombres, con abrigos y guantes de piel, rodearon el trineo a prudente distancia. El trineo de Matthewson, cargado con quinientos kilos de harina, llevaba allí parado un par de horas, y bajo el intenso frío (unos cincuenta bajo cero), los patines congelados se habían incrustado en la nieve compacta. Los hombres apostaban dos contra uno a que Buck no

sería capaz de despegar el trineo. Se originó una discusión acerca del término *arrancar*. O'Brien sostenía que Thornton tenía derecho a despegar los patines para que Buck *arrancara* el trineo, es decir, lo pusiera en marcha. Matthewson insistía en que el término implicaba que Buck tenía que despegar los patines de las garras heladas de la nieve. La mayoría de los que habían sido testigos de la apuesta se pusieron a su favor, con lo cual las apuestas subieron en contra de Buck a razón de tres a uno.

No había quien apostara a su favor. Nadie lo creía capaz de tal hazaña. Thornton se había visto apremiado, con grandes dudas, a aceptar el desafío; y ahora, frente a la realidad material del trineo, con el equipo habitual de diez perros acurrucados allí delante, en la nieve, la tarea le parecía aún más imposible. Matthewson estaba exultante.

—¡Tres a uno! —proclamó—. Apuesto otros mil, Thornton. ¿Qué me dices?

Thornton tenía la duda pintada claramente en el rostro, pero aquello despertó su espíritu de lucha; el que hace crecerse a un hombre ante las dificultades, le impide aceptar lo imposible y lo hace sordo a todo lo que no sea el clamor de la batalla. Hizo venir a Hans y a Pete. Los recursos de ambos eran exiguos y, sumándolos a los suyos, los tres socios apenas podían reunir doscientos dólares. No estaban en una época de bonanza y aquella cantidad constituía el total de su capital; aun así, no vacilaron en depositarla junto a los seiscientos dólares de Matthewson.

Desengancharon a los diez perros del tiro y amarraron a Buck al trineo con su propio arnés. Se le había contagiado la animación reinante y sentía que, de alguna forma, tenía que hacer algo extraordinario por John Thornton. Su espléndida apariencia suscitó murmullos de admiración. Estaba en perfectas condiciones, sin un gramo de grasa, y los sesenta kilos que pesaba eran otros tantos de coraje y fortaleza. El pelaje resplandecía con el brillo de la seda. Sobre el cuello y los hombros, su melena se erizaba, aun si permanecía quieto, y estaba a punto de levantarse con cada movimiento, como si un exceso de energía dotara de vida y de actividad cada uno de sus pelos. El amplio pecho y las poderosas patas delanteras estaban en perfecta proporción con el resto del cuerpo, y sus músculos se adivinaban firmes bajo la piel. Cuando unos hombres palparon aquellos músculos y aseguraron que eran

duros como el hierro, las apuestas bajaron a dos a uno.

—¡Aquí, señor, oiga! —tartajeó uno de los más recientes magnates mineros, de los que encontraron oro en el Skookum—. Le doy ochocientos por él, señor, antes de la prueba, señor. Ochocientos, tal cual.

Thornton hizo un gesto de negación con la cabeza y se colocó al lado de Buck.

—Tiene que alejarse del perro —protestó Matthewson—. Juego limpio, campo libre.

La multitud guardaba silencio; solo se oían las voces de los que en vano ofrecían apuestas de dos a uno. Todo el mundo reconocía que Buck era un animal magnífico, pero a juicio de todos, veinte sacos de veinticinco kilos de harina cada uno eran demasiado para que se animaran a jugarse el dinero.

Thornton se arrodilló al lado de Buck. Le cogió la cabeza con ambas manos y arrimó su mejilla a la del animal. No se la sacudió juguetonamente, como solía hacer, ni murmuró en su oreja palabrotas de afecto, sino que susurró:

—Demuéstrales cuánto me quieres, Buck. Demuéstraselo.

Buck gemía, conteniendo la impaciencia.

Los congregados observaban con curiosidad. El asunto tomaba un aire de misterio, casi como un conjuro. Cuando Thornton se puso de pie, Buck le cogió entre los dientes la mano enguantada, la mordió y luego la fue soltando lentamente, como sin ganas. Era su respuesta, expresada no en palabras, sino en afecto hacia el amo. Thornton dio unos pasos atrás.

—¡Ahora, Buck! —dijo.

Buck tensó las riendas y a continuación las aflojó unos centímetros. Era así como había aprendido a hacerlo.

—¡Derecha! —resonó cortante la voz de Thornton en medio del silencio.

Buck se inclinó a la derecha, hizo un rápido y violento movimiento hacia delante que tensó de nuevo las riendas, y súbitamente detuvo el impulso de sus setenta kilos de peso. La carga se estremeció y debajo de los patines sonó un crujido, seco.

—¡A la izquierda! —ordenó Thornton.

Buck repitió la maniobra, esta vez hacia la izquierda. El crujido se convirtió en chasquido, el trineo se tambaleó y los patines

resbalaron deslizándose unos centímetros hacia un lado. El trineo se había despegado. Los hombres contenían el aliento, inconscientemente.

—Y ahora, ¡ARRE!

La orden de Thornton resonó como un pistoletazo. Buck echó todo su peso hacia delante, tensando las riendas con una violenta embestida. Todo su cuerpo se contrajo en un tremendo esfuerzo, sus músculos se retorcían y apelotonaban visibles bajo el sedoso pelaje. Con el pecho a ras de suelo, la cabeza baja y adelantada, movía las patas a toda velocidad, dejando sobre la nieve apelmazada las huellas paralelas de sus pezuñas. El trineo se balanceó, tembló y se deslizó ligeramente. A Buck se le resbaló una pata y a alguien se le escapó un grito. Seguidamente, el trineo avanzó como en una rápida sucesión de espasmos, aunque en realidad en ningún momento volvió a parar del todo… Diez centímetros…, veinte…, cuarenta… Los tirones iban disminuyendo, convirtiéndose, a medida que el trineo ganaba velocidad, en un movimiento uniforme.

Los espectadores recobraron el aliento y volvieron a respirar con normalidad sin percatarse de que por un momento habían dejado de hacerlo. Thornton corría detrás de Buck, animándolo con palabras, apasionado. Habían medido la distancia y, según se aproximaban a la pila de leña que marcaba el fin de los cien metros, empezó a oírse un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en un clamor cuando Buck alcanzó la meta y se detuvo a la voz de alto. Todos dieron rienda suelta a su entusiasmo, incluido Matthewson. Volaban por el aire guantes y gorros. Los presentes estrechaban sus manos, sin importarles con quién, y parloteaban a gritos en total algarabía.

Thornton, por su parte, se dejó caer de rodillas junto a Buck. Con su cabeza junto a la del perro, lo mecía entre sus brazos. Quienes se acercaron a ellos le oyeron maldecir reiteradamente a Buck, en un tono que era a la vez ferviente, dulce, amoroso.

—¡Aquí, señor! ¡Oiga! —farfullaba el magnate minero de Skookum—. Le doy mil por él, señor, mil dólares, señor…, mil doscientos, señor.

Thornton se puso de pie. Tenía los ojos húmedos. Por sus mejillas corrían sin disimulo las lágrimas.

—Señor —le dijo al magnate—, nada de eso, señor. Váyase a la mierda, señor. Es lo menos que puedo decirle.

Buck agarró la mano de Thornton entre sus dientes mientras este no dejaba de mecerlo. Como animados por un mismo impulso, los espectadores retrocedieron hasta una distancia respetuosa; ninguno quería ser tan indiscreto como para interrumpirlos.

# 7. El clamor de la llamada

Al haber ganado en cinco minutos mil seiscientos dólares para John Thornton, Buck hizo posible que su amo saldara algunas deudas y emprendiera con sus socios el viaje hacia el este en busca de una legendaria mina perdida cuya historia era tan antigua como la de aquellas tierras. Eran muchos los que la habían buscado, pocos los que llegaron a encontrarla y bastantes los que nunca habían regresado de la expedición. Aquella mina perdida estaba impregnada de tragedia y envuelta en un halo de misterio. Nadie sabía quién la había descubierto. Los más antiguos relatos no daban cuenta de ese momento. Desde el principio había habido allí una cabaña vieja y destartalada. Hombres agonizantes habían jurado solemnemente que la cabaña existía, al igual que la mina, y habían indicado que esta podía ser localizada precisamente por la susodicha cabaña y confirmaban su testimonio con pepitas de oro de una calidad desconocida en las tierras del norte.

Pero no había hombre vivo que hubiera sido capaz de saquear aquella sede del tesoro, y los muertos, muertos estaban; así que, John Thornton, Pete y Hans, junto con Buck y otra media docena de perros, pusieron rumbo hacia el este por una pista desconocida, con la intención de conseguir lo que otros hombres y otros perros tan buenos como ellos no habían logrado. Recorrieron en el trineo unos ciento treinta kilómetros Yukón arriba, torcieron a la izquierda para continuar por el río Stewart, dejaron atrás el Mayo y el McQuestion, y siguieron por el Stewart hasta llegar al lugar en que este se convierte en un riachuelo que serpentea entre los erguidos picos que señalan el espinazo del continente.

John Thornton le exigía poco al hombre y a la naturaleza. No le tenía miedo a los territorios agrestes. Con un puñado de sal y un rifle, era capaz de internarse en cualquier región inexplorada y andar por donde quisiera durante el tiempo que se le antojase. Sin prisa alguna, a la manera india, cazaba lo que comía en el curso de la jornada; y si acaso no lo encontraba, proseguía su marcha, como los indios, con la convicción de que tarde o temprano acabaría por dar con algo. Así pues, en aquel largo viaje hacia el este, el menú

consistía en carne fresca, la carga del trineo consistía principalmente en municiones y herramientas, y el viaje se hacía contando con un futuro ilimitado.

Para Buck, lo de cazar, pescar y deambular indefinidamente por lugares desconocidos era una fuente inagotable de placer. Pasaban semanas y semanas andando sin parar y semanas enteras acampados en cualquier lugar, mientras los perros descansaban y los hombres prendían hogueras para derretir el barro y la tierra helada y poder cribar, en aquellos agujeros, innumerables cedazos de arena al calor del fuego. A veces pasaban hambre, otras se hartaban de comer, según la abundancia de la caza y el acierto de los cazadores. Llegó el verano, y perros y hombres, con el equipo a cuestas, atravesaron en balsas los azules lagos de las montañas, y bajaron o subieron por ríos desconocidos en frágiles barcas construidas con troncos serrados en los bosques cercanos.

Pasaban los meses y ellos iban y venían por aquella inmensidad inexplorada, donde no había hombre alguno, pero donde alguna vez tuvo que haberlos, si lo de la Cabaña Perdida era cierto. Cruzaron desfiladeros en medio de tormentas de verano, tiritaron bajo el sol de medianoche sobre las montañas desnudas que se alzaban entre los bosques y las nieves eternas, bajaron por cálidos valles entre enjambres de moscas y mosquitos y, a la sombra de glaciares, cogieron fresas tan dulces y flores tan hermosas como las que crecían en las tierras del sur. Con el otoño se internaron en una extraña región lacustre, triste y silenciosa, que había sido morada del pato salvaje, pero donde por entonces no se veía ni ser vivo ni había señal de vida alguna; no más que un viento gélido, hielo hasta en los rincones más resguardados y un melancólico batir de olas en las orillas de playas solitarias.

Durante otro invierno deambularon sobre las olvidadas huellas de hombres que los habían precedido. Una vez, dieron con un sendero abierto en el bosque, un antiguo camino, y creyeron que se acercaban a la Cabaña Perdida. Pero el sendero acababa tan incomprensiblemente como había empezado, sin llevar a ningún sitio, y resultó tan misterioso como el hombre que lo construyera y las razones que le llevaron a hacerlo. Otra vez se tropezaron con los restos de un refugio de caza corrompido por el tiempo y, entre los jirones de unas mantas podridas, John Thornton descubrió un fusil de chispa con cañón largo. Lo reconoció como uno de los que

utilizaba, en los primeros tiempos en el noroeste, la Hudson Bay Company, cuando un arma como aquella valía el equivalente a su altura en pieles de castor apiladas una sobre otra. Y eso fue todo: ni rastro del hombre que un lejano día levantara el refugio y dejara el fusil entre las mantas.

Una vez más llegó la primavera y, al cabo de tantas andanzas, descubrieron, no la Cabaña Perdida, sino un placer a flor de tierra en un amplio valle, donde el oro relucía como manteca amarilla en el fondo del cedazo. Ya no buscaron más. Cada día de labor les significaba miles de dólares en oro, en polvo limpio y en pepitas, y trabajaban todos los días. Iban ensacando el oro en talegos de piel de alce, a razón de veinticinco kilos por saca, y los apilaban como si fueran leña junto a la choza de ramas de abeto. Trabajaban duro, como titanes, y los días se sucedían veloces como en un sueño mientras su tesoro no cesaba de aumentar.

Los perros no tenían nada que hacer más que cobrar las piezas que Thornton abatía de vez en cuando, y Buck pasaba largas horas abstraído junto al fuego. Cada vez se le aparecía más insistentemente la imagen del hombre peludo de piernas cortas, ahora que había poco trabajo; y a menudo, adormilado junto al fuego, vagaba con él por aquel otro mundo de sus recuerdos.

Al parecer, lo más predominante de aquel otro mundo era el miedo. Cuando observaba al hombre velludo dormido junto al fuego, con la cabeza entre las rodillas y las manos entrelazadas por encima, Buck se daba cuenta de que dormitaba, intranquilo, y que despertaba, con frecuencia, sobresaltado, para lanzar una mirada temerosa a la oscuridad y echar un poco más de leña a la hoguera. Cuando caminaban por la orilla del mar, donde el hombre recogía moluscos que se comía al momento, lo hacía con la mirada alerta ante un posible peligro oculto, siempre preparado para salir corriendo como el viento al menor atisbo. Por el bosque se deslizaban sin ruido, con Buck siempre a la zaga, ambos atentos y vigilantes, tensas las orejas y con las aletas de la nariz temblando, pues el oído y el olfato del hombre eran tan agudos como los de Buck. Aquel hombre era capaz de trepar a los árboles y desplazarse por las alturas con la misma rapidez que por el suelo, columpiándose colgado de rama en rama, a veces separadas por más de tres metros, soltándose y volviéndose a agarrar, sin caerse nunca ni errar jamás el asidero. En realidad parecía moverse con la

misma facilidad por entre los árboles como por el suelo, y a Buck le venían a la memoria noches enteras en vela al pie de algún árbol, donde, encaramado a alguna rama, dormía el hombre velludo.

Y, en íntima relación con las imágenes de aquel hombre peludo, surgía también la llamada que todavía resonaba en lo más profundo del bosque, provocando en Buck una enorme inquietud, propiciando unos extraños deseos. Le hacía experimentar una vaga, una leve alegría que despertaba en él ansias y anhelos salvajes, no sabía bien de qué. A veces se adentraba en el bosque en pos de la llamada como si fuera un objeto tangible, y ladraba quedamente o con fuerza, según su humor. Hundía el hocico en el musgo fresco del bosque o en la tierra negra donde crecía alta la hierba, y los densos olores lo hacían resoplar de puro placer; o bien se acurrucaba durante horas, como si al acecho, detrás del tronco cubierto de liquen de algún árbol caído, con los ojos bien abiertos y las orejas muy erguidas, atento a todo cuanto se moviera o se oyera a su alrededor. Acaso, tendido en esa posición, esperase descubrir aquella llamada que no lograba comprender, pues el motivo que le empujaba a hacer aquellas cosas lo desconocía; se sentía empujado a hacerlas, sin poder razonar sobre ellas.

Lo asaltaban también impulsos irresistibles. A veces, estaba tumbado en el campamento, dormitando perezosamente a mediodía, cuando, de pronto, erguía la cabeza y levantaba las orejas, escuchando con toda atención, y, tras ponerse de pie de un brinco, salía disparado y no paraba de correr durante horas por las abovedadas veredas del bosque y a través de los espacios abiertos cubiertos de matorrales. Le encantaba correr por los cauces secos y espiar agazapado la vida de las aves en el bosque. Se podía pasar un día entero tumbado en el monte bajo, observando a las perdices que revoloteaban pavoneándose de un lado a otro. Pero lo que más le gustaba era correr, en la tenue penumbra de las noches de verano, atento a los mitigados y adormecidos murmullos del bosque, leyendo signos e indicios del mismo modo que una persona lee un libro, buscando aquella cosa misteriosa que lo llamaba, incesantemente, dormido o despierto, a todas horas, para que acudiera.

Una noche se despertó sobresaltado, de un brinco, con la mirada ansiosa, las aletas nasales husmeando temblorosas, la pelambre encrespada en olas sucesivas. Del bosque le llegaba la llamada (o una de sus notas, pues tenía muchas), clara y definida como nunca hasta entonces: un aullido largo, prolongado, semejante y sin embargo diferente al producido por cualquier husky. Y Buck lo reconoció, le resultaba familiar, como un sonido que ya hubiera oído antes. Atravesó corriendo el campamento dormido y, con paso ligero y silencioso, se adentró en el bosque. Según se fue acercando, aflojó el paso, caminando con cautela, hasta que llegó a un claro entre los árboles y vio allí, erguido sobre las ancas, apuntando al cielo con el hocico, a un largo y flaco lobo gris.

Aunque Buck no había hecho ruido alguno, el lobo interrumpió el aullido para intentar detectar la presencia del intruso. Buck salió al claro con precaución, medio agazapado, con el cuerpo contraído, el rabo extendido y rígido, apoyando las patas en el suelo con inusitada cautela. Cada uno de sus movimientos anunciaba, entremezclados, un gesto de amenaza y un ofrecimiento a la amistad. Era la inquietante tregua que marca el encuentro entre animales depredadores. Pero el lobo salió huyendo en cuanto lo vio. Buck salió precipitadamente tras él, a grandes saltos, desesperado por darle alcance. Lo persiguió por un camino ciego, por el cauce de un arroyo seco, por donde unos troncos caídos cerraban el paso. El lobo se revolvió, girando sobre sus patas traseras, del mismo modo

que lo hacía Joe y lo hacían todos los huskies cuando se encontraban acorralados, gruñendo y erizando el pelaje, entrechocando los dientes en una sucesión de rápidas dentelladas.

Buck no lo atacó, sino que se dedicó a caminar a su alrededor, cercándolo con requerimientos amistosos. El lobo desconfiaba, estaba asustado, pues su cabeza apenas si llegaba a la altura del lomo de Buck, que pesaba tres veces más que él. Así que, en cuanto tuvo ocasión, el lobo escapó como una flecha y la persecución volvió a reanudarse. Una y otra vez, Buck lo acorralaba y la escena se repetía; el lobo no debía de estar en buena forma, pues de lo contrario, Buck no habría sido capaz de darle alcance con tanta facilidad. Corría hasta tener a su flanco la cabeza de Buck y entonces giraba, acosado, para volver a huir a la menor oportunidad.

Pero, al final, la tenacidad de Buck tuvo su recompensa, porque el lobo, al comprender que aquel animal no intentaba hacerle daño, acabó por acercarle el hocico para que se olfateasen mutuamente. Luego se hicieron amigos y estuvieron jugueteando de esa forma nerviosa y medio tímida con la que los animales salvajes encubren su ferocidad. Al cabo de un rato, el lobo se puso a trotar con paso ligero, a grandes zancadas, revelando que se dirigía a un lugar determinado. Hizo ver a Buck que podía acompañarlo y juntos corrieron por la sombría penumbra, cruzando el lecho del arroyo, rumbo a la garganta donde nacía la corriente, por encima de la divisoria de las aguas.

Por la otra ladera, más allá de la divisoria, descendieron hasta llegar a un llano cubierto de grandes extensiones de bosque y numerosas corrientes de agua, y por allí anduvieron corriendo a ritmo constante, hora tras hora, con el sol en ascenso y el día cada vez más caluroso. Buck estaba loco de alegría. Sabía que al fin respondía, corriendo al lado de su hermano del bosque hacia el lugar de donde sin duda procedía la llamada. Los recuerdos de otro tiempo acudían a él en tropel y se dejaba llevar por esos recuerdos, del mismo modo que antiguamente se dejaba llevar por impulsos, que más tarde se convirtieron en puras sombras en su memoria. Había hecho aquello antes, en algún lugar de aquel otro mundo vagamente recordado, y lo volvía a hacer ahora: corría con libertad en campo abierto, sobre la tierra virgen, bajo el vasto y ancho cielo.

Se detuvieron a beber en un arroyo y, al pararse, Buck se acordó

de John Thornton. Se sentó. El lobo prosiguió la marcha hacia el lugar de donde sin duda provenía la llamada; luego retornó a donde estaba Buck, se olisquearon mutuamente el morro y el lobo hizo gestos como para animarlo a reanudar la marcha. Pero Buck dio media vuelta y partió lentamente, de regreso, por donde había venido. Durante casi una hora, el hermano salvaje marchó a su lado, gimoteando levemente. Luego se sentó, alzó el hocico hacia el cielo y aulló. Era un aullido quejumbroso, y Buck, que continuaba andando sin parar, lo oía cada vez más lejano hasta que se perdió en la distancia.

John Thornton estaba cenando cuando Buck irrumpió en el campamento y se echó sobre él como un ciclón, en un arrebato de afecto, hasta que lo derribó y se le subió encima, lamiéndole la cara y mordisqueándole la mano, *haciendo el payaso*, como decía John Thornton, mientras este lo zarandeaba y lo insultaba cariñosamente.

Durante dos días con sus noches, Buck no abandonó en ningún instante el campamento ni perdió de vista a John Thornton. Lo seguía de un lado a otro mientras trabajaba, lo observaba a la hora de comer, lo acompañaba al acostarse por la noche y al levantarse por la mañana. Pero al cabo de dos días la llamada del bosque se dejó oír con más fuerza que nunca. La inquietud volvió a apoderarse de él, y los recuerdos de su hermano salvaje lo perseguían, de la tierra feliz más allá de la divisoria de aguas y de sus recorridos juntos por las vastas extensiones de la floresta. De nuevo volvió a deambular por el bosque, pero el hermano salvaje no aparecía; y a pesar de sus largas noches en vela, alerta, no volvió a oír su aullido quejumbroso.

Empezó a dormir fuera por las noches y a pasar días enteros lejos del campamento. Una vez, cruzó la divisoria en la fuente del riachuelo y se internó en la comarca de los bosques y las corrientes. Estuvo una semana recorriéndola, buscando vanamente algún indicio reciente del hermano salvaje, matando para comer según avanzaba y andando con ese paso largo y desenvuelto que parece que nunca se agota. Pescó un salmón en un ancho río que desembocaba en algún lugar de la costa y, en sus orillas, mató a un gran oso negro que, cegado por los mosquitos mientras pescaba, andaba vagando por los bosques, desamparado y furioso. Aun así, la pelea fue tremenda y despertó los últimos restos latentes en la fiereza de Buck. Así que, cuando dos días más tarde volvió al mismo lugar y encontró a una docena de carcayúes disputándose los despojos de su víctima, los dispersó como si fueran paja; y los fugitivos dejaron atrás a dos de los suyos que nunca en su vida volverían a disputar por nada.

Las ansias de sangre se hicieron en él más fuertes que nunca. Era un depredador, un animal de presa, que se alimentaba de seres vivos; que solo, sin otra ayuda que la de su propia fuerza y su

destreza, sobrevivía triunfante en un entorno hostil en el que únicamente los fuertes sobrevivían. Todo aquello insuflaba en su ser un gran orgullo, que se propagaba como por contagio a su figura. Se hacía patente en todos sus movimientos, era visible en el juego de cada uno de sus músculos, se expresaba elocuentemente en su porte y hacía más hermoso si cabe su espléndido pelaje. De no ser por la mancha parda que tenía sobre el hocico y por encima de los ojos, y por el mechón de pelo blanco que le bajaba por el pecho, habrían podido tomarlo por un lobo gigantesco, más grande que el mayor de toda la manada. De su padre, el san bernardo había heredado el tamaño y el peso, pero había sido su madre, la collie, quien había moldeado esos atributos. Su hocico era largo, como el de un lobo, solo que más grande; y su cabeza, bastante ancha, era una cabeza de lobo a escala colosal.

Su astucia era la del lobo, una astucia salvaje; su inteligencia, la inteligencia del collie y el san bernardo; y esa conjunción, añadida a la experiencia adquirida en la más feroz de las escuelas, lo convertían en una criatura tan formidable como cualquier otra de las que vagaban por aquellas tierras vírgenes. Animal carnívoro, cuya dieta consistía exclusivamente en carne, se hallaba en la flor de la vida, en el periodo culminante de su existencia, y derrochaba vigor y virilidad. Cuando Thornton le pasaba la mano por el lomo, acariciándolo, se producía un chasquido al descargar cada pelo una chispa magnética al contacto de la mano. Su cuerpo, su mente, cada fibra de su tejido nervioso funcionaba, afinada, con exquisita precisión; y entre todas las partes existía un equilibrio, un ajuste perfecto. A las imágenes, sonidos y acontecimientos que requerían acción respondía él a la velocidad del rayo. Por más ágilmente que se abalanzase un husky para defenderse o atacar, Buck podía hacerlo el doble de rápido. Veía el movimiento o percibía el sonido y respondía en menos tiempo que el que cualquier otro perro necesitaba para percatarse de lo que había visto u oído. Él percibía, decidía y actuaba en el mismo instante. En rigor, estas tres instancias (percibir, decidir, responder) eran consecutivas, pero los intervalos de tiempo entre ellas eran tan infinitesimales que las hacía parecer simultáneas. Sus músculos estaban rebosantes de energía y entraban en acción de modo fulminante, como si fueran resortes. La vida fluía a través de él en espléndido torrente, gozoso y desenfrenado, y parecía como querer escaparse de su cuerpo de puro éxtasis hasta acabar desbordándose con generosidad sobre el

mundo.

—Nunca he visto un perro igual —dijo John Thornton un día, mientras lo veían alejarse del campamento.

—Después de hacerlo, rompieron el molde—dijo Pete.

—*¡Jisúsanto!* Lo mismo yo creer —afirmó Hans.

Lo vieron partir, pero no vieron la súbita y tremenda transformación que experimentó en cuanto se adentraba en la intimidad del bosque. Ya no caminaba. Se convirtió de pronto en fiera, en parte del entorno silvestre, por donde avanzaba con sigilosa cautela, con pasos de felino, como sombra fugitiva que aparece y desaparece entre las demás sombras. Sabía aprovechar cualquier escondrijo, reptar sobre su vientre como una serpiente y, como esta, impulsarse y atacar. Era capaz de capturar una perdiz blanca en el propio nido, matar un conejo sin despertarlo y apresar de un mordisco en el aire las pequeñas ardillas listadas que se demoraban un segundo de más antes de refugiarse en los árboles. En los remansos abiertos, los peces nunca eran demasiado rápidos para él; ni suficientemente precavidos los castores, tan ocupados en reparar sus presas. Mataba para comer, no por capricho; pero prefería comer lo que mataba él mismo. Así que un talante merodeador impregnaba sus acciones, y se complacía acechando a las ardillas para, cuando ya las tenía a su alcance, dejarlas ir chillando de terror hacia la copa de los árboles.

Al llegar el otoño aparecieron, en mayores cantidades, los alces, que se desplazaban lentamente para recibir al invierno en los valles bajos, donde era menos riguroso. Buck ya había derribado a algún ejemplar muy joven extraviado de la manada; pero lo tentaba enfrentarse a una presa mayor y más temible, y un día tropezó con una en la divisoria de aguas junto a las fuentes del riachuelo. Una manada de veinte alces había atravesado la región de los bosques y de los torrentes, y en ella destacaba un macho de gran tamaño. Estaba en un estado de furia salvaje, y su metro ochenta de altura lo convertía en un enemigo aún más formidable que lo que Buck podría desear. El alce meneaba su enorme cornamenta palmeada, ramificada en catorce puntas que abarcaban más de dos metros de un extremo al otro. Al ver a Buck, sus ojillos se encendieron con un brillo de resentimiento y amargura, al tiempo que bramaba furioso.

Del costado del animal, justo delante de la ijada, sobresalía el extremo emplumado de una flecha, lo cual explicaba su fiereza.

Guiado por aquel instinto originario de un remoto pasado de cazador en el mundo primitivo, Buck procedió a apartar al macho de la manada. No le resultó tarea fácil. Ladraba y saltaba fuera del alcance de las grandes astas y de los terribles cascos que habrían podido acabar con su vida de un solo golpe. Incapaz de darle la espalda, ante la amenaza de los peligrosos colmillos de Buck, para escapar y reanudar su camino, el alce se sumía en ataques de ira. En esos momentos cargaba contra Buck, que astutamente retrocedía, atrayéndolo hacia sí mientras simulaba no poder escapar. Pero, cuando había conseguido apartarlo así de sus compañeros, dos o tres machos más jóvenes volvían a cargar sobre él, permitiendo así que el alce herido se reincorporase a la manada.

Existe en la naturaleza salvaje una paciencia (tenaz, incansable, obstinada como la vida misma) que mantiene inmóvil durante horas a la araña en su tela, a la serpiente enroscada, a la pantera al acecho. Esa paciencia es propia de los seres cuyo sustento lo constituyen otros seres vivos; y Buck demostró tenerla al no despegarse del costado de la manada mientras retrasaba su marcha, acosando a los machos jóvenes, acongojando a las hembras por sus crías y haciendo enloquecer de furia al macho herido. Así siguieron durante medio día. Buck se multiplicaba, atacando desde todos los flancos, moviéndose alrededor de la manada como un torbellino preñado de amenazas, volviendo a aislar a su víctima en cuanto esta conseguía regresar a la manada, agotando la paciencia de las criaturas acosadas, que siempre es menor que la de las que acosan.

Según fue avanzando el día y el sol descendía hasta su lecho por el noroeste (había vuelto la oscuridad y las noches de otoño duraban seis horas), los machos jóvenes se sintieron cada vez menos dispuestos a volver sobre sus pasos en ayuda de su jefe, siempre acosado. El invierno inminente los apremiaba hacia regiones más bajas, y les parecía que nunca podrían deshacerse de aquella criatura que continuamente los retrasaba. Además, no era la vida de la manada, ni la de los machos jóvenes, la que estaba en peligro. Solo se les reclamaba la vida de un único miembro, en la cual tenían un interés mucho más remoto que en las suyas propias, así que en definitiva accedieron a pagar aquel tributo.

Cuando el sol se puso, el viejo alce se detuvo con la testa baja, observando a sus congéneres (las hembras a las que había fecundado, las crías que había engendrado, los machos a los que

había dominado), que se perdían a paso ligero por entre las últimas luces. No podía seguirlos porque ante él se interponía aquel despiadado demonio con colmillos que no le daba tregua. Pesaba tres quintales, más de media tonelada; había vivido una vida larga, plena, abundante en luchas y dificultades, y al final se enfrentaba a la muerte en los dientes de una criatura cuya cabeza no sobrepasaba la altura de sus abultadas rodillas.

A partir de ese momento, Buck no abandonó su presa, ni de día ni de noche, ni le dio un momento de descanso ni le permitía ramonear entre las hojas de los árboles ni entre los tiernos brotes de abedules y sauces. Y tampoco le daba oportunidad al macho herido de aplacar la ardiente sed en los exiguos cursos de agua que cruzaban. Muchas veces, desesperado, huía repentinamente a la carrera durante un largo rato. En tales ocasiones, Buck no intentaba detenerlo, sino que lo seguía al trote largo, satisfecho del modo en que se desarrollaba el juego, tumbándose cuando el alce paraba, atacándolo ferozmente cuando trataba de comer o de beber.

Aquella gran cabeza se iba derrumbando bajo la arbórea cornamenta y su trote desgarbado se debilitaba por momentos. Cada vez se quedaba más rato parado con el hocico pegado al suelo y las orejas gachas, caídas; y Buck encontraba entonces más tiempo para procurarse agua y descansar. En esas ocasiones, cuando jadeaba con la roja lengua fuera y la mirada fija en el gran alce, le parecía a Buck que un cambio se estaba operando en el estado de las cosas. Le parecía percibir un estremecimiento inusitado en la tierra. Así como habían llegado los alces, también llegaban otras formas de vida. Los bosques, las corrientes de agua y el aire parecían palpitar con su presencia. Hasta él llegaba la noticia, que no le venía ni por la vista ni el oído, ni por el olfato, sino por medio de un sentido más sutil. No veía nada, no oía nada, pero sabía que, por algún motivo, la tierra era distinta; que algo vibraba, que algo estaba sucediendo; y resolvió investigarlo cuando hubiera terminado con lo que tenía pendiente.

Por fin, al anochecer del cuarto día, logró abatir al gran alce. Un día y una noche enteros permaneció al lado del animal muerto, comiendo y durmiendo. Después, sintiéndose descansado, fresco y fuerte, giró la cabeza en dirección al campamento y a John Thornton. Comenzó a trotar, larga, tranquilamente, y anduvo por aquel territorio desconocido hora tras hora, sin que lo desorientase

la maraña de sendas, siguiendo el rumbo con una certeza que dejaría en ridículo a cualquier hombre con una brújula.

Según avanzaba, percibía con mayor claridad las señales de una vida nueva. Se había difundido una vida distinta de la que había habido durante el verano y esto era un hecho ya plenamente perceptible, ya no tan sutil ni misterioso. Lo transmitían los pájaros, las ardillas lo cuchicheaban, hasta la misma brisa parecía murmurarlo. Varias veces se detuvo a aspirar a grandes bocanadas el aire fresco de la mañana, y en él leyó un mensaje que lo llevó a avanzar a grandes saltos. Lo oprimía el presentimiento de una inminente calamidad, incluso de un desastre ya consumado; y cuando atravesó la última divisoria de aguas e inició el descenso hacia el valle, en dirección al campamento, empezó a avanzar con mayores precauciones.

A unos cinco kilómetros del campamento tropezó con un rastro fresco que le puso los pelos de punta. El rastro se dirigía al campamento y a John Thornton. Buck apresuró el paso, corriendo sigilosamente, con los nervios crispados, alerta, atento a los múltiples detalles que le revelaban una historia…, pero no su desenlace. El olfato le proporcionaba una variada descripción de los seres tras los que corría. Trataba de advertir lo que el silencio de los bosques le dejaba entrever. Los pájaros habían huido. Las ardillas estaban escondidas. Solo pudo ver una: un lustroso ejemplar gris disimulado contra una rama seca como si fuera parte de la misma, una protuberancia leñosa de la madera.

Mientras se deslizaba furtivo como una sombra pasajera, de repente volvió el hocico hacia un lado, como si una fuerza material lo hubiera agarrado y tirado de él. Siguió el inesperado olor hasta el interior de unos matorrales, y allí encontró a Nig. Yacía de costado, muerto en el lugar hacia donde se había arrastrado, con una flecha que le atravesaba el cuerpo de parte a parte.

A cien metros de allí, Buck se topó con uno de los perros de tiro que Thornton había comprado en Dawson. Se debatía entre la vida y la muerte, en medio de la pista, y Buck pasó bordeándolo sin detenerse. Del campamento le llegaba el débil sonido de numerosas voces, en una cantinela que parecía aumentar y decrecer de forma regular. Al aproximarse, pegado al suelo, al borde del claro, encontró a Hans, tendido boca abajo, emplumado de flechas como si fuera un puerco espín. En ese mismo instante miró hacia donde

había estado la choza de ramas y lo que vio hizo que se le erizase el pelo de la cabeza y del lomo. Una ráfaga de rabia imponderable le recorrió el cuerpo. Sin apenas reparar en ello, emitió un rugido terrible, feroz. Fue la última vez en su vida que permitió que la pasión usurpara el lugar de la astucia y de la razón; y si esa vez perdió la cabeza fue por el gran amor que le profesaba a John Thornton.

Los *yeehats* bailaban en torno a los restos de la choza de ramas cuando de repente oyeron un espantoso rugido y vieron que se les venía encima un animal como nunca habían visto otro. Era Buck, hecho un huracán de furia viva, que se lanzaba contra ellos poseído de un frenesí de destrucción. Se lanzó sobre el hombre que más destacaba (que era el jefe de los *yeehats*) y le desgarró la garganta, hasta que de la yugular seccionada brotó un chorro de sangre. No se entretuvo en ensañarse con su primera víctima, sino que prosiguió a dentelladas indiscriminadas, y al siguiente brinco le rajó la garganta a un segundo hombre. No había forma de detenerlo. Se revolvía entre ellos, mordiendo, rasgando, destrozándolo todo, en un aterrador movimiento continuo que desafiaba las flechas que le arrojaban. De hecho, tan increíblemente veloces eran sus movimientos y tan acorralados habían quedado los indios que ellos mismos se herían con sus flechas unos a otros; y uno de los jóvenes cazadores tiró una lanza a Buck en pleno salto que se clavó en otro cazador con tal ímpetu que lo atravesó y la punta le salió por la espalda. Entonces, el pánico se apoderó de los *yeehats*, que escaparon despavoridos hacia el bosque, proclamando en la huida el advenimiento del Espíritu del Mal.

Y en verdad parecía Buck el mismísimo demonio hecho carne, que los perseguía furioso y los derribaba cual gamos mientras corrían entre los árboles. Fue un día aciago para los *yeehats*. Quedaron desperdigados por toda la región y hasta una semana más tarde no lograron reunirse los supervivientes en un valle más bajo y hacer recuento de las víctimas. Por su parte, Buck, cansado de la persecución, regresó al campamento desolado. Encontró a Pete muerto entre las mantas, donde le habían sorprendido, en el primer momento. La lucha desesperada que había mantenido Thornton estaba recién escrita en la tierra, y Buck siguió su rastro husmeando paso a paso hasta la orilla de una laguna profunda. Allí, con la cabeza y las patas delanteras en el agua, yacía Skeet, fiel hasta el final. La misma charca, fangosa y turbia por los canalones improvisados, ocultaba lo que contenía en su interior. Y en su interior estaba John Thornton, ya que el rastro que Buck había seguido se internaba en el agua y no volvía a aparecer.

El día entero se pasó Buck meditando tristemente junto a la charca o vagando inquieto por el campamento, sin descanso. Conocía bien la muerte, el cese del movimiento, la supresión y extinción de la vida de los seres vivientes; y sabía Buck también que John Thornton estaba muerto. Aquello le producía un gran vacío,

una sensación semejante al hambre, aunque era un vacío que dolía y no dejaba de doler y que la comida no podía paliar. A veces, cuando se detenía a contemplar los cadáveres de los *yeehats*, se olvidaba del dolor, y entonces se sentía muy orgulloso de sí mismo, con un orgullo mayor que el que hasta entonces jamás había sentido. Había matado hombres, la presa más noble de las que existían, y lo había hecho siguiendo la ley del garrote y el colmillo. Olisqueaba con curiosidad los cadáveres. Habían muerto con suma facilidad. Era más difícil matar a un husky que a uno de ellos. Si no tuvieran flechas, lanzas y garrotes, los hombres no podrían considerarse rivales. A partir de ahora no los temería, excepto cuando llevaran en las manos flechas, lanzas o garrotes.

Se hizo la noche y una luna llena se alzó por encima de los árboles hasta lo alto del cielo, iluminando la tierra, bañada en una claridad fantasmagórica. Y, con la llegada de la noche, Buck, meditabundo y afligido junto a la laguna, sintió el despertar de una vida nueva en el bosque, una vida distinta de la que habían traído los *yeehats*. Se puso de pie, escuchando, husmeando. Desde muy lejos le llegaba débilmente, empujado por el viento, un aullido agudo, al que respondía un coro de aullidos semejantes. Poco a poco, los aullidos se fueron haciendo más claros, más cercanos. Y de nuevo Buck supo que los había oído en aquel otro mundo que persistía en su memoria. Avanzó hacia el centro del claro del bosque y se quedó allí, escuchando. Era la llamada, la llamada en diferentes modulaciones, que resonaba más seductora e imperiosa que nunca. Y más que nunca estuvo dispuesto a obedecer. John Thornton había muerto. El último vínculo se había roto. Ni el hombre ni sus exigencias lo retenían ya.

A la caza de sus presas, siguiendo la pista de la migración de los alces, tal como hacían los *yeehats*, la manada de lobos finalmente había dejado atrás la región de los bosques y las corrientes para invadir el valle de Buck. Llegaron al claro del bosque como una avalancha de sombras plateadas por la luna; y en el centro del claro estaba Buck, inmóvil como una estatua, aguardándolos. Sobrecogidos ante su quietud y su corpulencia, se detuvieron, hasta que el más audaz se abalanzó sobre él. Como un rayo, Buck le devolvió el golpe y le rompió el cuello. Luego se quedó, como antes, inmóvil, con el lobo herido retorciéndose agonizante a sus pies. Otros tres lo intentaron, en rápida sucesión, y uno tras otro tuvieron que retirarse, chorreando sangre por la garganta y con el lomo

desgarrado.

Eso bastó para que la manada entera atacase en tropel, precipitándose, apiñados, estorbándose atropelladamente en sus ansias por derribar a la presa. La rapidez y la agilidad pasmosa de Buck le fueron de gran provecho. Giraba sobre las patas traseras, dando mordiscos y dentelladas sin cesar, multiplicándose, presentando un frente al parecer inquebrantable por la rapidez con que se revolvía y se cubría los flancos. Pero, para evitar que lo atacaran por detrás, no tuvo más remedio que retroceder más allá de la laguna, por el lecho del arroyo, hasta dar con un elevado terraplén de grava. Fue reculando, gradualmente, hasta llegar a un entrante del terraplén que los hombres habían ido excavando en ángulo recto en sus exploraciones mineras, y allí se guareció, protegido por tres lados y teniendo que defender únicamente un frente.

Y tan bien lo hizo que al cabo de media hora los lobos se retiraron, desconcertados. Jadeaban, todos con la lengua fuera, con los colmillos reluciendo brutalmente blancos a la luz de la luna. Algunos tendidos en el suelo, con la cabeza erguida y las orejas tiesas; otros de pie, observando a Buck y otros, bebiendo agua en la laguna. Un lobo largo, flaco y gris se adelantó, con cautela, en actitud amistosa, y Buck lo reconoció como el hermano salvaje con el que había correteado durante todo un día y una noche. Gimoteaba suavemente, y cuando Buck le contestó, también lastimero, se frotaron los hocicos.

Entonces se acercó un lobo viejo, descarnado, cubierto de cicatrices de mil batallas. Buck enseñó levemente los dientes, anticipando un gruñido, pero acabaron por olisquearse el hocico el uno al otro. Después, el lobo viejo se sentó, levantó el hocico hacia la luna y soltó un prolongado aullido. Los demás se sentaron y aullaron a su vez. Y entonces la llamada le llegó a Buck con acento inconfundible. También él se sentó y aulló. Cuando dejó de aullar, abandonó su posición y la manada lo rodeó, olisqueándolo de un modo entre amistoso y salvaje. Los jefes lanzaron el ladrido de marcha de la manada y se internaron velozmente hacia el bosque. Los demás los siguieron, ladrando a coro. Y Buck se puso a correr con ellos, al lado de su hermano salvaje, ladrando él también mientras corría.

Y aquí podría acabar la historia de Buck. No transcurrieron

muchos años antes de que los *yeehats* notasen un cambio en la raza de los lobos grises, porque comenzaron a verse algunos con una mancha parda en la frente y en el morro y con un mechón de pelo blanco en el pecho. Pero más extraordinario aún es que todavía cuenten historias de un Perro Fantasma que corre al frente de la manada. Todos los *yeehats* le temen, porque es más listo que ellos, entra a robar en sus campamentos en lo más crudo del invierno, les desbarata las trampas, mata a sus perros y desafía a sus más bravos cazadores.

Y eso no es todo, claro que no, hay historias peores. Historias de cazadores que no volvieron jamás al campamento; historias de cazadores que fueron encontrados por otros miembros de la tribu con la garganta desgarrada y con huellas de lobo alrededor, en la nieve, huellas más grandes que las de cualquier lobo. Cada otoño, cuando los *yeehats* siguen el movimiento migratorio de los alces, hay un valle por el que nunca se adentran. Y hay mujeres que se entristecen cuando alrededor del fuego se cuenta la historia de cómo el Espíritu del Mal escogió aquel valle como morada.

Sin embargo, todos los veranos llega hasta aquel valle un visitante que los *yeehats* no conocen. Es un lobo enorme, de espléndido pelaje, parecido, y al mismo tiempo distinto de todos los demás lobos. Atraviesa solitario la venturosa región de los bosques y baja hasta alcanzar un claro entre los árboles. Allí corre un arroyuelo de aguas amarillentas, que nace entre unos sacos podridos de piel de alce y desaparece bajo tierra; en sus aguas crecen altas hierbas y los líquenes lo cubren todo y esconden su color amarillo del sol; y allí se queda el lobo, rondando un rato, antes de emitir un aullido largo y lastimero y después partir.

Pero no siempre va solo. Cuando llegan las largas noches de invierno y los lobos siguen a sus presas por los valles más bajos, se le puede ver corriendo al frente de la manada bajo la pálida luz de la luna o bajo el leve resplandor de la aurora boreal, saltando como un gigante por delante de sus compañeros, con la garganta henchida cuando entona el canto de un mundo anterior, ancestral, un canto que es el de toda la manada.

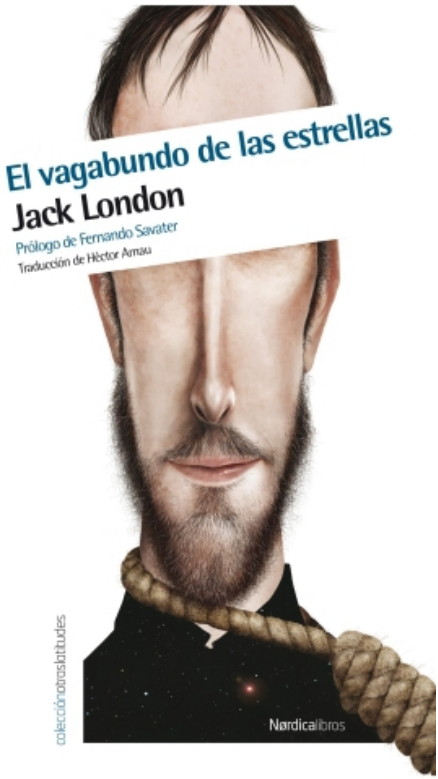
Buck es un perro que lleva una buena vida en un rancho de California con su amo, el juez Miller, hasta que lo roban y venden para pagar una deuda de juego. Se lo llevan a Alaska y allí pasa a manos de un par de canadienses entregados a la fiebre del oro que lo entrenan como perro de trineo. La dureza del entorno provocará que Buck vaya recuperando su lado salvaje, única forma de sobrevivir en las frías tierras del Norte.

Jack London pasó casi un año en el Yukón (Canadá) recogiendo material para el libro. La historia fue publicada por entregas en el *Saturday Evening Post* en el verano de 1903 y un mes después en un único tomo. La gran popularidad y el éxito del libro cimentaron la fama de London. Gran parte del atractivo de esta novela deriva de su aparente simplicidad y de la intensa emoción que transmite este relato de supervivencia.

«*La llamada de lo salvaje* es una parábola de la fragilidad de la civilización. London expone la brutalidad de la humanidad y la facilidad con que los seres humanos vuelven a su estado primitivo y salvaje».
E.L. Doctorow

Nórdicalibros
*Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire*

IBIC: FA
ISBN: 978-84-16440-48-1




# El vagabundo de las estrellas

London, Jack
9788415564843
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El vagabundo de las estrellas es la última novela que escribió Jack London. Es una feroz crítica de la tortura y de la pena de muerte, y una metáfora del placer

emancipador de la lectura. Convicto por asesinato en la cárcel de San Quintín, Darrell Standing es sometido al castigo adicional de verse inmovilizado en una terrible camisa de fuerza. El tormento físico le dará acceso a otro plano de existencia en el cual puede recorrer sus vidas pasadas. La historia se desarrolla en 1913 y la novela es tan actual que no podemos sino estremecernos al leer uno de sus últimos párrafos: «He oído que Europa está en crisis desde hace dos años, y que hubo despidos masivos, y que ahora les llega el turno a los Estados Unidos. Eso significa que pronto puede haber una crisis económica, tal vez un ataque de pánico financiero, y que habrá más parados el próximo invierno, y que las colas del pan serán largas...». Por todo ello esta novela, formada por los relatos de las diferentes vidas de su protagonista, es un homenaje a la imaginación y a su enorme poder de evasión. «Pocas obras literarias son tan capaces como esta de hacernos sentir físicamente, casi dolorosamente, el peso de lo que nos encadena y el poderío de lo que nos hace infinitos. Ahora la releo y envidio a los jóvenes que vayan a conocerla por primera vez» Fernando Savater

Cómpralo y empieza a leer

# Bartleby, el escribiente

Melville, Herman
9788415717553
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bartleby, el escribiente es una de las narraciones más originales y conmovedoras de la historia de la literatura. Melville escribió este relato a mediados del siglo xix, pero por él no parece haber pasado el tiempo. Nos cuenta la historia de un peculiar copista que trabaja en una oficina de Wall Street. Un día, de repente, deja de

escribir amparándose en su famosa fórmula: «Preferiría no hacerlo». Nadie sabe de dónde viene este escribiente, prefiere no decirlo, y su futuro es incierto pues prefiere no hacer nada que altere su situación. El abogado, que es el narrador, no sabe cómo actuar ante esta rebeldía, pero al mismo tiempo se siente atraído por tan misteriosa actitud. Su compasión hacia el escribiente, un empleado que no cumple ninguna de sus órdenes, hace de este personaje un ser tan extraño como el propio Bartleby. El libro está ilustrado por Javier Zabala, Premio Nacional de Ilustración 2005. «Bartleby, que data de 1856, prefigura a Franz Kafka. Su desconcertante Protagonista es un hombre oscuro que se niega tenazmente a la acción. El autor no lo explica, pero nuestra imaginación lo acepta inmediatamente y no sin mucha lástima. En realidad son dos los protagonistas; el obstinado Bartleby y el narrador que se resigna a su obstinación y acaba por encariñarse con él.» Jorge Luis Borges

Cómpralo y empieza a leer

# Veinte mil leguas de viaje submarino

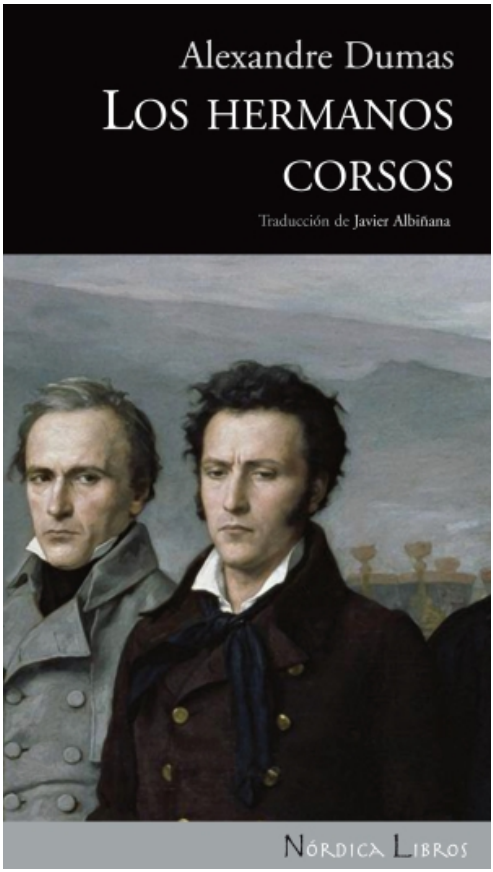
Verne, Jules
9788492683444
433 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Veinte mil leguas de viaje submarino es una obra narrada en primera persona por el profesor francés Pierre Aronnax, notable biólogo, que es hecho prisionero por el Capitán Nemo y es conducido por los

océanos a bordo del submarino Nautilus, en compañía de su criado Conseil y del arponero canadiense Ned Land. Esta edición, que cuenta con una nueva traducción, será una de las obras gráficas más importantes del año. Agustín Comotto ha realizado más de 50 ilustraciones para este libro en un proceso que le ha ocupado dos años de trabajo. Un edición imprescindible de un clásico imprescindible para lectores de todas las edades. «Un impresionante edición con más de sesenta ilustraciones y una nueva traducción del clásico de Verne»

Cómpralo y empieza a leer




# Los hermanos corsos

Dumas, Alexandre
9788415564621
120 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Los hermanos corsos, 1844, ambientada en Córcega y

Francia en el año 1841, y narrada en primera persona por el mismo Alexandre Dumas, cuenta sus experiencias en un viaje a esa isla, cuando, al alojarse en la casa de los de Franchi, conoció a la señora Savilia y a su hijo Lucien, joven alegre y extrovertido, inclinado a la vida de campo, quien le cuenta que tiene un hermano gemelo llamado Louis que vive en París y es, por el contrario, tranquilo y sosegado. Al nacer, ambos estaban unidos por el costado y, aunque fueron separados, esa unión se mantuvo para siempre haciendo sentir a uno el dolor del otro y viceversa, sin importar la distancia que los separase... A través de la vida de esta familia corsa y de la mirada extranjera de un ilustre espectador, el lector se acercará a las costumbres de Córcega en el siglo XIX, especialmente a las relativas a las famosas vendettas, y a las del París de la época, con sus fiestas y sus retos a duelo. El argumento y las sugerentes imágenes de la novela han propiciado que haya sido llevada al cine en numerosas ocasiones. «Los historiadores deberían leer a Dumas; probablemente los mejores lo hacen; no sería difícil adivinar en sus libros la probabilidad de que se hayan nutrido de las novelas fantásticas, imaginativas, ágiles, pero no sin fundamento, que escribió durante tantos años Alejandro Dumas.» Julián Marías

Cómpralo y empieza a leer

# Blancanieves

Grimm, Jacob
9788416112548
60 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En 1812 Jacob y Wilhelm Grimm publicaron en la ciudad alemana de Kassel un volumen que reunía los conocidos cuentos populares. Ahora oímos un rumor que se acerca: "aihó, aihó...". ¿Os suena? Pues sí, son los enanitos de Blancanieves. Con la nueva traducción,

de Isabel Hernández, y el impresionante trabajo gráfico de Iban Barrenetxea es la edición perfecta para redescubrir este relato clásico y es nuestro homenaje a los Grimm en este aniversario.

Cómpralo y empieza a leer